



Juan Arias Bermeo

**De montañas,
hombres y canes**

De montañas, hombres y canes

©Juan Arias Bermeo

Primera edición libro impreso
Noviembre 2011
Editorial Bipedos Depredadores
Páginas: 214
ISBN: 9789978391037

Edición libro digital
Mayo 2014
Editorial Bipedos Depredadores
ISBN: 9789978391112

Imagen de Portada:
Playita entre el Guagua y el Ruco

*Para aquel cuyos pensamientos elásticos
y vigorosos siguen la marcha del sol,
el día es una perpetua mañana.*

Henry David Thoreau

CONTENIDO

La línea entre el Guagua y el Rucu.....	9
El Salto	27
Bosque encantado	39
La voluptuosidad del ogro	63
Dragón Rojo	81
Bajo los cielos de Albertina.....	97
Alucinaciones en la caldera	111
<i>Kantoborgy versus La Masa</i>	116
Las dunas de Krizofilax Equinoccial.....	133
Fifiriche del ensueño.....	157
Lovochancho en el Sincholagua.....	165
Retorno al Corazón.....	179

LA LÍNEA ENTRE EL GUAGUA Y EL RUCU

Kantoborgy, avanza por el corto ascenso al punto culminante del cráter del Guagua-Pichincha; no hace mención de regresar a ver atrás, desentendiéndose de sus ilustres invitados a engordarse con el aliento a azufre del leviatán; ellos sabrán si siguen por la vía empinada que él escogió o si se acogen por inercia a la ruta zigzagueante que bordea el arenal. Ascende pegado a las rocas, buscando el filo dentado de la bullente caldera del volcán, abriéndose camino por el arenal que a su diestra asoma impoluto. Anda con el prurito de evitar los senderos trajinados; por la senda que eligió es posible estampar la huella de sus botas y sentir que es la primera vez que pone sus pies allí. Cargando el considerable peso de la mochila *ochomil*, rompe la uniformidad gris del húmedo suelo, moldeando el futuro.

Por el sendero suave que le recomendó Lovochancho, viene asesando el principal ejecutivo de Ecuainforme S.A., Lester González, da zancadas como si estuviese cruzando una calle atestada de autos. Lovochancho lo dejó arrancar delante de él al triple-ingeniero, y, con la prisa que se metió desde el vamos, se lo figura apurándose por la recompensa tangible que recibiría en los cuartos de la domesticación, donde ya habría dejado tarjeta para vender equipos electrónicos de punta.

Lovochancho fue favorecido con la compañía del can Pincho, que pacientemente se acomodó al paso lento pero constante del hombre que se asemeja en su movimiento a una tortuga laúd de tierras altas. El matemático no se precipita, a

la postre, su humilde tranco, lo lleva a donde él quiere llegar y no a donde otro lo quiera llevar. Aprendió que cuando está de subida con Kantoborgy tiene que olvidarse de competir. El gótico, favorecido por un genoma que lo dispara en el mundo vertical, se alejó sin darse cuenta de su rapidez, lo hace como un chivo tibetano; se nota a la legua que todavía le dura la aclimatación para abrazar a las parcas por encima de los ocho mil metros de altitud. Semanas ha clavó sus crampones en la frente del Cho Oyu, retornando con salud aunque con el rostro amarillento.

Kantoborgy, dizque en favor de cumplir un programa de distracción que le recomendó M. Puertas (“el científico” de la secundaria bernardina, quien desde aquella época soñaba con ser médico del corazón humano, y ahora es lo que se dice un eminente doctor en deportología), se fue a curiosear entre la muchedumbre de himalayistas que acosan al Cho Oyu, *niño turquesa*; lo hizo por eso de que de vez en cuando es saludable hacer totalmente lo contrario de lo que le dicta su temperamento indócil y solitario, y mediante un refuerzo negativo afianzarse en su personalidad autosuficiente. M. Puertas, que maneja a placer los “refuerzos positivos y negativos”, le planteó esa alternativa por si acaso daba en la necesidad de contradicción del supremo escalador, quien, apenas cumplió con la formalidad de escuchar sus prescripciones, y entró a amena conversación de amigos, copa de vino *Caravasar* en mano.

Para M. Puertas, fructíferas fueron y son las confidencias del corazón del andinista, sirviéndole de inspiración para levantar un libro que recicla porque le ha dado prestigio en el ámbito de la medicina deportiva y, por añadidura, goza del aire grave de literato advenedizo en las ferias de libros. Previamente a la génesis y publicación de *Kantoborgy: la psicofisiología de lo posible en la zona de la muerte*, M. Puertas, carecía de la menor afición a la literatura dura de todos los tiempos, era un ojeador de periódicos, ávido de titulares sanguinolentos, recién extraídos de la inagotable cantera ecuménica de desastres naturales y políticos. Pero esa “titulitis pe-rioverborreica” acababa deprimiéndole, y ansiaba el postre de

letras dominguero de la prensa que en secreto deglutía con fruición, la sección de clasificados. Entonces, no entendía por qué le tiraba el cuerpo hacia esas páginas ahítas de pequeños anuncios comerciales, ahora ya sabe el motivo por el que las hallaba “interesantísimas”: era lo único vivo de esos papeles que al día siguiente de publicados ya son vetustos. Mientras, en los finos estantes de caoba de la sala de espera de su exitoso consultorio, reposaban montón de libros brillantes por lo bien lustrados, y tales tomos de la literatura genial de ayer, ahora y el mañana, sólo eran adorno intocable que le daban ínfulas de científico cosmopolita. Fueron días en los que el deportólogo alimentaba desdén por lo subjetivo, negando las razones del alma. “Empero, el lado humano y divino que me presentó Kantoborgy de la montaña, me motivaron a despertar. Fue como una erupción interior, de repente me convertí en lector aristocrático, escojo lo que leo”, manifestó en una intervención telefónica que hizo en la radio-libre de Olegario Castro. Estos días, M. Puertas, tiene claro que su libro *Kantoborgy: la psicofisiología de lo posible en la zona de la muerte*, es dinámico y va más allá de lo razonable, advirtiendo a los lectores que lo suyo es un ensayo donde mente, magia y cuerpo se dan la mano, pues, cabalgando entre lo científico filosófico y lo literario, pone al día su obra mutante cuando le place hacerlo.

Kantoborgy, por no sé qué gracia hacia su inveterado amigo M. Puertas, se comidió a hacerle caso en su perorata de los refuerzos positivos y negativos, hizo un alto en sus proyectos sobre las paredes de la estulticia para irse a distraer en algo más ordinario, que apeste a muchedumbre, a saber: trasladarse al monte Chó Oyu en temporada alta. Le viene atento el discurso que le soltó el científico, ya libre de la jerga de los *refuerzos*, relajándose con el vino que despabila su otra lengua, la de largo empuje del existente.

“...Escucha, soy consejero médico de una joven ya hoy con bagaje ochomilero; además de su formidable dotación física, es muy experimentada en la altitud que puede tomar el alma. ¡No me vayas a pedir el nombre o dónde contactarla porque guardo ese perfil bajo el candado de mi voto hipocráti-

co! Ya sé que te importa un higo el retrato común de la gente, por eso te voy a dar de ella una pincelada de su corazón abierto. Digamos que la ayudo con mis conocimientos y aptitudes para la deportología, que cobraron fama y autoridad merced a que se propagó en el ámbito científico que soy tu galeno de cabecera y, en el mundillo literario de los librereros, que soy una especie de biógrafo de tus hazañas en los confines de la conciencia. Échale nomás vinito al gaznate del sediento, éste es de lo mejor, marca *Caravasar*, del que se sirve Omar Khayyám en los crepúsculos y auroras de su viaje a ninguna parte. El caso es que la bella iniciada de los montes Himalaya, de regreso de su fatiga ascensionista, me participó que llegó a poco más de los ochomil metros de altura del *chinito* –atendiendo a su altímetro–; había sido un día impecable, que culminaba una especie de *semana santa* por las bondades climatológicas para los fines de la cordada a la que se unió. Eolo, se había ido de vacaciones, y el sol y la mansedumbre brillaban en lo que, según me has manifestado, podría ser la antesala del infierno mediante una avalancha o una tormenta de verano en esas alturas inimaginables para un M. Puertas. Qué puedo argüir, es cierto, me he convertido en aprovechado excursionista de los grandes cañones; pero supe beneficiarme de la coyuntura de tener en mi consultorio a un andinista sin parangón en este ombligo del mundo... Sí, perdón por el lapso, vendrías a ser el segundo sin parangón después de tu querido maestro Olegario Castro. De no contar con el acicate de tus retos mortales no hubiera realizado ese esfuerzo hacia la percepción, la que me fue esquivada por estar embotado de afanes materialistas a lo triple-ingeniero. ¡Carajo, a ese Lester sí tienes que llevártelo a los altos Andes a que despeje la mollera; aquí abajo es hombre muerto, acaparador de bienes, el muchachito! ¿Buena cepa la del *Caravasar*, no? Decía que me vino de sopetón la voluntad de conectar con tu apuesta por el riesgo sin amortiguadores, y esa nueva voluntad desembocó en un hallazgo para mí mismo, siendo el tesoro que sobrepasa la utilidad: mi libro, nuestro libro reciclable, *Kantoborgy: la psicofisiología de lo posible en la zona de la muerte*".

“...Escucha, el caso es que esta musa de porte himalá-yico es de tu escuela porque, a pesar de tener prácticamente asegurada la cumbre para entrar en los anales de la historia del ascensionismo ecuatoriano como la primera mujer *nacional* en sumar un monte ochomil dentro de una cordada internacional exclusivamente femenina, ella se emperró en no consumir su triunfo negándose a posar en el ápice del *chinito*. Lo hizo con premeditación, para tener el placer de espetarle a cualquier trepador de oficio: sí, muchachito, no coroné el *niño turquesa* porque no me dio la gana y así puedo ser diferente a la cordada de gentes que a base de estimulantes, medio sonámbulas y bien oxigenadas con botellines fungen de extraordinarias siendo ordinarias; me separé el momento preciso, cuando la fuerza ascendente no me faltaba, y cuajándome de risa. Curiosa historia la de esta mujer integralmente hermosa, cómo no enamorarse de ella; con una chica así no hay para qué bajarse de sus ojos, ellos encierran el misterio femenino. ¿Me hago entender? Vete tú a saber si te la pillas a esa semidiosa, tu semejante en el deporte filosófico que practicas, y de paso te aclimasas donde el *chinito*, y te haces la idea que sólo vas a caminar y a caminar, y que la altitud te llame como las feromonas de una loba en estro tiran de la nariz a tu cancerbero Pincho. Cuájate de la risa, ¡ésta es la terapia de los refuerzos con una copa de vino *Caravasar* adentro!, la misma que te prescribo para relajar tus nervios de orangután ascendiendo por la escalera del cielo. Te lo firma el amigo de banca y pizarrón bernardinós, como cuando éramos gallada con Aqueronte y el humilde Lovochancho, antes que este último de verdad se haga matemático y yo consejero del corazón”.

El doctor M. Puertas le recetó al gótico irse de caminante a la cresta del Cho Oyu tal como a él, Lovochancho, le recomendaría que se distraiga de la saturación especulativa y de los amores condenados a la disolución con doña Adelaida Matute, yéndose de paseo por la línea que separa al incandescente Guagua del adusto Rucu. ¡Vaya terapeuta ochomilero que vino a ser el científico que no ha subido a pata ni al Panecillo! Lo curioso es que el otro, bien mandado por su

médico de cabecera, se fue de diletante a unas alturas que él, Lovochancho, sólo visitará cuando un extraterrestre le obsequie no únicamente “la doble y única piel” que reivindica Kantoborgy en uso cabal de su imaginación, sino el “chaleco levitador” que, en la ficción dura de A.C. Clarke, sube al techo del mundo a un célebre parapléjico.

Lester González, se paró a otear en los nudos andinos del sur. Está simulando el goce de atrapar con sus ojos el paisaje serrano en la hora temprana que dispensa nitidez, escondiendo el fastidio por el ahogo que lo atacó, anulando la meta de mantener las zancadas del voluntarioso ciudadano hasta posarse en el punto máximo del Guagua. Relaciona que los pasos ágiles que da en la suerte del semáforo y dentro del edificio de Ecuainforme S.A., aquí se han ralentizado y de repente tiene la fea certeza de que por delante hay una montaña en sí. De entrada se disparó porque quería emular el tranco del contumaz ascensionista, mas iba a hacerlo con el axioma del comercial que su firma pasa en la estación carismática de Gallo Culincho (trató que esa propaganda salga en la radio-libre de Olegario Castro, pero éste le supo informar que las ondas largas de Marañón no emiten publicidad cualquier sea su índole, así lo exigen los anónimos mecenas), donde se machaca a los oyentes: “La cumbre del día es tu cumbre, pero nosotros te ponemos en la cima de la tecnología”.

Lovochancho y el can Pincho se hallan en un tris de rebasar al ciudadano que parece tragarse, con su pose expectante, un paisaje de ensueño: las vertientes del Guagua bajando con el sol naciente a llenar de colores al pueblito de Lloa y sus fértiles valles contiguos. Pero, no; Lester González no disfruta de ese despertar bucólico, su temprana fatiga le impide acogerse al estado de gracia que narran los montañeros en las madrugadas de radio-libre Marañón, relatos que lo han hecho soñar con esto que tiene frente a sus ojos y que este instante no puede deglutirlo como él pensaba en cuanto se apeó de Rocinante, el todoterreno de Kantoborgy. Lovochancho, impulsado por el efecto succión que le imprimió la parada de Lester, lo rebasó sintiendo que su marcha había subido consi-

derablemente de revoluciones. La desinflada de Lester le inyectó fuerza permitiéndose sobre la marcha ascendente darle un consejo que no pidió el hombre de los catálogos con las últimas maravillas digitales provenientes de los tigres asiáticos. Se podría decir que le infirió la fórmula del caminante fructuoso: “Lester, agarra un ritmo conveniente a tu físico y no regreses a ver atrás hasta dar bien arriba”.

Lester no se movió de su trance sobre el recodo del sendero, se mantuvo sin regresar a ver a los dos mamíferos que se alejaban de él. Refunfuñó algo ininteligible para los oídos de Lovochancho cuando éste le rebasaba, pero en su interior sí retumbó con furia lo dicho: “¡vete a freír tripas de marrano!”. El hombre se propuso engullir el nacimiento del lomerío que todavía no lo hace suspirar de placer; siendo montañés se apartó de los silencios del alto páramo y sus musas, cuales son imperceptibles en la batalla del diario que da por ser un mejor ciudadano. Eso sí tenía una sensación de pérdida en su conciencia, cada vez más elocuente, de que cada día que se regalaba en el calendario astronómico del principal de Ecuainforme S. A., lo perdía en el calendario del hombre que aún clama por retornar al campo de la niñez y adolescencia. Aquí está sufriendo un tsunami íntimo que para el ejecutivo es una paliza corporal de poco provecho, éste justifica su incredulidad diciendo, ¿qué de productivo tiene esto de airearse a lo bestia? No obstante, éste accedió a hacer un paréntesis en su ámbito socioeconómico de ganancia y anotarse a un escape a la incertidumbre en jornada laborable, ¡miércoles!, lo hizo de una manera arrogante, como si fuese de visita al manicomio para cerciorarse de su normalidad. La fatiga que le provocó lo desconocido lo despabila, no le proporciona goce el portar un móvil que ronronea como una gata llamándole a su regazo, y él imposibilitado de atender las urgencias del mundo veloz por un día que Kantoborgy le vendió con el título de “inolvidable”. No se equivocaba ese saludable bípedo de retos en lo inhóspito, el ejecutivo dio unas cuantas zancadas por el trajinado arenal y ya ingresó en el país de lo inolvidable.

Lester siente que esta efímera ascensión fue suficiente para que mastique impotencia, asume su desentendimiento

con la altitud fue patente, viniendo a experimentar síntomas del mal de montaña, soroche, por falta de aclimatación a las alturas que sus dos amigos sí disfrutaban y avanzan como si estuvieran en el bosque trasero del vecindario. Apenas se movió para apoyarse en una roca que se amoldó a sus espaldas, se ve como un lagarto ávido de recibir las vitaminas solares y almacenar el combustible vital que luego le servirá para derrochar energía en el páramo. Está empeñado en darle la vuelta a esa indefinible laxitud que atormenta a la hormiguita que es cuando dribla obstáculos empresariales. El malestar va cediendo conforme viene resignando la intención de subir más, “¡hasta aquí llegué, ni un paso adelante, carajo!”.

Lovochancho creyó escuchar el grito de guerra de *Chancholovo*, “¡basta, sofrénate animal, aquí me quedo!”. Pero no hubo tal recriminación de su otra parte, ésta se halla sometida al estado pletórico que este amanecer logró Lovochancho. Dedujo que le llegó a sus oídos el eco del alarido del principal de Ecuainforme S. A., producto de la indigestión que sufrió por pretender tragarse a la divinidad del volcán de una sola vez. Así de conmovedor puede ser el primer encuentro de un hombre con los volcanes, como para regresar a ellos la vida entera o no volver jamás. Escuchó el lamento de Lester porque es algo que también le nace de su interior cuando sufre no ser un *pata de perro*, cual Kantoborgy, quien está acostumbrado a sacarles grandes distancias a sus invitados.

Kantoborgy arribó al punto culminante de la gigantesca boca del cráter; él fue trazando una línea recta por el filo dentado, escalando cada roca al pie del abismo de vértigo. El fondo gris de la garganta volcánica acoge círculos dantescos que vienen envueltos por gases sulfúricos; debajo de los tapones hierva el poder pirofórico del Guagua Pichincha. El hombre contempla extasiado la fuerza tectónica de este residente del cinturón de fuego de Gaia; no puede dar testimonio de su orogenia como lo haría un erudito vulcanólogo, pero siente la vibración millonaria como si hubiese crecido y jugado con el Guagua, quizá debido a una reminiscencia que le viene de su espíritu dragonil. Aun si estuviese la mañana encapotada

se reconocería con el volcán por la química que mana entre ellos dos; no necesita de una hora límpida para el regocijo de su alma que recrea las diferentes épocas del Guagua, cual tiene para erupcionar todo el tiempo que le sobre a la Tierra. El Guagua, siendo un joven animal andino al que le hierva la sangre, no es amigo de hacer erupciones plúnicas, controlándose en sus emisiones magmáticas que todavía no han provocado un terremoto atroz o la ola de calor letal que transforme en cenizas a la urbe capitalina. Los mortales, dando la espalda al dantesco óleo de sus domos incandescentes, sólo se acuerdan de él cuando revienta un tapón por travesura.

Lester suspira aliviado, el conato de taquicardia y otros síntomas del bien promocionado soroche se dispersaron. Se felicita por no haberse forzado a seguir a Lovochancho y al can Pincho al borde del cráter. Sale de su pose de lagarto tomando sol y escudriña entre las rocas de arriba buscando a los dos hombres y al perro pastor que no ha entrado en familiaridades con él, éste apenas olió al intruso sin rozarlo siquiera. Agradece que lo hayan dejado a su albedrío para lidiar con el mal de montaña y que desaparezca cada quien con su cuesta. Ya puede ver sin asco hacia el nororiente. La altitud, después de propinarle el bofetón por meterse prisa en subir, tiende una mano amigable al novato, susurra cantarina: *desciende, Lester, camina a tu aire por la carretera de verano*. Conecta con el paisaje inmediato que lo recibe deferente, no fija más su vista sobre el recuadro del suroriente, donde un pedazo de ciudad ha tomado la forma de basural que irradia con colores de hojalata. “¡Cierto ha sido!”, aulló remitiéndose a las palabras de Kantoborgy, quien le ha dicho que lo artificial lo deslumbra por su fealdad ante lo original.

Pincho no se guió por la huella química que fue dispersando el amo, sino que buscó una vía acorde con su cuadrúpeda capacidad de subir sin pasar por temerario. Igual, debido a su imposibilidad de escalar, acabó separándose de Lovochancho porque éste, una vez que dio con la caldera, se decidió a continuar por el sube y baja del borde aserrado. Siendo que en el pasado enfrentó este tipo de circunstancia

sobre el Guagua, discierne que debe descender un tanto para empatar con diferente ladera y subir sesgadamente por ella hasta reencontrarse con los otros dos ascensionistas. Pincho asume que es una variante de los ejercicios de rastreo que tanto disfruta hacerlos, se entusiasma por el reto que le han lanzado Kantoborgy y Lovochancho, el que traduce como un vamos a ver cuán rápido descubres nuestro escondite amigo lobo.

“Hasta este punto te trajeron tu olfato privilegiado y tus cuatro patas, oh ingrato y peludo ser que me abandonaste a mi riesgo en este filo monstruoso...”, dijo teatralmente Kantoborgy, propinándole palmadas de enhorabuena al can que respondiendo a su instinto de presa los pilló, a él y a Lovochancho, agazapados en el paso rocoso bajo el ápice del Guagua. Pincho respondió a las loas de sus amigos con sendos coletazos y gruñidos de placer.

Lester, habiendo lanzado el irrevocable “ni un paso adelante”, se quedó abajísimo con su monólogo. Los montañeros de arriba no pudieron desarrollar una sabrosa conversación en torno a la inteligencia adaptiva de Pincho, aprovechando lo de tomarse unos minutos de cortesía mientras llega el “invitado principal” que nunca se fue a reunir con ellos. El Guagua eructó, fue la señal de que deben alejarse de su seno, dando por concluido el tiempo que concedió a las visitas. El eructo del volcán trajo sensible temblor tectónico, y, acompañándose del tufo a azufre, recordó a los presentes que su poder está intacto y que se deben guardar las distancias con su reposo.

Sin chistar empezaron a descender los montañeros, a cual cargando el peso de la mochila acorde con su carácter, la del matemático viene rechoncha simulando peso por el bulto que hacen el plumón y la colchoneta, y la del escalador luce compacta y oblonga portando los kilos que incluyen lo necesario para montar un campamento de altura si se diere el caso. El andinista hace gala de la fortaleza física que rezuma tras su aclimatación ochomil en el monte acosado por las muchedumbres trepadoras, el *niño turquesa* que ve profanado su antiguo esplendor. Kantoborgy bajó a grandes zancadas, distanciándo-

se lo suficiente para hacer progresiones hacia arriba que Pincho y Lovochancho responden con una mueca de fastidio, como diciéndose uno al otro, “ya empezó con sus payasadas”.

—Este Guagua es temible, no es paciente como el *niño turquesa* que soporta sinfín de campamentos. El Guagua te suelta un eructo de azufre y te mueve el piso cuando se acabó la hora sociable, te avisa: “a mí me respetas, ¡soquetel!, si te digo adiós es porque concluyó tu visita: te fuiste...” —dijo circunspecto Kantoborgy, ya sobre la línea amable y el calorcillo del pajonal que conduce al Rucu.

—Es que vos lo pones de mal genio al Guagua con tus aires de iluminado himalayista, brincando y haciendo cabriolas como poseso; hasta Pincho cuelga el hocico cuando te ve así de loco —dijo festivo Lovochancho, y añade—: No hay vuelta que darle cuando el Guagua te despacha de la visión de sus efervescentes entrañas, hay que hacerle las reverencias respectivas a su rango olímpico y retirarse sin protesta.

—A saber, Lovochancho, lo que tú llamas “cabriolas” es la necesidad de hacer esfuerzo físico para tener el favor del hambre, y, de esto, llegada la hora de satisfacer el apetito, no comer trinchando sino devorar con las manos a la sombra del salvaje, no degustando a lo sibarita sino engullendo a lo neandertal. A propósito de hombres pelirrojos y de ojos verdes perdidos en la niebla troglodita, ¿dónde estará nuestro triple-ingeniero?... Presumo ya se habrá desprendido de las rocas y estará estirándose sobre esta mañana que va para azul. Suerte la mía también porque le prometí un día imborrable, uno que lo ingrese a su desocupada memoria mágica, y con esto en algo compense el desbordamiento de su memoria técnica que lo tiene zozobrando en los salones del cómprame lo último que importamos y luce dentro de las vitrinas de Ecuainforme S. A.

—Lo rebasé al ilustre mercader mucho antes de dar con el filo del cráter —replicó, Lovochancho, y relamiéndose del gusto añade—: Vos tienes el prurito de agotarlos a tus invitados, aunque la víspera los enganches con el espejismo que

les ofreces, el paraíso de las hurís en la montaña tropical. Mas, apenas posas las garras de tus miembros inferiores sobre terreno irregular te olvidas de su presencia y los abandonas a que se defiendan por sí mismos; si no fuese veterano asistente a tus banquetes esteparios, ya estaría abrazado a una piedra como tu otro huésped y aullando, ¡ni un paso más hacia arriba!

—¿Acaso conoces otra manera de despabilarte si no es palpando tu soledad entre pasillos volcánicos?

—Poniéndolo así no hay manera de contradecirte.

—¿Tú crees que se nos vaya a perder el pelirrojo?

—No hay dónde hacerlo, bastará que coloqué las piernas en la carretera de verano y su proa se dirigirá automáticamente al valle de Lloa. Hablamos de un individuo que se ha manejado en distintas megalópolis del orbe, aquí sólo tiene que girar a la izquierda en caso de toparse con bifurcaciones de senderos.

—Además, el predicho, tiene la opción de negarse a andar por el camino carrozable, pudiendo forzar una larga siesta sobre el pajonal mientras espera que el hado haga realidad la diferencia en sus oídos, y pueda discernir entre el graznido de un ave de rapiña sobrevolando el silencio del páramo con los silencios ahumados que dejan las bocinas y el estrépito del tráfico vehicular.

—A ver si Lester se acuerda que hay más que el pan nuestro de cada día a los costados de un sendero montañoso. Hallándose en el páramo, tan cerca y tan lejos de los hábitos y costumbres citadinas, sufrirá a golpe de vista del ejecutivo las obligaciones que le traen el fulgor de ese pedazo de ciudad apiñada en el suelo de las oportunidades indiferentes a los silencios naturales. En esa ventana de la prisa no hay tiempo ni espacio para los campos éliseos, aquellos reposan donde los ojos de su alma los reconocerán si son capaces de hacerlo. Creo que el propio sujeto renuente a separarse de sus presiones callejeras, se dirá a sí mismo: “Ya que estamos en esto, caminemos algo siquiera, si no hemos dado lucha como para estar rendidos”.

—Fíjate, Lovochancho, contigo funcionó lo de arrearte al ápice de picos que no creíste ser capaz de hollarlos; pero

con Lester podría ser al revés, a lo mejor la antípoda de lo que tú hiciste podría sentarle bien: entonces que no suba sino que baje de las montañas. Sería estupendo que bajando la cuesta él reaccione y tome conciencia de su estado catatónico como primer paso para salir del trance. El triple-ingeniero se enquistó en el único vivaque que ha hecho y, cada vez que se pone sentimental con un trago de aguardiente, desembucha sus peripecias basándose en su viaje a las lagunas del Compadre, aventura agreste que lo marcó.

—Si bajando encuentra su punto de equilibrio, pues, por mí que se dé gusto haciéndolo. De acuerdo, esto sería más sano que esa incesante mención que hace Lester de las lagunas del Compadre, aunque aquel viaje ajeno a mi experiencia es también obsesión mía por querer convertirlo en ficción. A falta de otros vivaques, LG, sueña con un cielo oscuro y estrellado fuera de la bóveda lumínica de las urbes que hace invisible a la Vía Láctea. LG se ha entumecido en nombre de la intención de hacerse agricultor como lo fue su padre; sin embargo, el grito de guerra adolescente todavía vive en su recóndita personalidad: “¡soy un campesino!”.

—Al punto es una quimera que, al grupo protagonista de esa expedición a las lagunas del Compadre, los he denominado *intrépidos alucinados*. Baste el hecho de que Aqueronte, alias “la ira de Dios”, haya comandado esa excursión para imaginarse que terminaron sin pescar deliciosas truchas ni efectuar la danza triunfal de los intrépidos alucinados.

—No obstante, Kantoborgy, hemos de reconocer que bien nos hemos servido y nos servimos de *Danza triunfal de Aqueronte*, cada vez que nos viene en gana cometerla sobre las altas y bajas cumbres.

—A propósito, deberías de empezar a publicar tu ficción de la aventura adolescente de Lester... ¿Me oyes, Lovochancho?, vos que prometiste escribir, *La fallida ascensión del Aqueronte al Rucu Pichincha por la kilométrica vía de la boa*, y a la fecha no aparece ni un pelo de tu versión en el ciberespacio.

—Para no oír tus quejumbres, te doy una muestra de lo que voy a escribir inspirándome en lo acaecido en las lagunas

del Compadre, ya me dirás qué te parece este abreboca: ...al cabo de dos vivaques consecutivos se acabaron los enlatados de atún que habían traído consigo los excursionistas, sobreviniendo un apetito sin atenuantes. Aqueronte, trastornado de hambre porque no sólo de alucinaciones vive el hombre, inició agresión campal en la que mostró lo mejor de sí repartiendo leña como un endemoniado a sus camaradas.

—No seas mañoso, Lovochancho, déjate de retóricas como lo has venido haciendo con *La fallida ascensión del Aqueronte al Rucu Pichincha por la kilométrica vía de la boa*, y asíéntalo sin más remilgos en el ciberespacio de Bípedos Depredadores.

—Y vos, Kantoborgy, no seas ansioso. Te advertí que *La fallida ascensión del Aqueronte al Rucu Pichincha por la kilométrica vía de la Boa*, es un título para contemplarlo echándose en una hamaca con frente a tus arrayanes en flor y no un fajo de palabras por concretar. Sí, me he convencido que no habrá contenido que iguale a ese majestuoso empiezo, el cual goza de una frase que lo dice todo de un bocado. En todo caso, lo de *La fallida...*, es algo que puedo recogerlo para mi goce íntimo, porque ahí fui espectador de la derrota que Aqueronte transformó en triunfo cazando un par de suculentos conejos, mientras tú te perdiste en las alturas olvidándote del invitado, cual llegó armado para relajante cacería y no embestido con los ánimos de ascender el Rucu por la vía más tortuosa que un humano pueda concebir. Sólo tú la podías haber creado para atormentar a tus invitados.

—¡Cuánta ingratitud! Bien que disfrutaste a rabiar de esa ruta inolvidable. Tú sabes que no ha existido antes, ni habrá después en los siglos venideros, otra ruta al Rucu más exuberante que la kilométrica vía de la Boa. Esta vía se entrega a los que están dispuestos a echarle pata largo y batir marcas contra sí mismos; no se da al que camina apenas cuatro pasos con pretensiones de cazador y, cual Aqueronte, se convierte en exterminador de roedores de campo. Yo le participé de mi ascenso al edén, pero éste vino cargando el arsenal completo para degollar liebres y no ungido con el propósito de sufrir la

montaña. Parece que has resignado la posibilidad de inferirme el fajo de palabras conteniendo *La fallida ascensión del Aqueronte al Rucu Pichincha por la kilométrica vía de la Boa*. Entonces haz un esfuerzo supremo y de una vez remíteme, por entregas, lo que te vaya saliendo de la aventura del Compadre, si no también va a caer en el olvido. ¿Cómo dijiste va a ser el nombre completo de la historia, ya que acabas de robarte palabras que yo menté hace poco?

—*Los intrépidos alucinados pescando no se sabe qué en las lagunas del Compadre*, creo que podría quedar cosa así el título, y lo único que cambiaría del anterior nombre es lo de *alucinados* que iría en lugar de *expedicionarios*. Consecuentemente, dado el caso, no te robaría nada.

—Hazme el servicio de concretar tus ofrecimientos literarios. No corras el riesgo de transformarte en una plantillada andante, así como nos describían a los ecuatorianos los viajeros europeos que nos visitaron a fines del siglo diecinueve. ¡Cómo nos zarandeaba el señor Whymper, el señor Meyer...!

—En eso estoy, no soy el burro que da vuelta al molino de las palabras para que éstas surjan impresas con un lenguaje divino. *Los intrépidos alucinados pescando no se sabe qué en las lagunas del Compadre*, va a ser una fábula completa; es decir, estoy trabajando en ello a golpe de imaginación pura, ¡ficción dura!, porque no fui testigo ni coprotagonista de los hechos acaecidos en El Compadre. Apenas me alimento con la información que principalmente me provee, sin afanes de lucro, el bueno de Lester González. ¿Cómo no refocilarse con la visión del Aqueronte repartiendo caña a los mansos?

—Ahí radica la esencia de los sucesos del Compadre; sin la fuerza sentimental que desató Aqueronte, llanamente no habría condumio para fabricar un relato decente.

—Para qué abundar, Kantoborgy, sobre algo que lo tienes a vista: todo el cuento girará alrededor de Aqueronte, “la ira de Dios”. He tenido que moverme solicitando la versión de cada uno de los *intrépidos alucinados*, y a pesar de que distan en lo particular como son distintas sus personalidades (a la hora del recuento del antes y después de la explosión de

adrenalina aquerontiana), coinciden en afirmar que sobre sus cuerpos cayó un tifón que los zarandeó inmisericordemente, y el más maltratado fue el jabalí Muñoz. ¿Has sabido más del jabalí Muñoz?...

—Sé que está residiendo en Cuenca, y que llegó a ser campeón fisicoculturista, místico Azuay, o algo así.

—Estás bien informado, aunque siendo preciso fue “Señor Músculos Cuenca”, en la categoría pesados. De jabalí pasó a ser un rinoceronte de fuerte; pero, conforme a lo que me ha comentado Lester, todavía no se atreve a sostenerle la mirada al Aqueronte.

Pincho va trotando en el pajonal, se aleja airoso de las voces humanas ya difuminadas por el viento. Los bípedos también se han dispersado, cada quien tomará el rumbo que les brinda esta jornada dedicada a pisar la línea que une a Los Pichinchas. Nadie preguntó hacia dónde iban antes de romper filas, sin embargo, si hubiese que dar una respuesta sería: aquí no más, a darle una vuelta al Rucu, hasta que llegue el momento de devolvernos a Rocinante promediando la tardecita. Los tres mamíferos que van por el filo, abren sus sentidos a la lustrosa dentadura del pico Padre Encantado. Kantoborgy ha retomado su tranco y efectuará otras progresiones en el fondo que une el celeste del cielo con las testas grises de los animales andinos.

Pincho pastorea, se ha volcado al vaivén propio de la raza a que pertenece, se divierte yendo y viniendo; a ratos da alcance al amo y luego se detiene a husmear para darle tiempo a Lovochancho para que se le acerque y de esto ir a su encuentro batiendo la cola por lo alto. Después de unos minutos de ir junto a Lovochancho se separará de él y, merced al uniforme y vigoroso trote que le permiten sus largas zancadas rasantes al piso irregular, cubrirá el tramo que lo separa de Kantoborgy. Los dos bípedos ayudan tomando la distancia natural entre ellos, y Pincho disfruta del justo medio hasta que se decide a ir con el uno o el otro.

Lovochancho llena la retina del observador con el derroche de grácil fortaleza que le brinda el can Pincho.

Kantoborgy, no se detiene ni regresa a ver atrás, se pierde con los silencios hacia delante, sin distraer el pincel del artista creador que anida en sus ojos. Los caminantes están entrando a ese estado de conciencia que los confunde con el páramo. Pincho sigue avanzando en el medio, los hombres se han borrado de vista uno del otro; mientras Kantoborgy bordea la roca cimera del Padre Encantado, Lovochancho estira la mirada hacia la manada de caballos salvajes que escapan por la hondonada. Ambos fueron a dar al collado que les regaló, por separado, la adusta negritud de la pirámide occidental del Rucu Pichincha que se une al circo aserrado del cerro Ladrillos. Lovochancho no reprime la emoción que lo embarga ante la faceta occidental de una montaña que la ha subido tantas veces por el otro lado, por la cara oriental. Esta es una ruta de reposo comparada con la de las jornadas de espartano esparcimiento, siguiendo la kilométrica vía que Aqueronte pasó de sufrirla. “Podrás trajar mil días en esa vertiente, pero se quedará como la mujer amada que jamás se posee para poder desearla hasta el último suspiro”, susurró. Este rostro lavado del Rucu lo hace entender que no volverá a repetir la vía de la Boa sino como una exquisita lejanía, ya intocable. “Allí donde todo es figuración del placer que puede ofrecer una doncella”.

Alejándose del Guagua, rumbo al valle de Lloa, el ejecutivo de Ecuainforme S. A., se resarce del “casi soroche” que lo paralizó impidiendo que acceda al abismo, a la boca ferruginosa del volcán. No pudo fijar sus ojos en la hirviente caldera; sin embargo siente como si hubiera sufrido ese portentoso foso humeante, pestilente, que es apenas la apariencia del poder avasallador de lo que hay en las entrañas del gigante y que podría brotar en cualquier momento con su magnitud colosal. Reflexiona que su “¡ni un paso adelante!” puede ser más el aullido interior del hombre que no quiere seguir siendo engranaje de un gusano mecánico, que el grito del ciudadano decidido a no subir la cuesta del Guagua. “Si no rescatas la magia intrínseca de tu existencia, si no reacciona tu corazón con la fuerza de un volcán, entonces de una vez púdrete, triple-ingeniero”, masculló sonriéndole a los verdores que se le

abrían bajando por la vacía carretera de verano. Escogió sudar la mañana a su aire, se le antojó que en vez de ir tras los dos amigos y constatar su inutilidad para desplazarse con tranco uniforme sobre el piso desigual, mejor era darse a algo que lo haga verse como un sujeto de carácter y servirse a gusto de estas horas de recreo ambientalista que tiene por abrir. A mitad de semana está caminando acompasado, porta un ramillete de flores diminutas en las manos, viene soñando con el bosque encantado que no pudo darle la aventura del Compadre.

EL SALTO

Pincho paró de trotar, ventea ensimismado sacando una cuarta su cabeza sobre la niebla matinal a ras de piso. Así lo ve en perspectiva el bípedo que deambula por el valle tomado por manto nebuloso que asemeja una laguna de agua gris que le llega a las rodillas. Sabe que de repente se disipará la niebla a fuerza de sol, calentando las briznas de hierba y dando color a las flores. Mientras el superalfa descubre el amanecer con los ojos, los canes viven con el olfato la vecindad de ganado vacuno, la pampa les transmitió acción ni bien se apearon del todoterreno.

El viento frío ruge metiéndose en los recovecos de la extensa llanura longitudinal de Limpiopungo. Aires volcánicos portan noticias frescas de ungulados que están fuera de los terrenos acotados de las haciendas ganaderas, estos han ingresado en la zona protegida del parque nacional. Aromas a rebaño excitan la imaginación de Pincho, desde que fue un robusto lobezno en el cráter del Pululahua, hogar del montañero y su familia perruna, sueña con pastorear.

Pincho, a tierna edad, temía a morir a las vacas pastando en los predios vecinos a su lar. El cachorro de pastor ladraba por instinto de conservación y también se daba modo para hacer el ademán de arremeter contra una res cualquiera que se cruzaba en sus primeras caminatas junto a su guía, puesto de collar y trailla, familiarizándose con el entorno verde y florido dentro del cráter de un volcán vivo. Después del arranque inicial, que venía con esa temprana temeridad simulando arro-

jo, el bebé con cola terminaba colocándose detrás del hombre, buscando lo proteja de una embestida de la bestia rumiante. Entonces el montañero susurraba al oído del cachorro, “no te preocupes, el valor es la otra cara del miedo”. Pasados los meses, apenas el joven can sacaba a relucir su linaje e intentaba en serio pastorear, Kantoborgy, lo celebraba ruidosamente inyectándole confianza, intuyendo que tenía entre manos a una joya en bruto por refinar.

Pincho prorrumpe en piruetas y gemidos señalando con sus fuertes maseteros la dirección del motivo de su hipo. Kantoborgy frenó el paso y otea distraído en el vuelo cercano de una pareja de curianguines, se divierte con la espesa niebla a ras de piso que hace asomen las cabezas de los canes cuando están quietos, y el momento que brincan aparece el resto de sus cuerpos como si estuviesen haciendo ejercicios acuáticos en una laguna de plomo. Aparenta no parar mientes en las cabriolas de Pincho, sabe el porqué de esa ansiosa actitud, aunque jamás va a recibir los mensajes químicos de las reses que los canes ya leyeron en toda la extensión. Sigue andando y él también se acoge a las cabriolas de entrenamiento del escalador con todo el peso de la mochila *ochomil* encima, sin percatarse que las hembras de la manada Panda, Eire, Dina y Vaty revolotean en un círculo cada vez más próximo al de Pincho, presionando para que éste a su vez obligue al guía humano a soltarlos en la pampa. Ellas están prestas a mostrar sus dotes de juntar ganado disperso (ejercicio que aprendieron del macho dominante, primero por imitación y luego se afianzaron en ello por placer propio) para guardarlo en un redil inventado.

Como había previsto se diluyó la compacta niebla de la aurora dando paso a la profundidad del paisaje herboso incendiándose con los rayos de luz que despide el dragón de oriente; fragante rocío ilumina la vastedad ámbar del pajonal ascendiendo a las rocas grises y picos pintados de neviza. Los ojos del hombre ya no tienen excusa para no ver las lejanías, allá está el destello de las reses pastando en grupos pequeños, son puntos diseminándose al pie de la negritud del ala

nororiental del cóndor de piedra, el monte Rumiñahui, que contrasta con el cielo azul abriéndose paso entre las nubes estrías. Pincho, entre jadeante sarcasmo y poniéndose *circumspecto* cuando cierra el hocico, se vuelve repetidamente hacia el bípedo que persiste insensible; ladeando la cabeza negra matizada con líneas de color fuego, gruñe algo que Kantoborgy debería interpretar así: “¡Avívate sujeto!... Acaso no te sirve tu naricita de porte griego, ¿qué te sucede, no te llega nunca el aroma a divertimento que despiden los bovinos a leguas? Vamos, despierta, anímate que ya estamos en campo abierto: ¡es hora de pastorear!”.

Kantoborgy no replica al gesto de impaciencia que a prudencial distancia le infiere su amigo, se desatiende de la urgencia canina siguiendo el aterrizaje de la pareja de curi-tingues que ha encontrado carroña para el desayuno. A esto, Pincho, comprende que la única manera de lograr la atención plena del otro, y hacerlo se concentre en la acción, es que éste asocie la idea de estar en el deber de dar el comando de partida a pastorear. El guía tiene que prestarle atención, lo obligará recurriendo a la fijación del entrenamiento que tienen ambos para las operaciones de rastreo deportivo y de ubicación de hombres perdidos, o víctimas de accidentes en la montaña. Así, cuando Kantoborgy se queda pasmado y no hay manera de que tenga apetito por pastorear, es menester que él, Pincho, se coloque bien apegado al costado izquierdo del bípedo, a la altura de su rodilla, en la posición de sentado que indica está aguardando una orden y que el superalfa no puede demorarse en emitirla so riesgo de perder autoridad. No gastará más saliva en ladridos para llamar a la cordura a un ser insuficiente de olfato y por añadidura algo sordo, de esto que se apura a ganar los metros que lo separa del guía y a tomar la posición de inicio de actividad que se adopta en los ejercicios de rastreo.

Ahí está Pincho, perfectamente sentado, asumiendo el talante marcial de rigor, muy pegado a la rodilla izquierda del hombre que ya no puede fingir más indiferencia, está obligado a bajar su mirada al subordinado. “Muy bien, muchacho, me tienes entre rejas, ¿qué te pica?”, habló bajo Kantoborgy, con

la mirada al frente y cambiándose a una pose hierática, como manda el canon de inicio de acción en equipo canino-humano, y añade contemporizador: “No te sulfures más, sosiégate amigo del impulso, convoca a las hembras de tu harén para que se dispongan a un trabajo de involucramiento en manada; ya sabes, ellas agrupan el rebaño por los flancos y tú arremetes por el centro como nos gusta... ¡A ver si me brindan digno espectáculo!”.

El hombre por fin se mete en el escenario que produce la tensión y algarabía perruna. Si bien, amaneciendo, no le fue posible detectar ninguna de las evidencias químicas que provocaron el alboroto en manada, tenía la certeza de la causa de su reacción y se hacía el soquete para contagiarse primero de la pasión de los canes; y lo hace ahora estando consciente del cuadro completo de la pampa que se le abrió esplendida, allá refulgiendo en matices herbosos contra la cordillera perfilándose húmeda, como recién saliendo de tomar un baño de frescura matinal.

“¿Será esto la visión edénica del más allá perruno?”, se cuestiona alto Kantoborgy. *Definitivamente no, mejor dicho es el cuadro célico del más acá que sublima el hombre para su familia aullante. Pincho-Panda-Eire-Dina-Vaty, no sufren un presentimiento visual del nirvana canino sino un presentimiento olfativo del mismo. Sí, estoy de acuerdo contigo, esto último nos suena a Lovochancho, quizás está escrito en uno de sus postreros envíos literarios a nuestro portal del ciberespacio, esos que llegan con la etiqueta de “literatura existencial inédita”. Pero, la cosa es quién repite o inventa a quién; porque me darás el crédito de que nosotros hemos transferido el material a Lovochancho para que desarrolle y se luzca con sus ficciones. De lo que sé, el matemático guangopolero, no ha criado ni ha entrenado ningún mamífero, ave o reptil; como se dice peyorativamente en la jerga brutal de los domadores de animales salvajes, “no ha enseñado a un perico, de por sí parlanchín, a decir hola”. Nosotros podríamos añadir que el susodicho nunca ha tenido otra mascota que la que hacemos de nosotros mismos los humanos, sin embargo nos consta que goza de original empatía con los canes, los recibe festivo en su hogar cuando se da la ocasión y, como hemos pactado ya, si desaparecemos en la montaña, él cuidará de Pincho y su harén.*

La mañana entibiándose se mece con el pastizal reverberando bajo el cielo que va cuajando el azur profundo de tierras altas; las vacas titilan a lo lejos, son alegres motas en blanco y negro. Ellas, su penetrante aroma, no han dejado de llamar a gritos a la manada de cánidos. Pincho hizo lo que corresponde a su grado superior, forzó al superalfa a que emita la orden de partir. Kantoborgy no puede más que sentirse halagado por la iniciativa de Pincho, como maestro y guía de la manada que levantó en el cráter del Pulumahua, ve que esos frutos han evolucionado al punto de no ser más instrumentos del “comandante” sino protagonistas de su propio futuro. ¿Aquí, quién está mandando, él o Pincho y su harén?... Kantoborgy gozó con los ojos oscuros, “esas almendras de oasis persa”, del lobo domesticado, éstos lo obligaron a poner su vista en el horizonte vacuno, ya que no puede bucear en los olores animales que trae el viento del norte. Es un encanto verse acorralado por los canes urgiéndole ineludible respuesta a la necesidad instintiva de ir tras la provocación de la presa. El perro familiar, a falta de una cacería a muerte de voluminoso vegetariano, al menos ha solicitado permiso para poder reunir y arrear al disperso rebaño hacia reducto invisible.

Emitiendo vigorosos ladridos se unieron al llamado a pastorear la hembra alfa Panda y sus subordinadas Eire, Dina y Vaty. Bajo la égida del líder Pincho, todas ellas se dispusieron a embestir en formación de pinza, Panda y Eire por el flanco izquierdo y Dina y Vaty por el flanco derecho. Pincho entró en la concentración que precede al vamos del instinto de presa, la ardiente mirada se quitó de la faz del comandante y era todo oído a la palabra o al gesto que éste le dirija para resolver su apetencia de emociones fuertes. El silencio que precedió a la persecución del ganado vacuno hizo retumbar en la llanura la orden que por fin largó el superalfa, el ¡voraus! que usa para estos menesteres. “¡A galopar, a galopar, hundiéndose en lo primordial!”, aulló Kantoborgy, cuando los canes se perdían en la ondulante pampa.

Pincho ha venido confiando en la intuición para realizar ejercicios que en sus ancestros eran inherentes a la nor-

malidad cotidiana. Los perros pastores de antaño se sometían gustosos a su destino de campo abierto, y lo corriente era trotar en la amplitud de su oficio. En estos días, los denominados “perro de pastor de alemán, de inglés, de belga...”, pertenecen a una suerte de expastores recludos mayoritariamente en celdas urbanas. Pincho sí pudo despertar las habilidades que todavía guardan sus genes, cualidades que son explotadas en una época que le tocó ser guardián de la morada silvestre de Kantoborgy. Aunque allá, en la finca del Pululahua, no es posible este tipo de expansiones kilométricas, sí es permitido moverse a gusto en un hábitat que, para el perrito faldero de apartamento, vendría a ser una pradera donde perderse. Dado el permanente encierro que sufren muchos expastores, él resulta un can privilegiado por estar rodeado de jardines prístinos, y sobre todo por custodiar el viejo bosque de arrayanes que le da espíritu y nobleza a los lares de Kantoborgy.

Pincho es dueño de un transcurrir que no sabe de las inmundas jaulas que atormentan a los menos afortunados de sus congéneres. Paradójicamente, los más desgraciados suelen ser los que pagan tributo a su belleza canina, pues, a cambio de aplausos y ¡bravos! en el cuadrilátero que ensalza su donosura, obtienen apenas buen pienso y mucha sombra entre rejas; mientras sus carceleros se llenan de trofeos de hojalata y se empipan con gloria efímera. Poniéndose a discernir sí es un can de buena estrella. No es vida la de un ser genéticamente provisto para trotar grandes distancias en la agreste intemperie, y que apenas de vueltas en reducido cubil que alimenta la locura. ¿Qué clase de perro versátil es aquél que no puede desarrollar la imaginación olfativa, impedido de volar alto en el mundo químico, reduciéndose a paredes que han encerrado el mayor sentido de su especie?

Kantoborgy se preocupó de que las aptitudes de Pincho no se circunscriban a girar alrededor del superalfa, desde cachorro fue educado para generar versatilidad canina, creciendo saludable. Dentro del Pululahua creó el ambiente natural –o como le agrada decir, levantó un simulacro de biosfera lobuna–, para que el cachorro adquiriera las habilidades

que si estuviese en estado salvaje le servirían para prolongarse en la lucha de las especies, allí sí sufriendo lo de estar arriba en la pirámide alimenticia de los carniceros. A partir de que la mano del hombre reemplazó a la madre naturaleza en la crianza del can familiar, convirtiendo al perro salvaje en una gama de razas tan dispares en su forma y utilidad, se ha forzado la apariencia natural de los cánidos para ponerla al servicio de la imaginación del *Homo sapiens*. Más allá de esta desigualdad alucinante de los rostros y portes caninos, todos ellos siguen cargando el mismo genoma salvaje. Millones de años de evolución canina siguen intactos salvo las caprichosas facetas que le ha dado el hombre moderno a su principal compañero planetario quien, resignando su residencia en el mundo indomable, desarrolló una inteligencia adaptiva a la civilización humana para no correr el albur de la extinción que azota al hermano lobo.

El hombre se transformó en el mago que hizo la transferencia de los instintos caninos al adiestramiento, así el instinto de presa de Pincho se desarrolló en los ejercicios de rastreo, obediencia y defensa. Kantoborgy, recibiendo esa bolita peluda a la tierna edad de cuarenta cinco días cumplidos, lo alimentó personalmente y procedió a cambiarle el nombre que, acorde al pedigrí extendido por el vate Víctor Alberto Vivanco, dice llamarse *Danus de las Verdes Matas*. El bebé fue rebautizado con el nombre de un cancerbero legendario: Pincho. En este caso viene a ser Pincho, segundo; el primero, ha sido y será, Pincho I de San Agustín, el perro del ausente Teodoro Morris.

Fue aleccionador para el montañero convertirse en el guía, padre y madre del cachorro que ansiaba interactuar con ese ser poderoso que lo protegía, lo alimentaba y educaba. Es lo más cerca que ha estado de ser una suerte de semidiós, bípedo y parlante frente a la criatura que a su vez le inyectó dosis benéfica de animalidad. También hizo uso de los refuerzos positivos y negativos que hacen la perorata del deportólogo de escaladores ochomileros, M. Puertas. Logró despertar la intuición del cachorro, llevándole a ser un genio del rastreo por deporte en su adultez. Ser artista del olfato para un perro es

como ser artista del pincel para el hombre; pero lo que nunca enseñó a Pincho es que detecte al amo a cinco kilómetros de distancia antes de llegar a su mansión y, si eso no es una novedad para algunos humanos amantes de los canes que experimentan lo mismo con aquellos, sí es el hecho de que Pincho presiente a Lovochancho a una legua de distancia. Encuentra a Lovochancho, ya sea haciendo ejercicios de rastreo o no, escondase donde éste se escondiere en la montaña.

Kantoborgy agasajaba al tierno Pincho con delicias diferentes al común balanceado canino, si éste hacía correctamente la pequeña tarea olfativa que el guía le proponía a diario en su hogar; cero golosinas y total indiferencia le aguardaban al “niño peludo” en las raras ocasiones en las que se desconcentraba en el ritual de iniciación al mundo de la nariz competitiva. Después del difícil período de la dentición, entrando a la juventud, empezó a mostrar, lejos de la seguridad de su coto, que era un perro muy prometedor en sus ambiciones sensoriales. La pareja mamífera madrugaba para ir en pos de amplias zonas de pastizales y de ahí fueron incrementando el grado de dificultad en los ejercicios de rastro, hasta pasar a la inmensidad del mundo agreste. Amanecían sumidos en la tarea que aunaba el espíritu de la vieja amistad entre hombre y perro. Felices horas tempranas en las que dos individuos de especies distintas que juntas tienen largo recorrido evolutivo, trababan conocimiento mutuo de sus habilidades y temperamentos.

“Un perro es un sentimiento a sufrir por la psiquis del hombre que, a su vez, es un sentimiento a transcurrir en el presente olfativo y auditivo del can”, podría decir el profesor Duvolosky si en vez de ser ufólogo fuese doctor en comportamiento animal. Aunque Kantoborgy disfrutó a tope la niñez de Pincho, la verdadera unción con el perro vino cuando éste entró en su adultez, compensando la cortedad de su infancia con la certidumbre de haber hecho palpable la noción de amistad, para ambos hubo una reacción química en cadena. Fue un hallazgo conmovedor el del campeón en vitalismo que resultó Pincho, tan fuerte como el hallazgo de sí mismo que hizo el escalador al internarse en los reinos de la dificultad vertical.

Cuando sale con su familia perruna al monte hay momentos, como este, que retorna a la esencia de su alma primordial.

Voraus, fue la palabra teutona que acabó con la tensión canina. Allá reventó el gusto de la manada, allá fluyen en su latente instinto lobuno de presa; instinto transformado por el hombre que los alimenta bien para que se inhiban de matar, y transformen la persecución y aniquilamiento de un rumiante en el impulso contrario: pastorear, o sea, guardar al género vacuno, ponerlo a salvo de la depredación. *Voraus*, musitó para sí Kantoborgy, extendiendo el índice del brazo izquierdo en dirección a las manchas vacunas, como precipitándose él también a las suaves colinas del páramo reanimado con la luz mañanera que, a pesar del refrescante viento veraniego que este rato regala, augura mediodía canicular, prolegómeno de tempestades vespertinas. En la nudosa altitud un amanecer nítido, contenido en refocilante azur, puede ser el anuncio de granizo feroz golpeando las testas de los desprevenidos a la tarde.

Es agasajo para su espíritu soltar a los canes en esta salud volcánica. Aquí se contagia de la aficiones de Lovochancho, tiene ante sí las colinas enhiestas de Las Cajetonas, y de su ápice podrá ver algo de las dunas de Krizofilax Equinoccial. Las Cajetonas, también forman parte del hábitat venusino de Galadriel, es patente que ella anduvo por estos pagos. Si no porqué le arriban los perfumes que emanan de la divina, aromas que entre los humanos sólo él es capaz de reconocer. Ha discriminado las partículas odoríficas de la sin par Galadriel de las del resto de bellas mortales. Estos paisajes de la feminidad lo llaman a tumbarse en el regazo de ella. ¡Ayayay...! ¡Qué doloroso placer es recrearla cuando no está más en este reino animal, cuando vive en otra dimensión! “¡Basta!”, aulló disponiéndose a tomar el ritmo que lo empuje a la exudación controlada, cargando el peso brutal de la mochila, quitándose de la prisa que lo atacó por llegar al día de su peregrinación a las ruinas de Galadriel. Es innegable, las ganas de inventar que le ha transmitido involuntariamente Lovochancho, el matemático epicúreo, es una fuerza que no hay como resistirla a menos que se convierta en mármol, como Dragón Rojo.

Fuera del gran angular del hombre, los perros se hallan inmersos en época remota, se han mimetizado con la montaña, son parte de las olas doradas de la llanura. Kantoborgy, tras entregarse a cumplir las progresiones de rigor colina arriba (carrerillas, trotecito indio y simulacros de andarín olímpico, como parte de su programa personalizado de entrenamiento, ya que los refuerzos positivos y negativos del deportólogo M. Puertas sólo le sirven para abrirle el buche y beber del vino Caravasar que éste le brinda en su consultorio), ha cedido al deseo de atisbar con el ojo de bucanero, desde lo alto del filo de Las Cajetonas, en el recreo de los canes. A primera vista no los encuentra moviéndose allá abajo, y el llano se halla sumido en un silencio campal, aborregándose sobre la paz matutina. Aprovecha el reposo para mascar el chocolate de menta que le da sabor a la soledad del altiplano.

“¡Me están empezando a gustar más de lo previsto estas salidas de engorde!”, exclamó la voz rasgada del recolector de presas verticales, acordándose de Lester González y su peculiar repuesta a la montaña que visitó por primera vez la semana anterior, el Guagua Pichincha. El Guagua casi desbarata al triple-ingeniero, casi porque el soroche cedió y Lester halló la manera de invertir la situación calamitosa en que se debatía. Lester regresó andando hasta la población de Lloa, donde fue recogido por Rocinante, el hombre no podía ocultar la alegría y salud que le dio esa corriente caminata. “Tal vez, quién sabe, si ese asorochado encuentro del tripe-ingeniero con el Guagua Pichincha sea el principio de su regeneración como hombre en tierra, retornando a ser lo que fue de niño y adolescente: un campesino de subsistencia”, barruntó sintiéndose obligado a que su camarada de la secundaria bernardina de continuidad al proceso de recobrar el tiempo perdido creando otra edad de oro para sí. Arribando a su cueva del Pululahua enviará urgente mensaje a Lester, conteniendo puntual invitación a salir a la montaña el siguiente miércoles.

Otea nuevamente en la llanura y esta vez sí pilla con facilidad a la manada que ha cejado en su acción conjunta de involucramiento pastoril, no observa señal alguna de agitación

allá abajo. Las perras husmean mansamente sin prestar atención a las dispersas manchas de los bovinos. Algo poderoso ha quebrado ese afán por arrear reses. No visualiza a Pincho entre el moroso harén, intuye que una distracción ineludible se interpuso entre el sonoro ladrido de los pastores y el acto de agrupar ganado. ¿Y Pincho, dónde se metió? Desciende apuradamente al valle en dirección de la pasiva jauría, buscando el sitio de reunión de las hembras. Extraña el latido de Pincho, emite agudo silbido para que se presente ante su humanidad y le rinda cuentas por su abulia. ¿Qué pasó con el ímpetu del líder, y dónde se refundió?, son las cuestiones que lo tienen bajando a tranco largo, la respuesta en la soleada llanura viene con el mugido ambulante de los unglados.

Ya en la ondulada planicie se repite en su cabeza el cuadro que vio de arriba, las hembras se habían pasmado resignando su tarea. Ellas caminaban con el hocico bajo como siguiendo la línea de una pared que les cerraba el paso, cierta fuerza mayor impedía que cuajen su proyección. Se aproxima al detente invisible que arruinó el espectáculo que se inició *molto vivace*. Va por el pajonal presintiendo el desastre, haciendo luz en el horizonte se le ocurre que lo que detuvo a los canes puede ser una zanja profunda o una quebrada cortada a pique, al filo del terreno irregular, que a simple vista no se detecta, permaneciendo agazapado el peligro. A la distancia, el campo abierto engaña, no muestra sus accidentes geográficos, dibujando uniforme oleaje de mar herboso. Por fin la hembra dominante, Panda, viene a su encuentro gimiendo de impotencia, y tras ella se allegan las otras tres hembras, gachas y meneando la cola en señal de sumisión ante la faz ceñuda del superalfa. Todos reclaman la presencia del macho dominante, éste ha sido tragado por el páramo. ¿Dónde está Pincho?...

El hombre alcanza la abrupta quebrada escondida en el espejo del pastizal, su presentimiento se hace realidad y ya mide las consecuencias de ese corte vertical que hizo añicos la voluntad de los perros: seis metros abajo, cantarino arroyuelo, serpentea entre filudas rocas. Fugazmente creyó ver la figura inerte del can, despatarrado en las piedras del lecho del

abismo. No fue así pero de antemano se está preparando a la posibilidad de ese cuadro mortuorio; siguiendo aguas abajo el declive de la zanja, continúa tras el mortal silencio de Pincho. A las hembras las dejó inmóviles, bajo la terminante orden de mantenerse echadas hasta que él las libere de ese estado inactivo que éstas ejecutaron sin protesta. Trémulo de incertidumbre, llama bajo al amigo en probable desgracia, no por lanzar aullidos en la bruñida pampa éste va a oír mejor.

Segundos, minutos, horas, o siglos después, Pincho, como escapándose de su propio asombro de verse intacto, reacciona devolviendo sendos gemidos al superalfa. —¡Carajo, conque ahí estás moviendo la cola, soquete! —aulló enfiestado—. Pincho (desde el acolchado banco de arena que al otro extremo del abismo amortiguó su caída tras el portentoso salto que dio) prorrumpió en francos ladridos de alivio por el reencuentro.

—La viada que traías te salvó de caer a lo puerco ve-loz y desnucarte o ensartare en esas piedras puntiagudas. No te enfrenaste ante el peligro, así fuiste desde cachorro y esa terquedad te acaba de salvar ahora mismo. ¡Qué salto largo has dado muchacho!, serán cinco metros y pico... quedemos en seis metros para no regatear —manifestó palmoteando al amigo de la sonrisa salvaje—. Pincho dejó que los mágicos instrumentos de su guía, sacados de la mochila *ochomil*, lo pongan de cara al monte Sincholagua, dando la espalda a la fallida exhibición de pastoreo en el ala nororiental del Cóndor de Piedra. La manada desistió de galopar más, haciendo lo que los lobos ejecutan con maestría para cubrir distancias maratónicas: trotar ingrávidos.

BOSQUE ENCANTADO

Lovochancho escucha los latidos de Pincho, éstos vienen de Larriba de la zona que enseña letreros invitando a los visitantes a disfrutar de dispersos bosques de *polylepis*, árboles de papel, asentados en las estribaciones medias de los picos Illinizas. Avanza por el jardín de musgos y líquenes acariciados por el rocío, los gorriones andinos cantan al frío amanecer y, alzando a ver, tiene el cuadro de nubes estriadas navegando en el fondo azur que contiene a las dos pirámides estratovolcánicas. “¡Oh alimento estático del andinista!”, aulló.

La tarea inmediata es subir hasta que el camino hacia las dos pirámides se bifurque y tenga que escoger entre la arista panza de burro que lo depositará en la ensillada que divide la cumbre sur de la norte, o la vía sesgada por el rojizo arenal para atacar a la cima norte, la Tioniza, que hoy viene pintando canas en su cresta rocosa por una nevada reciente, siendo que del diario asoma con su rostro lavado. Ésa es la sola incertidumbre que carga donde la escarcha ya se diluye por los túneles que han construido los topos, medrando a la sombra del caprichoso ramaje de los arboles de papel. Lovochancho puede ir a la ensillada, que vendría a ser el menor esfuerzo porque no trajo a propósito su equipo de escalar y por ende está imposibilitado para cualquier exploración en las rampas del Illiniza sur. En todo caso el matemático puede llegar hasta donde le plazca en la vía norte a las breñas de la Tioniza.

Pincho detectó ganado vacuno descarriado invadiendo el bosque de *pantza*, ha solicitado a su amo le extienda el

comando para arrear a los rumiantes cuesta abajo, sólo por el placer de reunirlos para que se devuelvan a los pastizales de las haciendas contiguas. Kantoborgy se adelantó en la ascensión apenas se apeó de Rocinante, lo hizo después de estirarle un mimo de entendimiento a Lester González, gesto que venía a reforzar el prudente consejo que ya le dio de palabra, ese de seguirás nomás tu propio rumbo, brindándote el paseo que más se acople a tus zancadas de negociante de artefactos electrónicos y servicios virtuales. Lester, haciendo gala de humor campechano, le había dicho que era miembro de la secta *Atareado mamífero enriqueciéndose*, AME (por sus siglas en español).

La mañana siguiente al salto mítico que hizo Pincho en las faldas nororientales del Rumiñahui, Kantoborgy envió un mensaje urgente a Lester para animarlo a que continúe con las escapadas del miércoles. El principal de la firma Ecuainforme S.A, devolvió la cortesía de inmediato, acudió a la mansión del cráter del Pululahua con la cena, *sushi* más añejo aguardiente japonés de arroz. La repentina visita de Lester sorprendió al montañero, años que no estaban así, charlando como viejos camaradas, riéndose a panza rugiente. El pretexto fue hablar de la próxima salida a la montaña, pero LG no se cansó de contar la aventura que hizo de su primer encuentro con el Guagua Pichincha.

“...Al borde del colapso por el soroche, saqué fuerzas para bajar del arenal cimero y hacer la travesía al pueblito de Lloa, y aunque no lo creas mi desastroso contacto con Los Pichinchas acabó siendo un día muy grato, así que llévame cuando gustes otra vez allá arriba. Yo sabré cómo sacarle jugo al instante. Anduve como no lo hacía sino en las romerías de la virgen del Cisne, ese miércoles resultó relajante y agotador a la vez, fue una jornada atípica: tan alejada de las cesiones yogui para ser feliz, cuartos de hora, el resto de mis días. He venido siendo un hombre que divide hábilmente su tiempo-oro, y para calmar en algo mi conciencia de no ser el campesino que quise ser, saco tajada de la paz de yogui occidental merced a las enseñanzas del maestro Rabibuchi, las que departe en el

Salón Amarillo, del hotel Sancho, incluido copioso almuerzo de vegetales reanimantes. Sólo con imaginar a un ser indómito como Aqueronte clavándole su mirada de dragón al iluminado Rabibuchi, diciéndole ¿qué me ves con esos ojos de demonio?, y me cuajaba de risa bajando a Lloa. Caminé en otra época, veía el paisaje nuevo pero mi corazón se empeñaba en receptor impresiones que de chiquillo tomé por las cercanías de *La Era*, la finca de mis ancestros, la que vendí para ser el principal de la firma Ecuainforme S.A. En fin, esto último, podríamos dejarlo pendiente como tema para nuestra próxima cena de caballeros andantes. No te preocupes, nada de *sushi* ni de *sakí* para las comilonas del futuro. Entonces, descendiendo a Lloa, me decía: este sabio expendedor de dicha oriental, por sus rasgos físicos, podría ser oriundo de San Pedro de la Bendita o de Las Aguas Hediondas pero, gracias a sus seguidores cosmopolitas, es Rabibuchi el tibetano, es el ciudadano que se ha elevado ante nuestros ojos por ofrecernos sedantes para aplacar el dolor de vivir. Rabibuchi te ayuda a alejarte de sentimentalismos pendejos e ir en pos de la felicidad perdida en la matriz que encontramos dentro, o sea, retrepados en una butaca o sentados en posición de flor de loto sobre la alfombra amarilla del hotel Sancho, cinco estrellas. ¿Qué opinas, acaso estoy hablando sandeces? Me lo quisiera al maestro Rabibuchi para que sea el vendedor estrella de Ecuainforme S.A.; hay que reconocerlo, te ofrece lo que uno supone que andaba buscando hace rato, este sujeto apenas requeriría de minutos para cerrar una venta gorda”.

De golpe un hato de reses desciende por el bosque para internarse en el pajonal; más abajo el verdor de los valles se beneficia del agua de las vertientes subterráneas de la montaña. Y el can atrás de los rumiantes, encendido por el deber y el hipo de expulsarlos del jardín bajo las cumbres, cuales se tornarán fúnebres a partir del mediodía pero a la tardecita recién vendrá la tormenta, según los pronósticos de Kantoborgy. Pincho se frena antes del pastizal y, abandonando a los bovinos que bajan en tropel al descampado, regresa a recibir las palmas del amigo Lovochancho. “Vaya honores que me concedes,

don Pincho; ya que estás otra vez conmigo harás el favor de no abandonarme tan rápido, sabes que nosotros ganamos altura a paso de tortuga laúd en tierra, pero al cabo avanzamos así que sigue acompañándome un buen trecho antes de que vayas a buscar al pata de lobo de tu amo. ¿Dónde estará el maldito?, ya debe de estar haciendo la travesía de la cañada que separa a los consortes Illiniza-Tioniza”.

Bastante atrás se mueve Lester González, su pachorra y desdén por hacer la cuesta hizo que lo vea harto ligero a Lovochancho, quien ya perdió adentrándose en el bosque que promete encantamientos. El próspero viene calzando flamantes botas alemanas de tracción para asenderear; “lindo par, igualitas a las chinas del matemático Lovochancho”, le había dicho con sorna Kantoborgy. “¿Chinas?, ¿son alemanas de cepa, carajo!, ¿no se nota?”, había replicado casi ofendido el hombre que se mueve en las colinas clase A del mundo competitivo. LG, se ha parado a contemplar sus botas con el mismo placer que le da ofrecer productos digitales de punta recién lanzados al mercado nacional, hasta podría decirle a otro: “Esto no es un lujo, mi doctor Z, es una necesidad para el hombre emprendedor”. Con la experiencia que ganó en la excursión al Guagua, no hizo mención de intentar ir al paso de Lovochancho, peor a la velocidad ofensiva de Kantoborgy quien, en la ciudad, juraría no es tan potente y ganador como el ejecutivo cuando acorrala a la presa, a la que inmoviliza por el deseo que ésta tiene de adquirir lo que él tuvo el acierto de hacerle indispensable ante sus ojos. “Así es, le proporcionamos al doctor Z (no al doctor M. Puertas porque a ese yerbatero le ha dado por ser reaccionario: ha reaccionado contra su propia ciencia deportóloga) una dicha similar a los cuartos de hora de felicidad que inocula a sus creyentes el maestro Rabibuchi”.

Las ralas ocasiones que LG ha podido observar al montañero andando en las calles de la urbe, le ha quedado la impresión que no pisa fuerte en la calzada, como si éste levitara para evitar contaminarse con una suerte que no es la suya. ¿Será que siendo su terreno natural lo irregular y escabroso, los miembros inferiores no hallan resistencia en el pa-

vimiento y de esto que sus pies no ejercen agarre ni tracción terrena donde le es extremadamente fácil deslizarse o rodar con una fricción inapetente? Lovochancho sí camina duro por el centro histórico de la capital; lo ha pillado *merodeando* en la Plaza Grande, y éste le ha dicho jocosamente que lo hace en pro de recabar información del sociólogo-sicólogo-autodidacta Genaro Bustamante, sobre la metempsícosis dentro de la milla histórica. LG, supone que el matemático visitará unas cincuenta y seis veces al año el café Madrilón.

Cuando LG se topaba con Kantoborgy marchando por las arterias de la metrópoli, éste le ha venido intemporal, como el viajero espacial que extravió su destino original y cayó en un planeta extemporáneo: “sobre la esfera del humo y la estriencia”. Apenas es la segunda vez que puede mirarlo adentrarse en la montaña y ya se instaló lo paradójico. Mientras en la ciudad siente que Kantoborgy es extraño a la cotidianidad de sus habitantes aquí, en este páramo que linda con el vacío porque para un normal ciudadano no se produce nada positivo entre las nubes donde sólo se cosecha el temible y gélido silencio de las filas cuchillas de los Andes, se muestra tal cual es: un animal terrestre superior. Esa fuerza salvaje que aquí despliega Kantoborgy hace que el espíritu de la montaña lo reduzca al próspero de Ecuainforme S.A., y apoque a ese brujo adorable que es Rabibuchi. “Tan desprendido, Rabibuchi, repartiendo paz a los fieles que le retribuyen materialmente su favor”.

Lovochancho, entre la muchedumbre de la Plaza Grande, pasa como individuo grave, patea la ciudad vieja con prosa. Cuando serpentea por las callejas coloniales es de la clase de feligrés que practica los principios fundamentales de la no-confusión, o sea se resiste a ser parte de los que confunden, en el laberinto callejero, su pasaje a la libertad interior. Lester pinta al Lovochancho montañero, aquí lo ve como una especie de pingüino tropical lovecraftiano, de cerca tan real y de lejos un espejismo porque es inverosímil que se haya distanciado tanto de él. En la ciudad nunca podría ser más rápido que él, pero aquí es capaz de marcar una diferencia tan

fácil. Por ello es que se le viene la figura del pingüino gigante, avanzando torpemente entre las rocas de un acantilado de las islas Galápagos, pero una vez que salta al fondo marino es un rayo que desaparece. Ha caminado en el casco histórico junto a Lovochancho y, juraría, que se movía más rápido que aquél driblando mortales. El curso del infierno urbano es ancho y entretenido, mientras acá se le hace tan difícil la tarea de ganar altura por una trocha. Será que le está negado avanzar sin el propósito de juntar papel moneda para el elogio del paisano que le dice, “he oído en las alturas del poder adquisitivo que a vos te está yendo muy bien”.

Quedó tan atrás LG que si alza a ver le da grima comprobar su lentitud. “Esto de subir es relativo al tiempo que el hombre libre está en capacidad de crear fuera de la esclavitud del *Objetivo Específico*... Linda frase, pero el goce de lo curioso perecible es el único modelo de desarrollo personal que predica y persigue el próspero”, susurra LG. Así ha venido sometiendo al espíritu debilitado del adolescente campesino, aunque todavía se da modos para sacar a relucir su “yo acuso”. Hay momentos en que domina el sueño de ser un campesino de subsistencia, al calor del vino y la compañía de una mujer hecha para ese ambiente onírico, elegida para hacer la noche de mantel largo de una pasión efímera. Si sacase un anuncio por el periódico, en los clasificados para corazones solitarios, diría esto: “Busco campesina de cuerpo prieto, poseedora de los aromas naturales del mangle, sufrida y sin pretensiones”. Sin hacerlo público ha encontrado muchachas ciudadinas que voluntariamente se han calzado esos aires de campesina que él les solicitó, bajo estricta confidencialidad mutua.

La mujer que colabora con los simulacros de amor de LG, es una Pastora Jiménez de ocasión, alguien que viene predispuesta a gozar con la metamorfosis del insensible mercader en un caballero de rica cosecha íntima, poético, quien le regala una noche de delicias árabes, y le participa con largueza del proyecto de vida que surge a la luz cada vez que el hombre rinde homenaje a Baco sacrificando en honor de éste una ilusión de doncella: “Uno de estos días doy el golpe y me retiro

a hacer vida de campesino de subsistencia y pronto, Pastora Jiménez, me verás paseando con mis mastines por cañadas, prados y bosques siendo maestro en cultivar mi espíritu. Seré granjero autosuficiente para que de los productos de la huerta se sirva la mayor parte de mi mesa vegetariana, he de hartarme de golosinas: champiñones al ajo y de babacos en su miel, y los días de guardar sacrificaremos al pavo borracho. Tengo información inteligente de una tierra prometida, un suelo que vale lo que no rinde nunca el oro negro, humus precioso que me hará dueño de una parcela de El Dorado... ¿Por qué no voy a tener derecho a una estancia original y pasible, como la de esos subvencionados de los dioses, acaso soy menos que los favorecidos Kantoborgy, Lovochancho y compañía?"

Algo más que sufrir la montaña lo trajo acá a LG, está no negando ni afirmando sino investigándose a sí mismo. Parecido a lo que el ufólogo Duvolosky pregona infatigablemente en los medios a su disposición, cuando juzga pertinente hacerlo por inercia de su oficio caza alienígenas. Duvolosky, sale al aire con cierta frecuencia desde los cuartos de las ondas carismáticas de "La voz de Culincho Sutil"; no lo invitan a pisar las regias instalaciones de radio-libre Marañón, ya que sólo un puñado de aristócratas tiene acceso al domo de Olegario Castro, y apenas es bienvenido a intervenir vía telefónica. Duvolosky, con su "No lo niegue ni lo afirme, investiguelo", se ha puesto a buen recaudo de sus contradictores y, principalmente, se ha distanciado de los fanáticos de la secta Espaciales de Cualquier Tipo, por sus siglas en español ECT, quienes son feroces e intransigentes con los que dudan, o no creen, que hay vida inteligente allende el planeta Tierra. Los adictos de Espaciales de Cualquier Tipo, lanzan sus asertos como irrefutables, constituyéndose en una especie de ala dura del fenómeno alienígena. De esto que las buenas intenciones de adoctrinar del ufólogo Duvolosky, se veían empañadas por las declaraciones furibundas de esos energúmenos que en un principio fueron cofundadores de su secta, Vida Extraterrestre (VE, por sus siglas en castellano), y para librarse de ellos adoptó como leyenda el mentado, *No lo niegue ni lo afirme, investiguelo*.

LG cree que fue providencial el estribillo que inventó Duvolosky, le evitó mantener discusiones estériles que no hacían otra cosa que revirarle el hígado e indisponerlo con los medios de comunicación serios porque cada vez que había un foro sobre el espinado tema de los alienígenas se armaba un griterío espantoso, y no faltaban conatos entre los panelistas de irse a los puñetes tal cual lo hacen en el programa televisivo de mayor sintonía nacional, *Esto es en directo: la vida misma*. La voz de Culincho Sutil, espacio carismático para oyentes de cualquier clase social, le dio un espaldarazo.

“...A un profesor Duvolosky apasionado pero ecuánime, nos da mucho gusto invitarlo a esta radio, las veces que juzguemos necesarias, para que haga ese gran llamado colectivo a la investigación sin afirmar ni negar el fenómeno en ciernes. Es posible, amigos radioescuchas y mi querido profesor Duvolosky, que uno vea lo que no es o sí es dependiendo del grado de exacerbación de nuestros sentidos. Las ilusiones ópticas abundan; a uno también le puede ocurrir un chasco a cualquier hora. Conozco de una situación que abonó la anécdota de este servidor que tiene lustros de imparcialidad y objetividad noticiosa en el dial. Sucedió que iba yo semitrotando (es decir combinando el trote normal con tramos de andarín) sobre el tapiz verde y húmedo de fantasmagórico amanecer en el Parque Metropolitano; deambulaba todo concentrado para lograr el ansiado ritmo respiratorio... De repente, ante mis narices y próximo a entrar en una suerte de recodo del solitario senderito, se proyectó, mejor dicho juré ver nítidamente durante largos segundos a una enorme pantera azabache (me convencí que más o menos fue de diez a doce metros de distancia lo que enfoqué a dicho depredador). Una vez que este magnífico y temible felino, tras lanzarme una mirada feroz de no devoro tu magro cuerpo este instante porque ya desayuné cervatillo no sé dónde, se hundió en la maleza circundante, sin dejar más rastro que el tufo asqueroso a bestia salvaje que se impregnó en mi piel hasta después de salir del parque e ir corriendo a hacer la respectiva denuncia a las autoridades del departamento municipal de *Protección a la vida silvestre urbana*.

También, por separado, acudí a la fundación sin fines de lucro *Mito o Realidad*, y dos de sus mejores agentes fueron delegados para dilucidar el caso. Abreviando, pasó el tiempo y cotejamos el resultado de los informes de ambas instituciones, las dos coincidieron en sus asertos: ¡había sido un espejismo! Lo que este servidor de ustedes observó no fue ante sus narices si no a una distancia de treinta o más metros, y en realidad se topó con un gato negro doméstico y no la pantera de sus pesadillas. En cuanto al tufo a bestia salvaje que se apoderó de mi olfato, ¿qué cree usted, profesor Duvolosky?... Se trataba de mis propios efluvios corporales”.

Lester González, minutos después de haberse echado a andar (en la inmensidad de las estribaciones medias de los montes Illinizas, donde la amplitud del silencio y el horizonte agreste lucen inconmensurables comparándose a lo que percibe el profesor Duvolosky en el Parque Metropolitano), no volvió a ver pelo de Kantoborgy, éste se internó en la montaña dejando a su imaginación la figura zoológica que le apetezca darle. El gótico le trae la forma de un felino del risco, diseñado para reinar en la austeridad de lo evolutivo. Y él, LG, no ha venido a este bosque a forzar una meta de altitud sino a gozar de la sensación de ruptura con sus hábitos y costumbres ejecutivas partiendo en dos la semana, por el miércoles. No le incumbe más lo que hagan los otros en la montaña, ha de entregarse al ejercicio integral que tiene negado en un día razonable, en el que obtiene cosas que no le dan alimento alguno a su alma. En los supermercados no le venden reconstituyentes para el sujeto interior, para ser más inteligente de adentro hacia fuera.

Se detiene en el centro sombreado y herboso de la mancha de añosos árboles de *Polylepis* que lo prendó. Presiente un mundo perdido, intuye cómo habrá sido de kilométrico este bosque en un pasado lejano, ajeno, para el hombre que no lo vio desaparecer. Sin embargo, ese bosque se evaporó en un pestañeo del tiempo geológico; apenas a principios del siglo XX alguien lo observó copando con su resplandor estas mismas lomas y cañadas. ¿Será que ve más porque está conectándose con la inteligencia de Kantoborgy y Lovochancho? Lo

cierto es que está inmerso en la humedad llameante de árboles retorcidos, de troncos que se asemejan a hojas superpuestas de papel crepitando sobre el fuego, chamuscándose por ciertos lados mientras que en otras partes del ramaje reumático anidan islas verdes con vegetación epífita.

LG piensa que así como percibe en la montaña el crecimiento divino, intelectual, biológico y evolutivo de Kantoborg y Lovochancho, también puede beneficiarse montado su montaña hacia abajo. Es una hormiga de elite, pero al fin hormiga en su esclavitud de lujo citadina; aunque vaya vestido de traje corte inglés y calzando zapatos italianos, su destino laborioso es igual al que rige para la colonia entera, está predeterminado para la producción a ultranza, donde fallece a diario tejiendo la inacabable red de productos y servicios. En el ámbito laboral él es un ingeniero por partida triple, y la palabra "ingeniero" le es remitida de la mañana a la noche a la tercera potencia. LG también les infiere a los oídos de otros desconocidos, sus pares, esos títulos y maestrías para la producción permanente que han adquirido en las distintas universidades del orbe, lo hace con el tono de importancia mundana que hay que imprimirle para que surta efecto en el receptor, ahí reside la majestad de la titulitis ecuatorial. Titulitis tan arraigada en su ser que no hace daño y mejor provoca risa porque si le dice a un subalterno diplomado, "por favor, amigo Lucho, llámeme Lester", éste contestará risueño por la condescendencia de un superior pero inmutable en su hábito: "Bueno, ingeniero...".

Quizás viene familiar este bosque flamígero porque lo imaginó con antelación en las aulas de la primaria de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Allá, apoltronándose en el pupitre, asumía la quietud de una serpiente tropical en digestión, era un pitón arbóreo, era un reptil hecho para disfrutar de largo aliento entre comidas. Así fue que temprano se ganó el mote que le endilgó Aqueronte, "Chico Silencio", también le entregó su amistad y protección ante el deseo instintivo de los otros niños de humillar al compañero de pupitre que es diferente y aparentemente débil. Aqueronte admiraba el talante contemplativo del Chico Silencio por el contraste que hacía

frente a su inquietud eléctrica; paradójicamente, ellos dos, se complementaron en la genialidad que proyectaban ante los hermanitos cristianos, y a ambos niños se los liberó de la férrea disciplina que se imponía a los educandos, en consideración a que eran como decía el hermanito rector, “prodigios de la naturaleza humana detrás de lo divino”.

Chico Silencio, cual imberbe e infantil Buda en estado vegetativo, no emitía vocablo alguno en el encierro de banca y pizarrón cristianos, sin ser perturbado por sus preceptores. A la hora de rendir exámenes escritos de evaluación pertinentes al grado educativo, respondía como si hubiese sido el más atento y participativo de los alumnos, mostrando inteligencia portentosa para su tierna edad. El callado niño hacía uso de la memoria fotográfica que nació con él, no hubo el menor esfuerzo por aprender porque la escuela no exigía a su inteligencia innata. Los hermanitos cristianos descartaron la posibilidad de que un espíritu maligno lo poseía y que, Lester González, era su médium para encarnarse en esta época de destellos cegadores. Su padre, Julián, no daba crédito a ese sobrenombre que le habían puesto en la escuela, “especial sí eres..., pero tú: ¿Chico Silencio?”. En principio, el campesino de *La Era*, extrañaba no ver a su vástago haciendo tarea alguna de aprendizaje; suponía que debía estar prendido a los extenuantes deberes de los educandos, mas nunca averiguó nada con los hermanitos cristianos porque en la libreta de calificaciones que el niño le entregaba sólo había cabida para un calificativo: sobresaliente. Julián no paro mientes en la educación formal de su hijo, tampoco prestó atención a los rumores que le llegaban sobre su brillantez, apenas se inquietaba por el mote de *Chico Silencio* que tenía el chiquillo: “Lester, en casa, no para de hablar con nuestros animales domésticos, con el perro Pucho y la gata Machina, con el cuy macabeo Merlín y la pata Guzi...”.

Aqueronte, aunque siendo la antípoda del Chico Silencio (por eso mismo nació ese aprecio mutuo de sus diferencias; sus comportamientos antagónicos, los hicieron seres complementarios), también cayó en gracia en el ámbito de la

escuela primaria. Así, los hermanitos cristianos, creyeron tener a dos proyectos de prohombres, el uno pintando para darwinista apostólico y romano; y, el otro, para líder espiritual, el llamado a crear una corriente vitalista con su pensamiento religioso. Aqueronte fue díscolo desde crío, su innata afición a los insectos, recolectaba los bichos que se le ponían por delante y con la ayuda de su abuelo los clasificaba y exhibía en la vitrina familiar, lo hacía perfilarse como un adelantado científico entomólogo. Por otro lado, los pequeños condiscípulos le temían por su fuerza sobrenatural y la habilidad para luchar cuerpo a cuerpo con el que se le ponga adelante, lo que le permitió defender de cualquier ataque artero a Chico Silencio, cual creció intocable bajo su protección. Aqueronte, merced a su intrínseca fortaleza física, arrojo y maña fue imbatible en el juego de la lucha romana de la niñez y, posteriormente, cursando la secundaria, lo fue en la suerte de los trompones y patas voladoras, ya forjando la leyenda que acompañó a su talante de peleador callejero. Aqueronte decía de sí mismo que era “la ira de Dios” ante los que lo retaban con la mirada. “¿Qué me ves con esos ojos de demonio...?”, era la advertencia del superalfa al que se lo quedaba viendo.

Lester González, después de una infancia y niñez rodeado de animales domésticos a los cuales nombraba para identificarlos dentro de la familia que él había formado para hablar con ellos inventándose las respuestas de sus mascotas acorde a la personalidad que veía en cada uno, ahora no busca la atención del can Pincho porque le deja pelos en la ropa y una vaharada salvaje que no congenia con la pulcritud de sus hábitos ciudadanos. “Yo voy a coger la senda que quiero y no me voy a perder, ustedes sigan por donde más les convenga”, gruñirá a sus amigos la próxima vez que salga con ellos a la montaña. Ahora acudió a la cita silvestre prevenido, evitando desde el inicio de la marcha el error del principiante que en el Guagua Pichincha se lanzó a zancada de ejecutivo, y vale la metáfora que le hizo Lovochancho, “como si fueses a cerrar una venta sustanciosa”. Está enterado que no sólo viene a años irrecuperables de distancia del escalador himaláyico,

sino que sorprendentemente también se halla muy lejos del poder psicofisiológico hacia arriba de Lovochancho.

LG prosigue abismado en la mancha de árboles de *polylepis* que lo cubren haciendo invisible su presencia en la montaña. Hasta aquí llegó hacia arriba, sus amigos son gentiles y no van a decir ¿hasta *dónde subiste, Lester?*, porque se estarían burlando de él si lo hacen. Cuán a gusto se siente en este escondite, rodeado de musgos, líquenes y flores del aire que brotan de las ramificaciones del bosque que parece no tener fin pero su dosel apenas cubre media cuadra a la redonda. Suficiente para encantarse, y así el nombre que le acaba de dar a este pedazo de paz vegetal, *Bosque encantado*. La apuesta del lince y la tortuga no tiene moraleja final aquí porque el felino no se ha echado a solazarse con el paisaje gracias a la lentitud del quelonio, ambos han decidido que lo que haga el otro es vivencia ajena. “¿Estamos divagando o haciendo una retirada estratégica tipo Aqueronte?”, susurró risueño LG. Hace meses asistió a la primera sesión budista para ejecutivos no al borde sino transitando en un ataque nervioso, por la recomendación explícita que le hizo JP, cual de cura ranclado pasó a ser ciudadano positivo derivando en fanático de la tecnología y de esto a ser vendedor ejemplar de computadoras. Este sujeto ahíto de modernidad, desconociendo el pasado del hombre que en su niñez experimentó la quietud búdica, le aconsejó la puerta de escape oriental para templar los nervios. “Sabes, Lester, te noto medio incrédulo de lo que haces, como decaído en esta temporada navideña tan motivadora a nuestro afán de comercio. Necesitas un recreo, se me ocurre que estás listo para una inyección de valores orientales, ¡algo de experiencia tengo en ello!, así que vete a hacer un poco de *zen* japonés... Esos monjes budistas son fenomenales, hay que darles crédito por su sapiencia relajadora. Y, lo mejor, te calmas sin traicionar los preceptos de nuestra Santa Madre Iglesia Católica. Te darás cuenta de que es cosa de uno configurar lo propositivo y con esto relacionar que estamos viviendo la época más dulce de la historia de la especie humana”.

De modo que LG vino a dar con el maestro Rabibuchi en el Salón Amarillo, del estrellado hotel Sancho. Rabibuchi

hablaba de que si no es posible expulsar de sí al *fantasma hambriento*, el que no cede al insaciable apetito materialista así se bañe en oro, al menos había que reducir su voracidad, que seeste a diario junto al ejecutivo que esclaviza a sol y sombra. LG concluyó que tenía albedrío para interpretar al bueno de Rabibuchi, y cayó en trance involuntariamente con sólo sentarse, tal como acontecía en las aulas de los hermanitos cristianos, sin la ayuda de un monje iluminado. No tenía que seguir las instrucciones de Rabibuchi para entrar en las profundidades de la felicidad oriental. No era su modalidad concentrarse porque alguien le pedía que se concentre, y echar afuera el dolor de la encarnación a instancias de otro. Eso funciona con aquellos que requieren de un santo para santificarse, y por instantes olvidar la premura de cerrar negocios, relajarse y ser dichosos sin nada tintineante entre manos. A LG no lo atrapó el no-sufrimiento de Rabibuchi (la Paz para los atareados, en oferta), sino el hallazgo que hizo de su *Nefertiti*. La paz para los atareados se acomodó a él apenas tomó lugar en la alfombra flava, accediendo al silencio celestial de su vecina. LG, no pudo evitar abrir los ojos para ver a la hermosa joven que lo azotó con su perfume ribereño. La mujer de tez morena, que por designio del hado se instaló a su costado izquierdo tomando la posición de flor de loto que la engalanó de inmediato, lo deslumbró con sus grandes ojos de miel, rasgados dátiles, antes de cerrarlos y embarcarse en vuelo liberador. Ella vestía traje fucsia, de pieza entera, ceñido al talle de deidad egipcia; su melena azabache, cercando el rostro angulado, despedía aromas de río-mar, era la efigie de la divinidad del Nilo que lo hundía en su paraíso. ¿Cómo no volver una y otra vez a las sesiones de Rabibuchi? En el Salón Amarillo lo aguardaba la sensualidad refrescante de su *Nefertiti*, la veía cual semidiosa sobre el trajinado lecho de tres plazas, no dispuesta al bacanal sino siendo una beldad que no se la puede palpar, pues, se destruiría su amor mutuo con la carnalidad. Para esa inspiración de lo femenino inmutable le sirvieron las sentadas en el cuadrilátero de Rabibuchi.

LG piensa que perfecta también es la montaña de lejos, no hay pliegues en su uniforme desnudas, son líneas que no

duelen al dibujarlas y se prenden en el alma obviando esfuerzo físico, como la música que escucha en ciertos crepúsculos acompañado de una “campesina”, cuando imagina el cuadro completo que se ha hecho de su retorno a *La Era*. Mejor dicho está capacitado económicamente para edificar *La nueva Era*, puesto que la finca que heredó de su padre es irrecuperable, hace rato que la vendió para invertir con visión de empresario en la torre de Ecuainforme S.A., multiplicando ahí su fortuna. Hoy, *La Era*, está irreconocible, ésta se parceló para dar forma a unos huertos vacacionales y estancias de recreación familiar, es un centro de reposo de gringos. “Tenía que progresar; en la batalla del progreso frente al instinto de conservación de *La Era*, ganó la reflexión calculadora; ¿qué quieres?, ¡así es el progreso!”, le replicó lapidariamente a Kantoborgy, cuando éste le mencionó el sueño juvenil que pregonaba en la secundaria, el de ser el principal campesino de *La Era*. Esa respuesta que este rato lo avergüenza la dio atendiendo uno de esos raros encuentros que tenía con Kantoborgy, desde que se separó de los amigos soñadores de la secundaria para hacer lo suyo y no rezagarse frente al reto de entroncarse en el mundo implacable de los negocios, donde el niño-genio de los hermanitos cristianos no tenía cabida con su memoria fotográfica, pues el aura del Chico Silencio no le servía para producir riqueza material y hubo de extirpar de cuajo su capacidad idealista en aras del calculador que lo sacó de la tambaleante clase media. Fue la vez que Kantoborgy lo pilló elegantísimo, asaz perfumado con la esencia *Tabaco*, frente al hotel Sancho. Aprovechó un breve descanso de uno de los tantos cursillos de autoayuda y superación personal que tomaba, no por la sarta de estu-pideces que ahí dictan con leyendas como “...aprenda las tres *A del cierre elegante de una venta largamente ansiada*”, sino por codearse con los profesionales que pululan dentro de los salones y crear los contactos que coadyuvan a su crecimiento empresarial. Fue en ese seminario de *las tres A* que aprovechó un paréntesis para ir a distraerse con la feria de libros usados del parque La Carolina. Allí se topó con el informal montañero al que no pudo hacerle el quite y peor lanzarle las cuestiones

de rigor: ¿cómo van los negocios?, ¿de qué aumentas? A partir que Kantoborgy hizo la célebre ascensión en solitario a la sur del Aconcagua, antes de cumplir los veinte años, se lo monta tan bien como su maestro Olegario Castro, alguien le paga para que se dedique holgadamente a sus aventuras ascensionistas, exento de la presión de mostrarse como un héroe en los medios ni portar marca comercial alguna en su ropaje ni vender sus crónicas. Es decir, no comercia con sus hazañas y vive como un pachá. Así fue que Kantoborgy, acordándose de sus últimas conversaciones antes que el título de bachiller en Humanidades Modernas los disperse en distintos mundos de acción, interrogó cargado de intencionalidad: “¿Y, Lester, por fin vas a regresar a *ser libre* en La Era?”.

LG, saliendo del bosque de *pantzas*, constata la desconfiguración del cuadro ideal que tuvo de los consortes Illiniza y Tioniza. Ya no es aquella pintura que lo embelesó amaneciendo, o la que antes de venir acá vio en el álbum fotográfico, *Los Andes de la profundidad*, de Manuel Figuerola. “No es lo mismo estar aquí, luchando contra los elementos, que deleitarse hojeando a *Los Andes de la profundidad*, durante el tiempo de retrete que medió entre la visita que hice al Guagua y este presente abarrotándose de nubes... tan rápido”, susurró dando la espalda a los invisibles Illinizas. No queda nada amigable de la pareja piramidal que desde la carretera panamericana, tomando un chocolate caliente, lo haría suspirar por la belleza de la cordillera. El cuadro de las dos deidades se ha desaliñado, se ha fracturado el conjunto indoloro que otorga la lejanía de las montañas del Olimpo, como diciéndole: “Con vos tuvimos bastante de cerca, a la distancia nos apreciamos muy bien, mientras nos visitamos en un álbum fotográfico somos inseparables, nos amamos sin condiciones en el W.C., pero si hacemos contacto físico en situ nos repelemos irremediablemente”.

Palpando los accidentes geográficos de la montaña que dejó de ser delicioso cuadro naturalista, ahonda en lo extraño que le resulta este mundo ascensionista, tan penoso de seguir cuesta arriba. No ha sentido molestia alguna por la altitud, los síntomas del soroche están ausentes pero no va a

forzar un encuentro con el más arriba del ensoñador dosel de los retorcidos *pantzas*, y no porque le faltan fuerzas sino que no le da la gana de atormentarse, tragando amargura por la arista del Calvario –se le grabó ese nombre como si fuese el *non plus ultra* de su excursión, cuando Lovochancho se lo mentó en son de befa, “si llegas a la arista del Calvario podrás darte por satisfecho”. Podría hacerlo por capricho e ir más arriba aún, pero tiende hacia el valle cálido y lleno de luz cuando, en las alturas, todo está encapotado. La ilusión de hacer cumbre no es para él, y el páramo hacía abajo le viene muy apetente, Eolo ha empezado a soplar con estruendo y su cuerpo quiere andar sin tropiezos por amplia calzada.

El futuro no está arriba, lo que animaba a subir a su espíritu, temprano en la mañana, era la visión límpida de las dos pirámides unidas por rojiza ensillada, y, esa voluntad de ver otras cúspides acariciando el cielo azul, ha sido derrotada por las nubes y el viento insolente que sacude su pequeñez bípeda. ¡Qué manera de volverse hostil la montaña! En un santiamén el colorido y la gracia que le trajo el bosque de *Polylepis*, ha sido tragado por la niebla. Las diminutas flores que resisten a ras del suelo vegetal están mustias y el canto de los ruiseñores viene neutralizado por las corrientes aéreas. El ladrido de Pincho se ha tornado salvaje y le llegan aullidos de un lobo que hace sus idas y venidas entre los dos adelantados. No se vislumbra relajamiento en esta soledad gris, no hay señas de humanidad en estos parajes inhóspitos, la casita verde del refugio que le daba la idea de que puede haber gente deambulando por las cercanías se ha esfumado también.

Las cuestiones caen por la ineludible gravedad del momento. ¿Dónde demonios andarán ese par de visionarios, resistentes a la corrosión del progreso y por ende llenos de vida silvestre? ¿Qué ven esos hombres en estas catedrales derruidas por el tiempo eruptivo? Aqueronte, sumido en esta coyuntura, hubiese montado en cólera, y le habría dicho: “Oye, Lester, en vez de hacerles caso a ese par de maniáticos egoístas hagamos la del sapo criollo, o sea, lo contrario, y así vamos a ser tan astutos como ellos. Huyamos al calorcito del valle,

sólo mira: arriba todo es penumbra y en cambio, abajo, todo es verdor. Como recomienda el código evolutivo de los depredadores, descendamos a cazar un par de conejos y luego los hacemos preparar en la cocina típica que pasamos. ¿Si te acuerdas de la cabaña que nos invitó a deglutir roedores con papitas al vapor y salsa de queso? ¡Por Dios!, sabes lo bien que nos vendrá la cosa rociándola con vino...". Eso mismo quería escuchar nítido a pesar del aire ululante, no volverá a regresar a ver atrás como si se le hubiese perdido algo en las alturas, cogerá ritmo de descenso, tiene largo trecho por caminar hasta el pueblito de Chaupi, donde podrá saciar el hambre y la sed del aventurero. Con los montañeros sobran las explicaciones, se desconocen francamente a pesar de haberse conocido años seguidos en la escuela y el colegio; eso es lo que hace tan singular e interesante este reencuentro. No cargan el impulso de mentir ni compiten con lenguaje artificioso en el juego de quién de ellos se lo está montado mejor en sus días.

No obstante que el ciudadano González finalmente aceptó en firme la invitación de Kantoborgy a salir a la montaña, realmente fue el ciudadano González quien se coló en las salidas de engorde de Kantoborgy. La propuesta del gótico de sacarlo al monte ha estado en pie años sin haber sido usada por el invitado ni quitada por el supuesto anfitrión. Al cabo fue el invitado quien se conectó con el montañero para incluirse en estas excursiones que ahora entiende porque éste las denomina, "salidas de engorde". ¿Qué otra cosa pueden ser para el hombre que abrió rutas en los montes Himalaya, batiéndose solo en murallas dignas del terror cósmico lovecraftiano? "Oye, Lester, haces bien en sacarlo a que se airee al campesino que llevas adentro", le dijo festivo Kantoborgy, cuando fue a buscarlo a la mansión del Pululahua para que lo incluya en esta escapada que devino en su bosque encantado. Rápido se acomodó en su nivel de montañés extraño al vértigo de la montaña, su sino está para bajar la cuesta desentendiéndose de la rigurosidad del ascensionista.

Lovochancho estima sobremanera la deferencia que le guarda Pincho, se siente más liviano en su compañía, hace

rato que se desvió a la derecha de la arista del Calvario y sigue la sesgada vía que lo pondrá directamente en el filo noroccidental de la Tioniza, sobre escarpados arenales que coronan un cúmulo geométrico de rocas formando una escalera para gigantes. Al cabo, Pincho, se quedó con él, siendo un honor para el bípedo ir mentalmente encordado con el mástín; éste se decidió por dejar alejarse a su amo Kantoborgy, pues, por lo empinado de la cuesta, le hizo caso a su instinto de conservación y abandonó lo de subir y volver a bajar en un piso de arenisca deleznable. Pincho intuye que Lovochancho acusa prudencia en la altitud, no se anda tentando por trepar a mano limpia cualesquier montículo afilado que asoma a su vista con el rostro del riesgo, carece de esos compulsiones por mantenerse engrasado que atacan al gótico quien, no obstante, se desgañita diciendo que en este tipo de salidas el primate escalador está de vacaciones.

Kantoborgy, no puede resistirse a arriesgar en los pequeños retos de escalada libre que se crean intempestivamente ante sus ojos de ave de rapiña; entonces, suspende el reposo contemplativo y salta a la acción como un adicto a los problemas verticales. Cierto que en estas excursiones hace ínfimos largos en la piedra desnuda si se compara con las kilométricas paredes que ha hecho en la zona de la muerte de los montes Himalaya, pero eso no quita que se mate si comete un error de concentración o si el hado le juega sucio en lo que por su bagaje ascensionista se considera fácil.

Lovochancho se regocija por la nube fresca que envolvió a la montaña. Resistió a la cellisca que pasó pronto y no se instaló el sol canicular que tuerce a los ascensionistas ecuatoriales. Perdió contacto visual con Kantoborgy moviéndose más arriba y se ha desconectado también del punto lejano que hacía Lester González, éste se pasmó abajísimo; quizás, atacado por el ensueño que despiden los brotes de *Polylepis*, se habrá quedado rumiando la sensualidad retorcida de tallos que anárquicamente conforman exiguas manchas del bosque que promociona el cartel de bienvenida. Sospecha que el ejecutivo se habrá afianzado en su deseo de descender, apenas los

vientos se echaron a silbar, y con esto desistió de posarse en la arista del Calvario y peor de ir a dar en la ensillada que une a las dos reliquias volcánicas. Lo último que imaginó de Lester González, antes de que la gran nube encierre en su magnanimidad a las cumbres, es anunciando con voz de ultratumba: “Hasta aquí llegamos, arriba no hay nada”.

A Lovochancho le llega el recuerdo de la pasada vez que estuvo al pie de la antigua ruta del ahora derruido glacial occidental del Illiniza sur, cuando Kantoborgy mostró su desconcierto ante la muerte las nieves llamadas “perpetuas” que ha sufrido este animal andino, en un parpadeo de Gea. El Illiniza sur ha cambiado radicalmente a diferencia de la Tioniza, a ella la conoció sin heleros, y sigue así de campante, apenas ocasionales nevadas maquillan de blanco su cresta. “Fíjate, vivimos para ver la degradación de colosos como el Illiniza sur... No es que podría ser, así decimos de una conflagración mundial con armas atómicas que dejaría en soletas a la humanidad, eso sí es una espantosa conjetura, porque lo que observas aquí es real metamorfosis, como el efecto invernadero y la acidificación de los océanos: ¡sólo observa!”, había dicho Kantoborgy abriendo sus brazos al cementerio rocoso que trajo la retirada de los glaciares, esos fósiles acuáticos que él creyó eran una visión perpetua de la edad de hielo. Entonces, Pincho, ante la grave expresión del rostro a punto de lagrimón de su amo, consideró que era oportuno aullar por la desaparición de los glaciares aledaños a la línea equinoccial, y, sentado en sus cuartos traseros, sobre un claro arenoso entre el lecho de piedras filudas que lo circundaba, cantó el réquiem por “las nieves eternas”, maravillando con su voz y lánguida mirada acuosa a los espectadores de la gracia. Mas, ahí no había lugar a distraerse husmeando, siendo un terreno impracticable aun para un lobo montaraz, y, Pincho, acabando de entonar su lamento, se lanzó cuesta abajo buscando dejar atrás la circunspección de los hombres, se fue sin aguardar la orden de retornar a los pajonales, partió con la ilusión de encontrar un hatajo de vacas a cuales inferirles su energía reprimida en lo alto de la caldera del volcán que al extinguirse formó esas dos soberbias pirámides.

Lester se divierte con eso de “La fallida ascensión al refugio del Illiniza Sur por la arista del Calvario”. Tan pronto anda con aquellos dos y se adelantó a ponerle nombre a su aventura, lo hace al modo de “La fallida ascensión del Aqueronte al Rucu-Pichincha...”, cuyo título completo le es imposible acordarse, a pesar de lo gracioso que le viene al escucharlo, por la vida propia que ha tomado la anécdota que Lovochancho y Kantoborgy la han convertido en ficción cinética de tanto repetirla verbalmente –más que corregida, concentrada como un agujero negro. Dicen por ahí que ha saltado al ciberespacio una versión apócrifa de “La fallida ascensión del Aqueronte...”; Lovochancho niega tenga algo que ver con tal historia puesto que él ya decidió no la va a desarrollar nunca por escrito porque halló que en su vasto título se encierra todo el misterio. Se ha divertido a placer imaginando “La fallida ascensión del Aqueronte...”; es tal la proyección que esos dos le han dado a esa única salida que tuvieron con el predicho al Rucu Pichincha que, el propio Aqueronte (autoexiliado en el Mediterráneo, itinerante desde Algeciras a Estambul), manifestó estar ansioso por leer la versión lovochancheana, la que Lovochancho jamás escribirá.

LG disfruta de su travesía descendente, camino a los aromas de gallina runa en el establecimiento rústico de comidas “Campo Viejo”, donde refulge el letrero que invita al buen yantar. Abajo lo aguarda el reposo, la calidez de florido rellano al pie de colinas amables, femeninas. Allá le brindarán música de arroyuelo y el cuadro de equinos y vacas paciendo en el horizonte cuadriculado de parcelas. Los andantes de la altitud se estarán moviendo instintivamente, para eso tienen tracción de animales de montaña. Aquéllos no paran mientes en las decisiones que toma el ciudadano, cual devino a soñar con los aires del campesino, el que ahora avanza bajo el signo fragante de la gallina al horno a falta del conejo estofado con ají verde que reivindicó el holograma de Aqueronte, impidiendo así que hiciera flecos físicamente y se derrumbe su mente intentando ya no seguir el ritmo infernal del legendario himalayista sino el paso moderado del desconocido andinista Lovochancho.

LG sospecha que aquí el hombre aprehende lo que en las sesiones del *zen* de Rabibuchi apenas vislumbra. En las sentadas del Salón Amarillo, sólo ha tenido ojos para la creación que hizo de la muchacha de al lado, la *Nefertiti* que lo quitaba de la voz del iluminado, y, por esa hora de amor imposible que ella le concedió, tiene un dejo dulce lo de *paz para los atareados*. Bajando la cuesta se cerciora de lo que ayer suponía; ahora sabe marchando en terreno extraño e irregular, que los posibles, por separado, de aquellos dos ascensionistas, son sus imposibles a la vez. Ya diferencia lo que es a cada uno de ellos el todo montañero. Aparentemente, la distancia gótica, o sea los techos de altitud entre Kantoborgy y Lovochancho, tienen más o menos la misma diferencia que marcan Lester González y Lovochancho; es decir, dos mil y pico de metros verticales. Kantoborgy hizo y hace proezas individuales, prestó su nombre a vías de espanto que abrió aun sobre la cota de los ochomil; Lovochancho se ha probado al límite de sus fuerzas de hombre sin abrir rutas nuevas sobre la cota de los seismil y, Lester González, acabó de rebasar la cota de los cuatromil montado en sus huesos, por una vía imperdible hasta para los librereros. Midiendo así la altitud máxima a la que han llegado los tres bípedos implicados en esta salida de engorde, deduce que Lovochancho es el punto de enlace entre lo máximo posible y lo mínimo posible en esta cima. LG se halaga porque allende haber sido decadente ha mantenido el contacto, que va para nudo montañoso, con los hombres de arriba. Aun Pincho, que olió de lejos al perfumado ejecutivo en el Guagua Pichincha, hoy le concedió leve coletazo a manera de saludo.

La mañana ascendente de LG concluyó en el aviso que él mismo dejó plantando, *Bosque encantado*. No hay nada que lo anime a volverse a ver por esa senda que no repetirá y que lo ha entregado al placer de avistar, bajando por la carretera de verano, tenue lomerío que revienta en valles fértiles: melodía reverdeciente de prados que lo remiten a *La nueva Era*. La otra, *La Era* de su padre, la que perdió apostando en el juego de las probabilidades que le dictó el progreso, está empezando a no doler. La vía de la negación de lo que es se está desplomando.

Qué caprichosa es la montaña, cuando dio media vuelta creía que venía el diluvio contra los andinistas, y para él la sombra de una tormenta lejana; ¿dónde andarán esos tres puntos asimilados por la erosión volcánica?, ¿se cumplirá el pronóstico de Kantoborgy: aguas mil para la tardecita? Después de haber aspirado el aroma agreste de la mancha de árboles de papel, sus ojos verán la immaculada fotografía de los Illinizas, de M. Figuerola, como una fantasía. LG se acopló al pajonal meciéndose con el viento tibio. Eolo no aúlla feroz en sus oídos, ahora canta su oda al potaje de gallina runa. Cuando ponga suficiente distancia con los montañeros comenzará a titilar el letrero: *Campo Viejo, sabores y aromas criollos.*

LA VOLUPTUOSIDAD DEL OGRO

Kantoborgy se anima por la escapada de engorde a la montaña, junto a su familia perruna e incorporándose luego a la tropa mamífera el señor Lovochancho y don Lester González (éste último viene haciendo méritos para ganarse el “don” de los caballeros andantes). Hoy madrugó más que el monje que practica el *chan wu yi* en un monasterio al tope de una montaña de granito; tratándose de este tipo de excursiones rápidas a la cordillera, suele calcular bien para que el sol se levante cuando ya esté con su comitiva adentrándose en las estribaciones menores del objetivo. Visitar al Ogro, el monte Quilindaña, es el objetivo que lo tiene moviéndose a través de la noche. No durmió profundamente pero sí dormitó como un bendito hasta casi la medianoche, levantándose a preparar horchata y de paso encendió la radio para sintonizar con el dial de Olegario Castro. Madrugar así nunca es vano cuando se da unos minutos para conectarse con radio-libre Marañón.

“Arriba muchachos, es hora de partir”, musitó el montañero sorbiendo del termo un trago caliente de horchata. Los canes saltan al balde de Rocinante para ocupar sus respectivas cajuelas sin atropellarse, irán rumbo a la guarida de Lovochancho donde ha pernoctado para la ocasión Lester González. Le entusiasma hacerlos madrugar a esos dos, se habrán desvelado aguardando que Rocinante se estacione entre los lamentos sublunares de los pavos reales de la mansión lovochanchesca, arropada bajo las faldas occidentales del manso Ilaló. Ya sabe Lovochancho que él no da telefonazos ni envía

mensajes cuando se moviliza hacia la montaña; no está para eso de estoy saliendo, estoy acercándome, ya mismo arribo, ¡llegué! El invitado debe estar listo y empacado, con la mirada fija en el Ogro, y no dejarse llamar la atención con bocinazos traducidos como despierta perezoso y salta a la intemperie que estamos aburridos de aguardarte. A la fecha, es bastante con el aviso aullante de la jauría y, segundos después de que Rocinante se para en la morada del matemático, la puerta se abre automáticamente. En esto de no hacer esperar a otro ni que lo dejen esperando a él, Lovochancho, es temático, no permite que lo sorprendan; poco falta para estacionarse en el portal de su domicilio, montando vivaque bajo las luces mortecinas del barrio amurallado, y así adelantarse al llamado de la manada. En su lar, Lovochancho, es el que pasma de la cola a la nariz a su amigo Pincho, haciendo que crea lo detectó a una legua de distancia como de verdad sí lo hace el can con su humanidad.

Kantoborgy tenía una visita pendiente a las místicas lagunas del Quilindaña, y, en honor al salto mítico de Pincho en la llanura de las Cajetonas, decidió premiarlo con un banquete de tierras altas: agua lacustre, almohadillas de páramo, nubes, roca oscura y cielo mañanero en lo posible azur. Aprovechó la ocasión para invitar al matemático de Guangopolo, que dio rotundo sí al reencuentro con el Ogro y al disfrute que le brinda la visión de la jauría desatada. Por el pálpito de que se está suscitando real acercamiento con Lester González, le envió un correo llamándolo a que se una a la excursión. Que el tripleingeniero manifieste su deseo de abandonar sus ocupaciones positivas a mitad de semana, es una novedad que lo alienta a seguir invitándolo a disfrutar de lo agreste, después de haberlo llevado al Guagua y a los Illinizas, donde realizó dos memorables caminatas descendentes que lo han tonificado de pies a cabeza, el hombre parece estar fermentando cambios ineludibles.

—Ayudarlo a que se sacuda de su ensimismamiento material a nuestro Lester González, alias Chico Silencio, es un triunfo sonado de tu terquedad, Kantoborgy —habló alto

Lovochancho, en son de chanza, ya rodando raudo Rocinante en la autopista panamericana.

—Vendría a ser un batatazo de LG, aunque sea para que el susodicho salga apenas a oler la montaña y sestee en el páramo, pegado a los neumáticos de Rocinante para no olvidarse de que es racional a donde fuere —replicó con viveza Kantoborgy, observando por el retrovisor la sonrisa amplia que devolvía LG.

—Menos mal que no está Aqueronte para hacerme palidecer de terror con sus ojos de demonio, vociferando ¡te toca a ti LG, es hora de darte una paliza! —atinó a decir Lester González a punto de carcajada, en aras de recrear la soberbia adolescencia que compartieron en la secundaria del Bernardo Valdivieso, siendo ellos tres parte de la gallada que formó Aqueronte y que él mismo la desbandó tras la expedición a las lagunas del Compadre.

—Sentí, ni bien te apeaste de Rocinante en el Guagua Pichincha, que has tocado techo en tus ambiciones positivas; no te queda más que bajarte de la cúpula del maquinismo y ascender, partiendo de sus estribaciones menores, el monte Purgatorio —añadió Kantoborgy.

—Descender del Purgatorio diría yo que es lo que estoy haciendo, porque como lo han constatado arriba no he perdido nada. Sólo quiero caminar por los senderos que conducen a horizontes livianos, a cañadas y valles del altiplano, en eso consiste mi reto montañoso —repuso Lester González.

—Curioso, LG, estás hablando como Olegario Castro cuando colgó las botas de escalar para convertirse en lobo de páramo... ¿Y a propósito del radiodifusor, éste habrá subido el monte Purgatorio lleno de piedras en el macuto *veintemil* o sólo cargando cien gramos de galletitas “Amor”? —interrogó divertido Lovochancho.

—Mejor dicho, la cuestión ascensionista, vendría a ser la siguiente: ¿Subir al estilo solitario (ultra-alpino) del filósofo Olegario Castro o al estilo montonero (mula-de-carga) de los de *al filo de lo imposible*? De las ascensiones al Purgatorio, tenemos antecedentes desde la Edad Media: el Dante fue el prime-

ro en coronar esa cima *veintemil*, la subió en solitario y con lo puesto, ligero como un cavernícola —aclaró Kantoborgy.

—Eso mismo, el Dante ya hizo el pico Purgatorio por todos nosotros, liberándome de hollar su sus estribaciones menores no se diga la cumbre, por eso he decidido bajar, bajar y bajar... —recalcó Lester.

—Renacer, renacer y renacer, montado en un nuevo tiempo, ¡pachakutik! —aulló Lovochancho.

—¡Suena lindo, pero nadie le puede hacer a otro su pachakutik!... LG, alias triple-ingeniero, solo con su alma tiene que implementar la empresa más dura de su tiempo: desprenderse de las capas de piel muerta que asfixian al ser más propio otro, al original Chico Silencio —exclamó Kantoborgy con aires aquerontianos.

—A ti mismo, y a tu maestro Olegario Castro, les oigo decir que lo más difícil no es subir a la cumbre sino bajarse de ella, ¿no sé si me hago entender? —adujo Lester González.

—Bastante, y con ello asumo que en algo nos has sintonizando..., no habíamos estado tan desconectados como pensábamos —manifestó halagado Kantoborgy.

—Saben, jóvenes, he venido elucubrando en mi propio monte Purgatorio, ese que está a la vista de todos los que ruedan por la vía panamericana y nunca lo ven propiamente, atravesando cual bólidos el nudo de Tiopullo... —dijo pensativo Lovochancho; y continúa alzando la voz—: Sí, sí, este rato lo estamos rebasando al animal andino que será mi Purgatorio, allí está confundiéndose con la noche oscura.

—¿Te atormenta el reclamo del Corazón? ¡Tantos años sin acampar en su encantadora testa! —observó Kantoborgy con la seriedad que amerita el reto de Lovochancho, pues, cada montañero, tiene a su medida una variante de la monstruosa vertiente Rupal.

—Sí, lo digo desde aquí al mundo entero, quiero hacer el retorno al Corazón. Parecido a lo que podría decir el vate de los faiques de mi tierra rojiza, J. M. Riofrío: ...allá iré en soledad, cargando mis dudas, como el rucio que soporta el peso de las cañas y sin saberlo alimenta el futuro fasto de la molienda de San Agustín —recitó Lovochancho.

Lovochancho se abruma escuchando de Kantoborgy la lección de valor canino que, en días pasados, protagonizó Pincho. Se recrimina por no haber estado presente en esa acción extrema; no obstante, será él quien haga de ese salto verídico “El Salto” literario, es decir, un relato a golpe de imaginación de lo que fue ese portento. Disfrutará asentando en el cibespacio, para la posteridad del Lovochancho relator, palabras de este calibre: “...Pincho, impelido por su ego pastoril, casi nos abandona en los bajos de las colinas enhiestas que el ilustre Olegario Castro ha denominado como *Cajetonas*”. Lástima, coincidió que ese día estaba copado por las delicias que brinda Adelaida Matute. Amar temporalmente a esa mujer es remitirse a su devoción semanal por lo femenino; a sabiendas que ella encarna sólo una parte de Venus, siendo el reflejo terrenal del nacimiento de la belleza. No podía posponer los abrazos con Adelaida Matute por su amor, su Eros latente, a la naturaleza silvestre; si ello ocurriría ambas veneraciones se autodestruirían. Ante esa potente excusa, Kantoborgy, se limitó a replicarle algo jocoso pero no exento de cinismo, “cada día amaneces más mañoso con lo de tu religiosidad venusina”.

Acorde con la saga que transmite el radiodifusor Olegario Castro, las líneas de las *Cajetonas* despiden una sensualidad equiparable a la que se respira en las cochas del Ogro. Salvando claras diferencias, donde las *Cajetonas* no hay consecuencias neurálgicas en caso de que las musas del sibirismo se nieguen a hacerse presentes. En los predios del Ogro, las náyades, si es que el visitante tiene el privilegio de que se muestren a él, lo obsequian con el aroma de sus dulzuras, dan de beber del elixir de sus pechos indeclinables. Por el contrario, si el Ogro está de mal talante e impide el relajamiento del intruso, puede darse un tiempo tenebroso, similar al que provocó “la ira de Dios” de Aqueronte en las lagunas del Compadre. “¿Será cierto, Lovochancho, qué opinas, vos que eres experto en contemplaciones mutables?”, había inquirido sardónicamente Lester González. Lovochancho respondió que eso es posible mientras esté encarnado; cada vez que acude a la montaña, se acerca más a la contemplación mudable del sátiro que a la contemplación inmutable del matemático.

Lovochancho estima la alternativa que tiene de mudarse, y alternando viene con las extensiones de su personalidad que lo eximen de ser un ente geométrico. Estos cambios de tercio impensados han hecho que el matemático saque la cabeza de lo general y se anime a adentrarse en lo desconocido complejo de su ser propio. Ya habrá oportunidad de agarrar el filo de las *Cajetonas* en otra ocasión. Primero tiene que empezar, “pata al suelo”, lo de su proyecto de devolverse a la montaña en soledad, sin la égida de Kantoborgy. Y planea comenzar con el Sincholagua a manera de abre boca, el imán de sus agujas es propicio para inaugurarse explorando por sí mismo. Lo hala el Sincholagua como lo hacían de niño los atajitos de caña de Malacatos, cuando no soportaba ir acompañado del prójimo sino con el rumor del río. Debe asumir el momento de sus propias limitaciones ascensionistas y no las que le impone la figura mítica de Kantoborgy; esa libertad, la que levanta la voluntad del himalayista en la zona de la muerte, no es la suya, la suya está dentro de lo posible entre la media montaña tropical y los tres cuartos de montaña tropical. Buen trabajo han hecho los góticos en su salud lovochanchesca, “semejante a un proselitismo invisible de jesuitas”. Por algo se han hecho las vías de la creación elemental, para que el ser pensante las descubra de adentro hacia fuera. Y aun LG parece haber despertado a esa capacidad de renovar el alma.

—Has amanecido despejado de mollera, te sienta estupendo andar en manada lobuna. El salto que dio Pincho, te ha removido fibras muertas que estaban entorpeciendo tu cambio de piel, ¿o debo decir tu traspaso a la doble piel? —manifestó ameno Lovochancho, mientras Rocinante galopaba en el camino rural.

—Puede que sí; tal vez de estas salidas de engorde se esté fraguando algo que, mágicamente hablando, me calzará la doble y única piel que es el pasaporte a andar desnudo por la cumbres borrascosas sin ser presa de la hipotermia —replícó Kantoborgy.

—¿Doble y única piel?... ¡Qué extraño se oye! Eso me huele al mundo del ufólogo Duvolosky; si é te escuchara no

dudaría en sacarte de la lista de sospechosos de tener contacto con espaciales y colocarte en la lista honorífica de los colaboradores del fenómeno extraterrestre —intervino Lester González.

—Yo diría que lo de cargar una “doble y única piel” es parte de la ficción dura de Kantoborgy —dijo Lovochancho.

—A ratos pienso que este hombre va a terminar siendo un ser feérico, el dragón que lo ha obsesionado desde crío —añadió Lester González.

—No te equivocas, ha persistido esa fijación desde entonces. Kantoborgy está convencido que es un dragón cuántico eónico y que de alguna manera se transformará para no ser el hombre que vemos ahora sino el ente que no volveremos a ver nunca más —corroboró Lovochancho

—Sea lo que fuere es una ambición fascinante la mía. Al buen profesor Duvolosky habría que mantenerlo desinformado de esto, el hombre es demasiado sensible, se nos puede desquiciar con esto de la doble y única piel —concluyó enseñándose Kantoborgy.

La algarabía de los canes vino pareja apenas abandonaron sus jaulas con el amanecer helado que tiene como fondo la masa pétreo del Ogro; cual, plantado en su personalidad andina, viene desplegando el perfil adusto, cargado de ferocidad deslumbrante. Lenguas de fuego lanza el dragón de oriente, arrebolando la pirámide de la cara norte del Quilindaña, mientras el pajonal aguarda impaciente la luz que lo anime y diluya la escarcha. “Soberbio espectáculo el de Gaia”, musitó Lovochancho ante LG que se arropó como para una expedición a la Antártida. Los perros procedieron a desperezarse sacudiéndose de la cabeza a la cola, provocando ese risueño aleteo de orejas que embelesa a los observadores humanos; éstos quisieran hacer lo mismo, nada más tocar tierra y moverse a lo bestia, pero los primeros pasos que dan son sinónimos de la abulia. Pincho y su harem, antes de lanzarse a campo traviesa, husmean en rededor sin alejarse del superalfa aguardando que éste les imparta su plan de acción. Para los bípedos es diferente, el cuerpo les pesa, la gravedad los aplasta contra el suelo, se

desprenden morosamente del relajamiento que trajo la amena conversación sostenida durante el acercamiento motorizado al objetivo. Rodando en medio de la oscuridad, la charla se tornó sabrosa y no es asunto fácil—incluso para el supremo escalador Kantoborgy—, bajarse de la placidez de lo simbólico a la cruda belleza del superpáramo, que para entregarse al caminante le exige un esfuerzo físico considerable.

Doloroso entumecimiento ataca a Lovochancho cuando parte de menos cero grados centígrados, en pos de rebasar la aurora de altitud y fundirse con el sol ecuatorial de la mañana. Ha entrado en lo que llama “crisis completa, de cuerpo y alma”, que lo hace suspirar por su morada tibia, tan bien abastecida de manjares (aunque en esta hora fría y primitiva le daría asco la mejor vianda; por efecto del aire enrarecido que se ensaña con sus tripas, la ilusión de alimentarse no es bienvenida. Kantoborgy, el dragón, sí sería capaz de apretarse una bandeja de mote con longaniza en caso algún cristiano se lo ofreciera, así en cuestión de minutos se vea en la necesidad imperiosa de abonar con sus detritos este jardín de flores diminutas). La belleza del amanecer la grabó para rumiarla a plenitud en el futuro, pero los primeros pasos cuesta arriba dan grima, son los dolores de parto del montañero, y no puede dejar de añorar las dulzuras de su despertar en la mansión al pie del cerro Ilaló, allá viene a la luz en medio del manso mundo vegetal de sus árboles, a los que abraza largamente abriendo los ojos, y, rato después, cuando el sol lleva ya horas levantado y les ha proporcionado a éstos las vitaminas de cada día, va a su encuentro con las manos y los siente radiantes, y aspira el perfume de la higuera, del chereco... ¿Qué estaría haciendo este rato el animal de costumbres epicúreas, el señor matemático? Estaría preparándose con la divina calma de todos los días para el ritual domestico despabilador, ese pausado ejercicio corporal que lo saca del ensimismamiento y así enfrentar al mundo de carne y hueso, y devorar succulento desayuno libre de traumas emocionales. En todo caso, Lovochancho, tiene un plan de acción para contrarrestar la molicie de su alter-ego, el único posible de cara al Ogro: agachar el lomo y andar como

condenado hasta que, de repente, constate se ha desvanecido la náusea y se figure él es un recio residente de estos pagos. En cosa de minutos se habrá separado, poniendo creciente pajonal y colinas de por medio, con Kantoborgy arriba de él y Lester González abajo de él.

“¡A trotar!”, aúlla Lester González parándose para tomar aire y de paso solazarse repitiendo esa orden que el espartano Kantoborgy no le dio a él sino a la jauría que la receptó como una liberación, en eso consiste el plan de acción perruno: trotar, saltar, oler, oír... La vitalidad de Kantoborgy y su familia lobuna desapareciendo cuesta arriba en el páramo, le provoca placer antes que desazón o envidia. Tampoco el parsimonioso pero constante alejamiento de Lovochancho hasta perderlo de vista, trae ningún resquemor, le place saber que a cual ha tomado el rumbo que quiere y le conviene dentro de los jardines o las alturas pétreas del Ogro. Ateniéndose al sabio consejo de sus amigos, se ha limitado a seguir el curso del canal de riego que lo conducirá con el menor declive a la fuente, a la laguna que el pide del Quilindaña, la primera y más visible, no está para las que se hallan escondidas, esas que las encuentre el expedicionario exigente. Entiende que la manada no va a lidiar con ungalados, y Kantoborgy dispensó a los canes de estar constantemente a su costado, pero sí alrededor de él, es decir que no pierdan el enlace olfativo/auditivo entre ellos y con el superalfa. El rumbo de la manada lo marca la línea que los conducirá a la magia del Ogro, la que atendiendo la saga que ha escuchado de radio-libre Marañón, puede desatarse de repente, surgiendo de sus fauces náyades y montículos venusianos que regalarán sus dones a quien tenga la capacidad de percibirlos. Si eso se diera en las recónditas lagunas de arriba, por reflejo también se daría en la cocha de abajo, y él podría disfrutar de la ninfa a la que tiene acceso, la *Nefertiti* que rescató de la meditación *zen* del Salón Amarillo de Rabibuchi.

Lovochancho se adentró en el lomerío que a distancia puede aparentar ser una extensión inclinada de la llanura; sin embargo, andar ascendentemente sobre el acolchado pajonal y los erizados matorrales que ahí se engendran, toma su tiempo

y es menester agarrar el paso sostenido, coger ritmo de monólogo, distraer al esfuerzo. Conforme sus tripas se vayan relajando le vendrá la ilusión de más adelante ser honrado con efluvios de náyades que se regocijan acariciando las barbas del Ogro. “Allá que se arregle el novato Lester González con su respectivo soliloquio”, le susurró a Eolo que silba tenue y acompasado el son de las musas de primavera. Se mantiene a prudencial distancia del ligero Kantoborgy, a la distancia que lo tiene ajeno a sus expansiones físicas. El himalayista cualquier rato hará piques cargando el peso considerable del inseparable macuto de fatiga, portando los útiles de montar campamento a discreción, ahora le provocó traer con él a la legendaria tienda de altitud *Grizzli I*, de ella ha hecho un amuleto, y la tiene consigo para que se oree, igual que sus canes, en los predios del Ogro. Le exaspera ser testigo de esas cabriolas porque si él, Lovochancho, las cometiera se haría pedazos, se descompondría en un santiamén porque no es chivo montuno, tiene claro que la disparidad física entre ellos dos es tajante. Es congruente estar cerca pero bien lejos de Kantoborgy, así ambos confluyan en una misma meta en el horizonte andino, hay tácito acuerdo de ir a ello por separado.

LG va tras el tiempo inmedible de marcha lenta pero uniforme al pie de la acequia, anda en busca del equilibrio extraviado en los ascensores de la torre del ejecutivo. Montándose sobre el potro del excampesino, va cediendo a la tensión que provocó arrancar en frío y atender el reto de vencer la laxitud, animado porque a surtido efecto en él la aclimatación de sus anteriores salidas al superpáramo, el fantasma del soroche no lo persigue. Pasó de la tracción terrena forzada del principio a una tracción de alivio del organismo que respondió al mandato de alcanzar el ritmo anhelado, ese que Lovochancho le dijo que debía venir espontáneamente. Aquí está avanzando con el murmullo del agua, ¡agüita!, que es la música freática que desfoga la montaña. Otea hacia los declives del Ogro y no ve señal alguna ni de la manada de Kantoborgy ni del pícnico Lovochancho, sin estar pendiente de aquello se quedó solo en esta inmensidad volcánica del filósofo de la altitud caballeres-

ca. Figura a Kantoborgy como émulo posmoderno del Quijote, haciendo lo que le da la gana de hacer para que los genios de lo vertical den testimonio a Galadriel sobre su vértigo, por halagarla y que sepa del amor incorruptible hacia ella. El malestar crujiente de huesos y tripas se disipó, y, el panorama montañoso, se abre encantador, superando las expectativas fúnebres, la renuencia de su cuerpo y alma a moverse juntos. Esa lucha se dio cuando el Quilindaña no podía presentarse en su conjunto más bello y también menos terrible, siendo la antinomia que brindó amanecer caleidoscópico y apabullante a la vez, de esos que se los reconstruyen después de años porque se los digiere despacio.

Lovochancho no extraña más las delicias de su cueva, va ligero de equipaje, carga bien su propio peso, un botellín de a litro de líquido energizante y cuatro tabletas de chocolate con maní que reposan dentro del *canguro* fajado a la cintura sanchopancesca. Por instantes ha recuperado la grácil figura de Pincho trotando, dibuja esa máscara que hace penetrante la mirada lobuna; admira esos lomos oscuros formando una ensillada, contrastando con el pelo rojo fuego afincado en su testa, antepecho y grupa; combinando ciertas rayas plomizas del cuerpo con una pizca de blanco en las extremidades. Sobre todo le agrada la melena al viento de Pincho, aupando su porte altivo, propio de un macho alfa dominante, haciendo que resalte ante las líneas sosegadas de las hembras del harem. La manada perruna tiene empatía con el pajonal que ha evolucionado de bisoños verdes otoñales a maduros amarillos primaverales. Pincho, Panda y Eire asenderean en conjunto, desviándose al unísono, a diestra o siniestra, de la huella del superalfa, y cualquier momento se largarán al galope buscando los pies de éste porque imaginan haber escuchado su silbido de reunión de manada. Dina pone la diferencia, viene husmeando aparte, casi no se deja ver en su ensimismamiento perruno. Kantoborgy le ha dicho que ella tiende a ser un carácter flemático; a esta hembra no le apetece ir detrás de los alfas sino se trata de refocilarse parejos en los trabajos pastoriles de arrear ganado. Ahora mismo da esa impresión de querer ran-

clarse de los demás, se escabulle sigilosamente y el rato menos pensado se colocará fuera del alcance de los sentidos de los alfas. “De repente, no se la siente, cosa que si dura mucho su ausencia me obliga a que lo mande a Pincho a encontrarla y que la meta en el orden gregario de los cánidos”, le participó Kantoborgy. A cambio, Vaty, la adolescente del grupo, suele irse al otro extremo de la independiente Dina, y hace patente su deseo de no despegarse del costado del amo bípedo quien, observándose a distancia prudencial del reclamo feroz de Panda y Eire para que no mime a la doncella aún, aprovechará prodigándole sendas palmadas en los omóplatos, diciéndole con voz grave: “Usted es la joven promesa de su estirpe”.

Camino al mediodía la partitura de Eolo viene alegremente otoñal (no usual en una zona de la cordillera Oriental que es propensa a encapotarse y que en ella reinen heladas tempestades). El viento peina el pastizal que no opone resistencia sino que danza a placer en sus brazos. Los canes reciben con gruñidos de satisfacción, a contrapelo, natural masaje y expurgación de su piel, se han sometido a un baño natural que dejará sus cerdas saludables y vistosas. Conforme vaya acercándose el cenit del sol equinoccial, irá creciendo el poder sónico de las corrientes aéreas que atraviesan la montaña, haciendo la melodía que a cual pedía para sus oídos, sirviendo también para el personal aislamiento de los hombres que ingresarán por diferentes portales al sistema lacustre del Ogro.

Lester González, se adentró en las particularidades herbosas que hacen el entorno del lago oblongo al pie de la cara norte del Quilindaña; viene atrapado entre las antiguas morrenas que bajan formando flancos, teniendo como tope la pirámide meridional que lo resguarda del aire inflamado de oriente, haciendo que se pare junto a la fuente a despojarse del exceso de ropa de abrigo que trajo para no dejarse sorprender del frío o la lluvia helada que podría caerle cualquier rato. Llegó acá prevenido sobre este animal andino y sus imprevistos cambios de humor, lo estudió en el ciberespacio antes del encuentro. Para evitar la insolación, se quedó con el fino pasamontañas de lana de vicuña cubriendo su cabeza y enmascarando parte

de su rostro; aunque antes de subirse a Rocinante se embadurnó de protector dérmico, está tomando las precauciones de rigor ante el implacable sol de altitud. “¡Aquí me quedo!”, aulló tan pronto se le llenaron los ojos con la masa de agua dulce meciéndose entre las paredes del pajonal ora amarillento, ora verdín. Cual ensueño, se vio enfundado en el traje interior rojo que hace poco adquirió con la garantía del vendedor de que el viento no le calaría los huesos. Le divierte su quijotesca estampa, la proyecta en el espejo de agua, está como si calzara paños menores de una época caballeresca, apenas levantado en el regazo de Yurac Cocha, a más de cuatro mil metros de altitud sobre el nivel del mar. La brisa no lo entumece habiendo dejado de andar, es una caricia lacustre, y, *Nefertiti*, convertida en ninfa acuática, flota cara al sol, muy cerca de él.

Lovochancho, más arriba, en Verde Cocha, se cree privilegiado por los favores del Ogro, que ha soltado a sus náyades en vez de enviarle a las tempestades que de corrido echa sobre los que osan traspasar su círculo de seguridad. Diferentes viajeros de talla, románticos e ilustres geólogos, como H. Meyer, apenas pudieron contemplar de cerca el cuadro entero del Quilindaña porque es un alfa-andino-dominante, no aguanta que se lo queden mirando, hacerlo es retarlo a batirse, y de ahí su fama de energúmeno. En la pasada visita que hizo al Quilindaña, fue arreado a la cumbre, pues, no lo habría pisado sin las seguridades que le brindó Kantoborgy. Esto cuando ambos eran ciudadanos pata-al-suelo y un Rocinante todoterrero lujo inaccesible a su economía, lo que hacía de la aproximación a una montaña el pretexto para una excursión de días, como en los tiempos del caballero Whymper. ¡Oh, jornadas de andar *potente, aliviados de plata, pero pudientes bajo la carga de los campamentos 1, 2, 3...!* Días de devorar la exquisitez que sus escuálidos bolsillos les permitía, verbigracia: chaulafán andino, platillo único que Adelaida Matute no aceptaría “ni estando perdidamente enamorada de ti”. Aquella ocasión tuvo ciertas horas para retratar al Ogro; no obstante, la mayor parte del tiempo, él se acogió al silencio envuelto en niebla y fue renuente a mostrar su desnudez de cuerpo entero. Pero tam-

poco lo castigó con su común intemperancia, se puede decir que fue tolerante con la presencia humana; aunque sin intimar como lo hace ahora, paradójicamente, cuando vino de visita ida por vuelta. Hasta aquí dobló el lomo manteniendo el ritmo que enalteció al caminante, ahora levita entre los elementos de la montaña cristalina: agua, pajonal, neviza, roca parda y gris, firmamento azul estriado. Atrás se estacionó el asco de ascender cediendo al paso moderado convencional que manda al olvido los instantes duros del montañismo, y todo es un presente prometedor. ¡Cuánto ha avanzado en su percepción sobre los cuatro mil quinientos metros de altitud! Cómo se regocija de este silencio lacustre, envuelto en la melodía de las ninfas que le abrieron el sendero a su recogimiento. Libre del ruido de engranajes artificiales, a puesto suficiente distancia con esos bóhdos que le resultan aquí una fantasía, con ello la suerte de esta mañana se decantó.

LG va asimilando el significado que los montañeros le dan a eso de “superar lo de allá abajo”, que tanto le chocaba escucharlo de inicio. Este minuto, así sea ver una bandada de saludables y ecológicos ciclistas, le arruinaría su comunión con Yurac Cocha, le impediría mantener este trance de hombre de altura desconectado con el hombre-cosa. “Debes primero crear el ambiente propicio para superar lo de allá abajo”, le había dicho Lovochancho. Despegarse de la gravedad nihilista toma un tirón largo en el vacío de la incertidumbre, y se puede fracasar con estrépito si el impulso inicial no empata espontáneamente con la órbita que lo conduciría al fin de su viaje: renunciar a lo que es doloroso renunciar, al sujeto perdido en la monetización de su tiempo. Se esforzó siguiendo la acequia de riego y, atravesando algo de la pesadez del pajonal, ganando metros a la altitud, halló la orilla precisa para rendirse al delicioso peso de *Nefertiti* acuática. Supo entrar en otro estado de conciencia. Dentro de los jardines de Yurac Cocha, es un punto absorbido en lo agreste, es parte de ese horizonte que el tripleingeniero no discernía. Esto de comprobar que traspasó el umbral de lo inmarcesible lo hace chillar íntimamente de alegría, especula que así debe ser el instante supremo de Rabibuchi

cuando logra la concentración suficiente para desatenderse del dinero que le da la venta de su “paz para los atareados”.

Lovochancho es un sátiro sometido al encantamiento de las musas del Ogro. Escucha el canto que emerge de Verde Cocha: multitud de sapos negros enamoran a las gencianas engalanándose de violeta y rojo cinabrio. Fluye en las emanaciones de la fuente, le viene gracioso el instante definitorio de la fábula “El faquir y la hurí”, cuando el hombre recostado en una cama de clavos desiste del dolor para recibir el goce que da una hurí. Perdió todo contacto visual y auditivo con la manada de ovejeros que deben haber recuperado a la flemática Dina. Admira la comunión de los lobos domesticados y el hombre que los agrupa; asume que ellos andarán por la zona limítrofe con el empinado arenal que asciende a la plataforma de la pirámide. Figura que estarán unos escalones arriba de él, aunque no descarta que Kantoborgy esté husmeando en la laguna más recóndita y amurallada, ésa que pudo enfocarla desde lo alto de la nariz del Ogro, estremeciéndose con el cuadro abisal de criaturas horripilantes. Está atrapado bajo las quijadas del Ogro, por eso no puede discernir la roca cimera, la pirámide gris y parda que culmina la gradiente del altiplano. Las lomas que encierran a Verde Cocha, lo envuelven con efluvios de náyades que ahora sí podrá dar fe existen, ellas le transmiten indefinible armonía. “Están ahí para mí y de nuevo estarán para mí mañana”, repica con regocijo. No lo agobia llegar a un punto de reunión pactado al ojo con Kantoborgy; el mismo gótico resignó trepar por las paredes del Ogro, había dicho: “estamos ante una salida de engorde y algo más...”. De hecho, “algo más”, es el plato fuerte de la jornada para los tres caminantes, el señor Kantoborgy estará deglutiendo lo suyo junto a su jauría; lo propio hará Lester González, no fue necesario inyectarle una dosis regulada de locura, se acopló solo a estos pagos. La salida de hoy pudo darse al monte Corazón y adelantar ese retorno que le tiene prometido a la montaña de su destino así como la montaña del destino de Reinhold Messner fue el Nanga Parbat. Nomás tenía que convencer a Kantoborgy para ir allá por razones de

cercanía y evitar madrugar tanto como requirió la excursión al Ogro. Pero no hizo mención de cambiar el rumbo de los acontecimientos que lo tiene moldeando este presente, si hubiese seguido la senda más a la mano que le dictaba la razón habría desordenado el futuro, habría matado la ilusión de materializar su *proyecto purgatorio*. No sucumbió a la tentación de hacer cendales a su futuro ascensionista; todavía le aguarda el retorno al Corazón, desde las estribaciones menores de éste. Debe hacerlo en solitario y con todo el campamento sobre sus lomos de danta, la cuestión es si será capaz de pernoctar bajo y sobre la roca cimera. Años que no ha pisado los jardines de altitud de Bollón Roscón; puede que se dé el milagro y el calvo miserable se digne a invitarlo al interior de su cueva a una degustación gastronómica. “¿A lo mejor, tal vez, el muy mísero me invite a cenar, qué me dices... vos que te jactas de haberle visto haciendo aguas fuera de su gruta?”, le había dicho jocosamente, rodando en la vía panamericana, a Kantoborgy. Hasta Lester González festejó la ocurrencia porque ha escuchado la leyenda de radio-libre Marañón, y sabe que Bollón Roscón jamás convida a nadie nada porque acabaría con el aura de glotón egoísta que lo ha hecho célebre.

LG asume que si esto fuese de corrido en la feminidad de Yurac-cocha, podría ensayar a transformarse en maestro del hambre kafkiano, y retarlo a Rabibuchi a quién resiste más días sin comer pero con derecho a beber lo que les apetezca del agua de manantial. Qué chistoso sería verlo a Rabibuchi colgando boca abajo de sendos garfios que han sido incrustados a lo ancho y largo de su piel lechosa; y él, Lester González, levitando sentado en posición de loto, trasmutando esa situación de dolor en fuente de sensualidad porque *Nefertiti* lo alimentaría con el elixir de la montaña. “Hete aquí, triple-ingeniero, surfeando en la voluptuosidad que te obsequió el Ogro”. Imagina a doña Percepción dialogando con el señor Intelecto en el ático del edificio Ecuainforme S.A.

PERCEPCIÓN.- Oye tú, Intelecto, viste qué macho es para Lester González perderse en lo femenino salvaje, aspi-

rando el perfume de la doncella que de lejos no promete más que frigidez y de cerca es fuego, combustión interna. Aunque con tus ojos enajenados se ven desabridas las montañas, lo cierto es que, estando dentro de los jardines que dejaron los fenómenos geomorfológicos, eso aparentemente inerte cobra vida exuberante. Si no me crees, te presto otra vez los sentidos de LG para que vibres con ello.

INTELECTO.- ¡Pamplinas! Qué me importan a mí las minucias que brotan de los volcanes monógenos y de la fenomenología tectónica; peor, todavía, lo que dizque una *Nefertiti* acuática sedujo a Chico Silencio en Yurac Cocha. La poesía para los alucinados; la vulcanología para los vulcanólogos; la estratigrafía para los geólogos; el dinero para el próspero. ¿Qué más da sentir la naturaleza “en su estado puro” si todo, al concluir este sueño terrestre, se reduce a vacío absoluto?

PERCEPCIÓN.- Lo que te repugna es el tráfago físico y mental que da el producir intangibles de altitud; no admites que vía dos patas se fabrique el oxígeno de tu espíritu. Entonces, ante el pánico que tienes a sufrir, huyes de la realidad encarnada y te aferras al deporte del nihilista cristiano: producir basura.

INTELECTO.- Haz el favor, Percepción, de amainar tu impulso sentimental, pues, ¡oh amante de lo posible y amiga de Utopía!, me sostengo en lo mío: ¿Para qué alguien querría ir a dar a las barbas del Ogro; si allí sólo medra el reino de lo tempestuoso, la inspiración del sátiro?

PERCEPCIÓN.- Donde no hay nada para el común mortal ocupado en sus frivolidades positivas, para el aristócrata deviene en lo complejo que alimenta y redime; y, viceversa, en ese balcón que el teleférico posa a multitud de ojos para que puedan robarse gratuitamente el simulacro del alma de un cuadro andino, el aristócrata, no hunde sus pies porque no ha sido criado para contemplar generalmente, éste jamás verá como un número.

DRAGÓN ROJO

Lester González, se ha quedado rezagado en ancha cañada de la base de Dragón Rojo, deambula distraído entre jardines liliputienses evaporando con la luz del amanecer. El vallecito viene ahíto de guijarros de piedra pómez. No tiene prisa por alcanzar ninguna meta terrenal, sólo anda pendiente de lo que ve, huele y pisa. Cuando le place se inclina o se pone de rodillas para tocar con delicadeza la flora diminuta que se reproduce a los lados de la acequia que lo llevará al fondo de lo que por primera vez conoce. “Cada montaña tiene su gracia, ahora es cosa tuya encontrarla”, le ha recalado Lovochancho que no asistió a esta reunión por motivos de “estricto orden personal”, como le gusta decir cuando, según Kantoborgy, le hala más estar en las colinas venusinas de Adelaida Matute. La gracia del animal andino, apenas dos horas después de haberse apeado de Rocinante al alba, está latente a cada paso en los musgos pardos del suelo, en los hongos y sus formaciones cual conchas marinas, en los líquenes, en las mariposas amarillas de filos plateados, en las manchas de diminutas gencianas de flores fucsias, en las almohadillas verdes festonadas de margaritas, en los abejorros negros con cerdas blancas balanceándose en espigas doradas, en los mirlos enormes dando zancadas y saltos agresivos como lagartos reyes del jurásico. Es otra aurora en diferente montaña la que palpa merced a su terquedad de romper en dos la semana del ejecutivo, estos son los miércoles de un ensayo para volver a vivir dentro de la naturaleza silvestre, tantos años lejos de los paisajes rústicos

de la infancia y ahora asimilando este planeta como lo podría hacer un extraterrestre.

Kantoborgy realiza progresiones ascendentes, viene sufriendo el macuto *ochomil* en la espalda como parte de la rutina de ejercicios que le exige el oficio de libre escalador dentro de lo posible. Él es su propio entrenador, y es el sujeto que enfrenta retos espontáneos a la hora de hacer paredes que se presentan inexpugnables. Prescinde de asesores que ayuden a conformar un plan de entrenamiento científico para enfrentar los rigores de lo original desconocido en la zona de la muerte himaláyica, aunque deja que el deportólogo M. Puertas lo revise cuando lo engancha con el aliciente de tomarse una botella de vino *Caravasar*, “vente a mi consultorio de paso que abrevamos del elixir de Omar Khayyam, ¿qué me dices?”. Una invitación así le viene irresistible en sus ralas visitas a La Medusa Multicolor, la que lo halaga haciéndolo sentir extraño a ella. No hay empatía con la ciudad pujante, ahí es pasajero transeúnte del día motorizado, donde se mueve como si fuese un *Homo sapiens* que habita otro planeta Tierra, uno que gira en torno a la armonía de sus ecosistemas. Allá, en los confines del Pululahua —tan lejos y tan cerca de las masas que sobreviven bajo El Macizo del Pichincha—, respira libre del trajín de la cultura del desperdicio. No puede ser como Lovochancho, a éste se lo ve *normal* por la rayuela citadina de entresemana; ya como un elegante capitán navegando en su yate de lujo con rumbo cierto dentro del perímetro de la milla histórica, yendo orondo y silbante a por la degustación gastronómica que oferta el céntrico café Madrilón. Por contraste él, Kantoborgy, es velero como yéndose al garete en las calles y avenidas de La Medusa Multicolor, donde funge de levitador, ahí su cuerpo se resiste a volcar su peso sobre la capa de asfalto y cemento, haciendo caso omiso a ley de la gravedad.

Lester González, bien aplomado en el tapete de los negocios, nunca va a la deriva en la ciudad. Pero, tras las continuas salidas a la montaña que no las va a enumerar sino a nombrarlas a partir de este instante, está experimentando cierta ingravidez, y podría llamarle a esta marcha casi ralentizada

y a ninguna parte, *sobrevolando el mundo de Lilliput*. “Vaya que la influencia de Lovochancho se nota al momento de poner títulos”, musita acucillándose ante lo que palpa en vivo, y no en la foto gigante de un álbum. Es el *cacho de venado*, especie vegetal de alrededor de un centímetro de diámetro que forma cuernos verdes entrelazándose a flor de piso, y lo que más arroba es el paisaje diminuto que se forma de los cuernillos naciendo del lecho húmedo de gencianas violetas. ¿Cuándo?, el ejecutivo, iba a creer que se postraría así a contemplar en el superpáramo. Por una nada se queda sin todo esto, el soroche de la primera vez en el Guagua Pichincha pudo haberlo dejado sin pizca de ganas de pisar otra montaña, pero se acomodó a la situación y la resolvió bien bajando al valle de Lloa. Halló el letrero que le dijo “por aquí está el sendero que te corresponde en la altitud, y para eso es lo que te trajeron esos dos montañeses-montañeros”. Supo tomar decisiones merced a la capacidad que aún tiene de gozar una caminata. Es LG confundido en multitud de jardines diminutos, entre las colinas y lomeríos que hacen la base de los picos nevados”.

Kantoborgy, para subir a donde le es menester subir, no requiere del servicio de coordinación satelital que oriente sus movimientos bajo la inmensidad de las montañas de Gea. Su ambición por hacer cumbres, casi desnudo, lo ha llevado a soltar lastre hasta reivindicar ese sueño que le viene ya despierto, ser una variante del leopardo de las nieves mediante la *doble y única piel*. Conforme se aproxima el momento de ir a velar las armas de escalar al pie de las murallas del castillo derruido de Galadriel, también crece la sensación de estar a punto de culminar una época de altitud. Mientras ese ideal se materialice por fuerza del mutante que experimenta a tope sobre lo gélido, no sube con chismes que distraigan sus sentidos de lo contingente salvaje. Sólo se debe a su voluntad de ser un vividor, levanta huella a cada paso que da trepado al presente sin fin que le exige compenetración con sus límites de hombre, allí donde la muerte está presta a recordarle que por ella es un creador de sus retos. Ha sido favorecido con una libertad de movimiento sin parangón entre los amantes

de la aventura; siendo que él se escapó de ser profesional de lo extremo televisado. Merced a su invisible mecenas, se zafó de tener padrinos comerciales a quienes rendir cuentas “lógicas” de sus acciones. Tal patrocinador asomó sin nombres y apellidos cristianos, limpio del pecado original. Para su capote, a este intangible sujeto que subvenciona su tiempo mágico, le echó un nombre paradójico, *Ente Racional*. No desperdició su bagaje ascensionista volcándolo sobre crónicas escritas y álbumes fotográficos; se negó a explotar sus hazañas personales por asco de verse convertido en trofeo de lo extraordinario caído en lo prosaico mediático. Y, esta férrea defensa de una personalidad que no deja rastro escrito y visual de su tránsito por la naturaleza inhóspita, ha hecho de Kantoborgy una leyenda viva, literatura boyante en el ciberespacio y en los libros que circulan bajo formato biodegradable. No ha podido evitar que se publiquen sendas ficciones a nombre de su apuesta vertical. Lovochancho lo hace por amor al arte, lanza historias al ciberespacio por la necesidad que tiene de fabular y compartir lo suyo con el género humano. M. Puertas, no se aburre de corregir, aumentar o reducir, su cambiante libro, *Kantoborgy: la psicofisiología de lo posible en la zona de la muerte*, y lo vende bien el maldito además de ganar fama como deportólogo entre las féminas escaladoras. Se divierte con las elucubraciones ajenas sobre su personalidad, tanto que las lee a gusto durante el tiempo de hamaca en el hogar del Pululahua. Son bonitas versiones de su realidad sublimada por otros, algunas se podrían acercar a lo que podría ser él si se hubiese retratado a sí mismo. Tiene la seguridad de que si se metiese a escribir una especie de autobiografía, llegaría a inventar a otro Kantoborgy más —tal como lo hacen sus “biógrafos” —, uno tan diferente a él pero también muy parecido a él.

Lester González, en pasado miércoles, hizo una cumbre. Aunque no es para presumir de esa ligera ascensión, le provoca alegría haber estado en la cúspide del rechoncho y extinto volcán Ilaló, montaña que despide luminosidad y fresca sombra a la mansión de Lovochancho. Esta vez fue el novato quien invitó a Kantoborgy a que se una a la excursión,

pernoctando donde Lovochancho para disfrutar de su inmejorable hospitalidad incluida la celebración del retorno de la cima con los manjares de la casa, bajo la modalidad sírvase usted mismo. Lovochancho fue el de la idea de atacar el flanco noroccidental vía la caldera, por donde el hombre dice que ha subido más de cien veces y ya aproximándose a las doscientas. Kantoborgy, festejó ruidosamente la invitación a engordar en el luminoso Ilaló, pero se excusó aduciendo que para las ascensiones relámpago a la montaña mágica del matemático se sentía inhábil, lo cierto es que tenía que acudir a una cita ineludible y en solitario con los riscos del Cayambe. Para el triple-ingeniero no es un desconocido el nevado Cayambe, lo fue hace pocos meses, cuando esa cima era parte de los álbumes de lujo que adquiriría para solazarse en el tiempo de retrete. Este minuto siente la distancia real entre ver la fotografía nítida de un expedicionario motorizado y lo que es vivir andando la montaña adentro. Manuel Figuerola, para lucirse con su fotografía de *Los Andes de la profundidad*, andará los metros justos fuera de su poderoso jeep tipo tamalera, y eso le basta, consigue los cuadros perfectos de la perspectiva de la pereza, dedicados a otros ciudadanos abúlicos con alto poder adquisitivo para comprarlos, como lo era LG.

Kantoborgy se quita del peso de la mochila *ochomil*, su corazón ya tuvo suficiente de expansiones abruptas cuesta arriba. Aquietándose, aguarda que el jadeante galope de los perros llegue hasta él, ellos vienen a su encuentro una vez que dio el silbido de reunión. Ha decidido caminar relajado, “a paso de Lovochancho”, el corto trecho que falta para terminar la arista que conduce a la base de la roca cimera de Dragón Rojo. Acá arriba el vapor de la alborada se ha disipado y la testa del animal andino se incendia libre de nubes y de viento, ideal para unos largos de escalada integral en la roca tibia y seca. A Lovochancho le irritan sus explosiones de vitalidad ascendente, éste no sabe que cada vez que pica por la cuesta imagina una feroz arremetida para herir de muerte al carcelero que tiene prisionera a su señora Galadriel. “Vos, en tu hipo por atormentarte, eres capaz de llenarte la mochila de piedras y es-

pinas...”, ha dicho el matemático. “¿Y dime, si no cargo mis armas, cómo voy a enfrentar al demoniaco dragón que me robó a mi dama?”, replicaría si tuviese a su lado a Lovochancho. Pincho y Panda están en un tris de alcanzarlo, pone distancia con ellos cuando se trata de hacer sus ejercicios forzados, y éstos no lo buscan tampoco porque no encuentran gracia a esos arranques intempestivos del superalfa y aprovechan para concentrarse en las fragancias a conejo que inundan el lugar. “Con estos seres peludos es aberración ponerse serio”, aulló propinando sendas palmadas, por igual para que no se resientan, a uno y a otro can. Un raptó de amistad lobuna lo invadió uniéndose al divertimento de los cuadrúpedos revolcándose en remanso de arena, es como servirse refrescante sorbete de apio para dejar limpio el paladar y saborear el platillo estrella de la jornada: trepar ultraligero por los cuernos de Dragón Rojo, sólo con la ropa interior de abrigo, sin buriles ni cuerdas que lo aseguren.

Lester González no sabe dónde andará o por dónde trepará el gótico, de la misma manera que aquél no tendrá la menor pista del ciudadano que se encantó en los parajes liliptutienses. Tal vez Panda lo alcance un rato dado haber si lanza al aire galletas de pavo, cuando el escalador se prenda de las rocas y la dispense de su control. Hizo migas con ella desde que llevó golosinas perrunas a la salida del cerro de múltiples agujas, el Puntas, y con Pincho por fin entablaron relaciones cordiales aunque todavía el can mantiene prudencial distancia que le dice “sigue así y vamos a ser grandes amigos en futuro cercano, habrá una montaña por la que tú y yo caminaremos juntos”. En principio, Pincho, no lo quería ni oler porque el perfumado triple-ingeniero le envió el mensaje soterrado de que no quiere le ensucie la ropa de abrigo que adquirió en Europa. Según Lovochancho, la respuesta química del can fue inmediata allá en el Guagua Pichincha, alzando la pata en el primer arbusto que halló, había asentado: “...ni se te ocurra toparme repúgnate sujeto de salón, apestas a insecticida”. Los canes de Kantoborgy ahora lo reciben con visible familiaridad, les agrada el olor de su ropa impregnada con los aromas del

pajonal y los sudores de superpáramo. Tras la visita al Ogro decidió conservar las prendas de montaña que recibieron el aliento sagrado de su *Nefertiti*, y se las pone sólo para el traje silvestre. El traje de fatiga del paseante está envejeciendo con el aire de altitud, con el roce de los ásperos matorrales, y se añeja como un buen aguardiente con el cáliz de las flores. No será la *doble y única piel* que propone Kantoborgy, pero al menos es la ropa vieja que se le adhiere al cuerpo con placer. Los trajes de marca que coleccionó el triple-ingeniero para no repetir ninguno en cien días, y eliminarlos conforme entran nuevos diseños a su extenso vestidor, se vuelven obsoletos a pesar de su utilidad intacta. El abigarrado ropero, las camisas y zapatos italianos, son el acicate para el vendedor de Ecuainforme S.A.; mientras que los atuendos de caminar en la montaña son únicos y serán usados hasta que hagan flecos y haya que cambiarlos.

Kantoborgy vino a escalar por el filo expuesto de la pared, el aura de Dragón Rojo le promete acción a sus manos de hominino y pies de gato. La mañana transcurre sin corrientes aéreas de cuidado, ya se abrazó a la roca entibiándose para relajar su cuerpo y luego poder compenetrar la fuerza de cada uno de sus músculos ascensionistas con la mente del escalador, de esto se trata este juego de concentración que conlleva riesgo mortal al prescindir de seguros que lo anclen a la pared. Irá a equilibrar su hado con la naturaleza mineral, descargándose de la sensación psicológica de estar apoyado por la red del trapequista circense. El futuro posa en la cresta del gigante, lo hace respirar aires de la gran salud que posee para aferrarse a la roca. Está quitándose las tensiones que acumuló en los domos niveos del volcán Cayambe, allá probando un prototipo de tienda de altura todo-declive que le proporcionó el Ente Racional, la Grizzli 13, "la magnética", así la bautizó el capo de la biociencia porque es un dispositivo que se sujeta al piso sin necesidad de estacas, amarres y estructura metálica armable. La Grizzli 13, resultó un gusanillo de aprehensión molecular, un módulo capaz de adherirse a cualquier piso como rémora en medio de corrientes turbulentas, con el añadido que den-

tro de esta cápsula se goza de gravedad cero. Como es la costumbre del Ente Racional, primero le avisó vía telefónica de lo que le iba a enviar, y después de horas arribó a su domicilio el portento, sin manual de uso, cual se tratase de un encargo cualquiera para estrenarlo en el bosque de arrayanes. Nada de lo que provee el Ente Racional carga manual de uso, éste le da nociones de lo que tendrá entre manos, a manera del juego que un niño captaría sin complicarse con la incredulidad de los adultos. “Escúchame, chico, lo único que tendrás que hacer es halar donde dice *jalar* y la tienda sin más se desplegará, se armará y se sostendrá tesa contra el piso. Su piel es su estructura, no hay postes ni estacas porque no tienes que amarrar o asegurar nada, se planta solita y tú apenas entres en ella levitarás feliz de poder aplacar tus miedos mortales... Para empacarla deberás pulsar donde se lee *compactar* y la tienda volverá a ser el paquete rectangular de una libra y media de peso. ¿Alguna pregunta? ¿Está claro que este prototipo que te envió no dará respuestas generales sino las particulares que sólo tú como usuario las obtendrás?”.

Lester González se detiene ante el argento lepidóptero de alas de filis rosados, camuflado en el musgo gris permanece estático aguardando que pase la sombra que le quitó el sol. No anda a cargar dos o tres cámaras fotográficas con los respectivos lentes angulares, teleobjetivos, macros, acabaría histérico y odiando a los jardines de Lilliput. Preferiría nunca haber descubierto este mundo de asombroso colorido y vida si tuviese que tomar cien fotos de cada pintura diminuta que lo embelesa, sólo para sacar el codiciado uno por ciento de fotos aptas para la portada de una revista con barniz ecológico. ¿Cómo seguir hallando gracia en esos cuadros profesionales que lo engatusaban? Ha tomado conciencia de que eran meras manipulaciones de la técnica fotográfica de Manuel Figuerola, alias “el perezoso”. Sí, el predicho, es un artista de los colores y transiciones forzadas por su sed de ver lo que no ve por ser hombre que no entra a la montaña, se contenta con retratarla desde la mecedora portátil, tras la vitrina que lo protege de los accidentes geográficos. Supone que el señor Figuerola será

también asiduo del mundo marino de acuario, donde irá a ex-tasiarse con la orca encarcelada que lo divierte y dice amar, pero a la hora de almorzar no tendrá empacho de engullir ahí mismo una triple hamburguesa de ballena. Otra cosa ha sido arrojarse mientras descubre con sus pies y manos, con los poros de la piel, la montaña. Lilliput vino con las imágenes que le llenan los ojos, los que abrió sin reparos al memorioso para que guarde en sus propios álbumes la flora y fauna que nadie puede elaborar por él. LG, inauguró el día que la cámara de instantáneas se hizo biomimética, por fin se adaptó al ojo del que anda y observa alrededor, acaba de enterrar su respeto por los profesionales perezosos de la manipulación fotográfica y sus máquinas de mostrar una realidad apócrifa. Es el memorioso paseante del futuro, está guardando el mundo de lo visual matizado con los sonidos y olores de origen, después vendrá la selección natural de lo que yacerá subconsciente a la espera de tornarse fotografía consciente.

Kantoborgy fue huésped de las habitaciones del castillo que sólo a él se le ocurrió ocupar, el que sirvió para ejercer su oficio de ejecutor de la aventura que sugiere el Ente Racional (éste no le dice haz tal cosa o aquella sino “a ver si te sirve para tus ambiciones lo que te mando”). Había que probar *a muerte* —porque es la única manera de hacerlo— las cualidades de la Grizzli 13. El gusanillo magnético se mantuvo firme contra el suelo resistiendo aun el embate de vientos huracanados, fue plantado en diferentes puntos sobre la cota de los cinco mil metros de altitud del irascible Cayambe. No vio alma alguna durante las cincuenta horas y pico que se acogió a las rigurosidades invernales del nevado tropical que, envuelto en un traje plomizo, se mantuvo invisible a la humanidad habitando en los cálidos valles de la meseta andina. Ninguno de sus congéneres lo observó entrando a los cuartos superiores del nevado y tampoco nadie lo vio saliendo de su tenebrosa nebulosidad. El común de los mortales le diría que habría que estar desquiciado para ir a dormir en el vértigo desangelado de los altos Andes, y él por añadidura está en un volcán malhumorado. Por ello que nadie apuesta a que alguien lo haga a

propósito, que escoja subir al Cayambe cuando éste manifiesta a leguas su hambre de distancia con la humanidad, encerrándose en pésimo talante hacia ella, lanzando un ¡detente! a los que pretenden acercársele y repudiando de sí a los que osan aproximarse a sus escarpadas laderas. Podría haber probado la tienda sin peligro alguno en la paz de su hogar, ahí tiene unas pequeñas rampas artificiales con la suficiente inclinación, las que escalan los canes para mantenerse en forma y adquirir habilidades divirtiéndose a la vez. Sin embargo, para él es ineludible que los riesgos se tomen en la naturaleza rugiente y palpitante, si no dónde está la aventura y para qué se tomaría la molestia el Ente Racional de confiarle la manipulación de semejantes inventos, los que no están a la venta en mercado alguno, los que sólo se crean para un *loco viviente*.

Lester González conoce la saga de Dragón Rojo, la que escuchó de radio-libre Marañón. Esa fábula aquí, en las estribaciones medias del coloso, es materia palpitante, la saborea con deleite conforme se adentra en ella. Idos los vapores del rocío del amanecer, alza a ver a los cuernos del animal brotando lustrosos, humectados. Qué hermoso y temible lo adivina al Dragón Rojo de ayer, cuando éste se creía llamado a rivalizar en poder y gloria con su pariente Aleph Dark, pero a la hora de actuar se petrificó para no sufrir la decadencia de los Dragones Guardianes de Gea. Dragón Rojo, tuvo su momento para ser un líder heroico, mas renunció al dolor que implica vivir luchando y asumió esa pose fotogénica entre las montañas del nudo de Tiopullo. Esta suerte de inmortalidad mineral de Dragón Rojo, derivó del recogimiento de Aleph Dark en la Antártida, donde se refugió a rumiar desesperación por la desaparición física de su amadísima consorte, Pangis. El mutis de Aleph Dark, coincidiendo con la coyuntura planetaria del *Homo sapiens* en apogeo, trajo el desmadre de sus subordinados, los guardianes de Gea fueron arruinados por los imagólogos. “Mentes privilegiadas han sido arruinadas por la imagología, lo digo en base a mi propia experiencia”, masculló preparándose a recibir a los canes de con una carcajada de triunfo. Pincho y Panda se han unido a él, mejor dicho el po-

der olfativo de ellos fue a su encuentro y ya no es únicamente Lovochancho el que es privilegiado con la magia canina. Vino preparado para responder a una cortesía así, los agasajó con sendas galletas de pavo, atreviéndose a que los perros las tomen de su mano, y lo hicieron con suma delicadeza.

Kantoborgy comprobó la adherencia de lapa de la Grizzli 13, primero lo hizo en un desnivel benigno, fue delicioso: dentro de ella orbitó calentito, desnudo, como en el planeta de los sibaritas. ¿De qué manera se lo explicaría al ufólogo Duvolosky? “Verá, profesor, estar en el interior de *la magnética* es como yacer con la divina ausente en una burbuja de amor, y añádale la música de agua fósil corriendo”. El siguiente paso fue plantar la tienda en una repisa mínima a mitad de la rampa de hielo que era en sí un tobogán liso; de ahí, a las fauces de la sima, apenas le quedaban segundos de vertiginoso descenso. *La magnética* se aferraba a cualquier grado vertical como geko, pero había que controlar el pánico del usuario, y sólo se trataba de eso, el reto era creer en su molecular adherencia. El *loco viviente* no estaría en la cresta del dragón si la Grizzli 13 se hubiese deslizado al abismo a velocidad de suspiro. Sus experimentos en las alturas no dan chance a corrección alguna, es la vida a borrador que no tiene enmienda; tras el minuto que le tomó convencerse de que no caía y que era el planeta entero el que giraba con él encima, soltó las amarras psicológicas para retozar cual gato panza arriba flotando en su madriguera. Más que despierto, en sueños, le viene de repente cierto estremecimiento por su existencia exagerada. Está hecho para ser un futuro desaparecido en acción, ¿dónde?... Sólo él sabrá del punto indomeñable del planeta Tierra donde se esfumará Kantoborgy, y ha sido precavido, ya hizo testamento.

Las galletas de pavo que Lester González le dio a Panda fue un abreboca, ella rastrea en la vegetación leñosa el aroma a roedor que ceba el deseo de masticar carne palpitante. Panda, liberada del círculo del superalfa que le exige que todo cobro lo deposite en sus manos, no reprime la gana de engullir conejo sin pedir permiso a nadie. Ella sí gusta de un vegetariano salvaje; no se inhibe de paladear carne fresca

cuando tiene ocasión de hacerlo, atendiendo el llamado atávico del carnívoro que está lejos de rendir tributo a un capricho, al fin devoraría lo que le tocaría equilibrar para que no se torne en plaga. Pincho, si bien es campeón de rastrear humanos extraviados en la montaña, no se esmera como cazador y le place seguir pistas aquí y acullá; tal vez por su rango de alfa dominante aguarda que sus subordinados cacen por él y le entreguen el producto que brindó la naturaleza. LG no tiene mando sobre los perros de Kantoborgy, ellos se manejan a su albedrío. Carece de la dentadura y quijadas potentes del cánido, si así fuese le apetecería más servirse liebre cruda con los aromas y sabores propios de la montaña que el manipulado *conejo a la belga* del café Madrilón, donde es macerado en cerveza y finas hierbas. Aprovecha que los canes han puesto distancia con él para acomodarse a la sombra de menudo árbol leñoso de formas hercúleas, el piso de fina arena se amolda a su cuerpo, y el desayuno campero que trajo en la mochila infantil le viene fastuoso. No hay rastro del vaporoso amanecer, el ambiente está seco y despejado. Sus ojos van configurando dioramas de lejanías volcánicas que orgullosamente puede nombrar porque ya ha caminado por ellas. Dirigiéndose a las faldas del Sincholagua, cree distinguir algo de las dunas de Krizofilax Equinoccial, donde en breve será conducido por los montañeros. La oblonga calavera del volcán nevado Antisana lo saluda enviándole instantáneas del paseo que hizo a sus pies. Clavado al norte se perfila la pirámide del Cotacachi. Trepado sobre la línea equinoccial, sobresaliendo del pupo de Gaia, aparece el volcán Cayambe, límpido, irreconocible con la sonrisa primaveral que le negó cuando anduvo enfundado en un traje de invierno boreal por sus jardines. “¡Hola, hola, taita Cayambe, no te vi la cara entonces pero ahora te veo!... ¡Oh, agosto Cíclope, Cotopaxi, estás tan cerca de mí que es necio abarcarte con los ojos!”, saludó a usanza de los caballeros góticos.

Kantoborgy, exento de cuerdas y cordura, ha llegado al ápice del cuerno más prominente de Dragón Rojo. Desde lo alto sostiene la mirada sulfúrica del Cíclope, o mejor debería

de decir parafraseando al Aqueronte “las miradas de demonio del doctor araña”, por los ojos que se le están abriendo en todos los frentes al coloso. Lo cierto es que el Cíclope le devuelve guiño cómplice, recordándole que se aproxima, a vuelo de dragón enamorado, la cita con las ruinas de Galadriel. Para el reto que tiene con el Annapurna, es que está aquí practicando el sigilo del leopardo de las nieves, y así no ser detectado por los agentes de enlace nativos que registran los movimientos de los himalayistas, y, tal como lo hizo en el Cayambe, si sale ileso de ahí, también se retirará sin que humano alguno se haya percatado de su incursión. Para entonces, y cuán cercano está ese entonces, ¿qué portento biomimético le tendrá preparado el Ente Racional?, debe de ser algo que se asemeje a la *doble y única piel*. ¿Será que él está trabajando secretamente, ¡vaya novedad!, con sus secuaces de la biociencia, en hacer real el más caro sueño de Kantoborgy: la *doble y única piel*? Desde la aparición del Ente Racional ha venido inmerso en una sucesión de fenómenos personales, pues, las invenciones que le han sido entregadas por esa eminencia que nunca ha visto ni verá, parecen frutos de su propia creación de hombre sumergido en los misterios de Gea. El equipo y víveres encapsulados que le es remitido como si se tratase del entrenamiento para una expedición a Encélado, la luna de Saturno que potencialmente ofrecería el menú de la vida, son portentos que el profesor Duvolosky reivindicaría como parte de la tecnología extraterrestre. Deduce que lo que ante sí se está negando el bonachón ufólogo es la capacidad de asombro inmanente a un vividor, si éste pudiera relacionar que el milagro de una biosfera prístina se encierra en el hecho de que no ha sido levantada por el ser humano, tomaría conciencia de que tiene un mundo que puede descubrirlo como si fuese él, Duvolosky, un espacial maravillado. Kantoborgy vino el contacto aéreo con Dragón Rojo, no llegó con pretensiones de practicar hazañas, pero es una roca que se presta para que el escalador ensaye concentración y rapidez. Podría decir que la apuesta se le presentó fácil, la piel del monstruo está seca y prensil, el aire es tibio y no corre, mas lo sencillo también trae consigo riesgo mortal, los únicos

seguros son los que ancla su integral mente-cuerpo en la pared. Si caía hubiese perecido en el acto. El descenso lo hará por desniveles aparentemente inocuos, aunque no deja de portar el *calmante definitivo* en el diminuto bolsillo de su licra, junto a las cápsulas del buen beber y yantar. ¿Qué sorpresa le deparará el menú gastronómico del día? ¿Acaso se despachará con *cabrito a la buena mujer*?

Lester González ha dado con el vallecito que conforma las líneas poligonales de Dragón Rojo, quien enseña los cuernos azabaches contrastando con su rostro sanguíneo, marmoleado, esculpido en la edad que escogió para ser paisaje en vez de un héroe. Viendo desde esa perspectiva la cosa, parece que Dragón Rojo hizo lo que le convenía en la coyuntura de ayer, siendo que si él no se sentía capaz de controlar a “los cinco grandes fonomímicos” —como los menta Olegario Castro a los dragones que se alienaron con el perioverborreismo—, hubiese caído también en la estupidización, podría decirse que su debilidad lo salvó de ser parte de la curiosidad efímera. “Si alguien quiere servirse del menú *devastación espiritual y desolación terrenal*, favor diríjase a las muchedumbres parlantes del Antropoceno”, rezaría un aviso en la biblioteca universal del mañana. ¿Cuál mañana? El mañana que consagre el amanecer de los jardines volcánicos; el que haya dado viada a los aromas de bosques añejos y a los sonidos de riachuelo conduciéndose al río-mar; el de una aurora de cañadas recónditas haciendo el festín de conejos y lobos. El mañana de los santuarios del planeta donde penderá el consejo fundamental que no se podrá pasar por alto: *Caminante, ocúpate de lo tuyo fuera del rango sensorial del prójimo*. Dragón Rojo luce soberbio, se muestra satisfecho, como si guardase en las entrañas de su mole maciza el tesoro de su linaje millonario; los ojos llameantes del reptil se embriagan con el florecimiento del valle a sus pies, retozan en lo diminuto. LG, aunque no tocará nunca la piel áspera del rostro del gigante andino, siente que sus poros se nutren con las vitaminas que lo llenan de rubor matinal. “Cómo será eso de la escalada libre”, se pregunta alto, abismado ante la imagen que se le viene de Kantoborgy reptando en la roca cimera

cual Voivo de Drácula. Es jocoso dibujarlo así, pero a la verdad es que las únicas herramientas que porta el andinista son sus pies y manos evolucionadas. ¿Evolucionadas? Mejor será decir, en adelante, que Kantoborgy usa las herramientas del mutante; lo presiente así pero nunca dará fiel testimonio de ello porque jamás sus ojos observarán al escalador en acción sobre una pared primordial. Los canes otra vez lo alcanzan y él de nuevo no reprime su gana de halagarlos con galletas de pavo, son pequeños placeres que ambas partes se dan mientras el extraño superalfa se olvidó de ellos. “Cada quién hace su montaña”, repicó alegre con los perros dando vueltas a su alrededor, pastoreándolo. Está aliviado porque tiene que regresar por una trocha visible, no quiere experimentar a perderse abriendo nueva vía por el espinudo follaje de las *achupallas*. Del camino que escogió brota la sinfonía freática de la cordillera. Durante el lapso que el hombre terrestre dejó de serlo para encarnar al hombre aéreo, sus perros jugaron en el hábitat del hermano lobo. ¿Quién sabe?, al recuperar el gusto de pasar sangre fresca de roedor por sus fauces, imaginen que van a formar una subespecie salvaje, lobos de pelaje negro matizado con manchas de fuego en la máscara y cuello leonado, y en las faldas de Dragón Rojo vendrían a residir canes híbridos que con el correr de los años le darían la bienvenida a LG, o mejor aún, se lo tragarían.

BAJO LOS CIELOS DE ALBERTINA

Los montañeros tienen ante sí el fresco albur del superpáramo perlándose, bañado de verdes renaciendo de la escarcha. El gran angular humano se posó sobre el danzante pastizal, y en los barrancos azulados que en su base se adornan con llameantes manchas de árboles artríticos. Tenue vaharina trepa por la cañada que aún conserva la muestra de lo que fue el pasado esplendor del bosque primario andino. En lo alto luce uno de los pasatiempos del monte Paschoa: la diletante cumbre gorda. La niebla cubre el sur de la urbe capitalina a los pies del monte Atacazo; los valles interandinos han sido salpicados con la viruela de la contemporaneidad, la basura palpable y la que transformada en gases envenena la atmósfera y acidifica los océanos. Están inmersos en un presente de briznas de hierba cubriendo el collado donde se asienta la loma *Duvolosky*, y desde allí vislumbran el futuro: la arista que conduce al pie de la roca cimera.

Kantoborgy se acogió a la suave vía oriental hacia la dentada caldera del Paschoa, por eso de sacar a pasear a los canes y de paso alternar con Lovochancho, su viejo compañero de travesías volcánicas, ya que no fue ni será cordada en las escaladas de rigor de la pared del *loco viviente*, donde prescinde de la lógica y los seguros artificiales. Y a esta diversión mamífera de los miércoles se les ha unido, ¡otra vez!, Lester González, quien viene sorprendiendo porque ya no tiene que haber una invitación de por medio para que salga con ellos al monte. Con esta voluntad que tiene LG, de semana tras se-

mana restaurar su lado prístino, va opacando al ejecutivo de Ecuainforme S. A., un sujeto que hacía caso omiso a la invitación sempiterna de presentarle a la montaña que él puede construir. El hombre que era reacio a paladear los sencillos placeres del existente, o como dice Lovochancho “las pequeñas felicidades de la altitud”, se viene apuntando a sentir la montaña sin que se lo presione y con las suficientes horas de antelación a la partida. “Hazme el favor de incluirme en tu próxima salida de engorde...”, dice LG poniendo énfasis en lo de *salida de engorde*, añadiendo su propia connotación jocosa. Y el triple-ingeniero madruga los miércoles para algo inédito: vivir lo que no le facilita la paz para los atareados que dicta el maestro Rabibuchi.

No se sabe con estas mañanas de invierno ecuatorial que acumulan nubes para soltar chaparrones y granizo después del meridiano. Si el clima lo permite, los montañeros podrán abarcar la figura paternal del cíclope Cotopaxi, al sur; y, tras del incandescente gigante, la pirámide parda del hermético Ogro, el Quilindaña; en tanto a oriente ya se muestran fúnebres las ruinas estratovolcánicas del pico Sincholagua, a la sombra de la enorme cabeza oblonga del níveo volcán Antisana. Kantoborgy, regresando a mirar atrás, enfoca nítidamente a Lovochancho y Pincho, en realidad están en un tris de alcanzarle. Una de dos, o ha volado el matemático o él casi no avanzó junto a la joven perra Vaty. Supone que ambas situaciones se podrían dar en la *Montaña de Barro* (denominada así por Olegario Castro, gurú del reino del sexto al séptimo grado de dificultad vertical, en la roca y el hielo de Los Altos Andes Ecuatorianos). Tan cierto es aquello que no tiene más que hacerle la cuestión obvia a Lovochancho, quien se siente halagado por la posibilidad de que esta mañana esté tan rápido como el leopardo de la nieves. Entretanto, Vaty y Pincho se entregan a rudo coqueteo aprovechando la ausencia de la feroz Panda, que no hubiese permitido esos avances sensuales de la doncella en el macho dominante.

—¿Has estado veloz, Lovochancho, o yo vengo dando pasos de hombre rumbo al cadalso?

—Quizás hoy yo esté dando zancadas de Gulliver atrasado a una cita de amor con Adelaida Matute.

—¿Dónde dejaste a Lester?

—Antes de bordear la loma *Duvolosky* mostró sus espaldas de correcto ciudadano bajando a los senderos que lo engolosinan. Torné a mirar por si nos seguía y lo pillé en su media vuelta a sus sueños de *La nueva Era*.

—Lovochancho, te seguiré repitiendo que es un triunfo haber sacado a nuestro triple-ingeniero de su torre de marfil.

—Sólo el hecho de que tome conciencia de que está vivo en mitad de las montañas es una señal de adelantamiento precoz, no hay duda.

—Aunque tenía ganas de que llegue a este collado para poder bautizarlo en su presencia como *Lester González*. No te parece que es un honor para el que este bello paraje lleve su nombre.

—Prosigue, Kantoborgy, nada nos impide llamarlo “Lester González” a este bello lugar, de hecho procedimos así con la loma que nombramos hace ¡fu! en honor de *Duvolosky*; y sabemos que el ufólogo jamás la pisará ni vera de lejos siquiera.

—Bien dicho, vamos a darle nombre y apellido a este collado. Pero antes hay que resolver un asunto que hemos dejado pendiente años, y es que debemos hacer justicia inmediata al *Aqueronte* por su fallida ascensión y ponerle su nombre al collado nororiental del Rucu Pichincha. Podríamos resolverlo aquí y ahora, ¿qué me dices, Lovochancho?

—¡Aprobado! Considero esto un acto de estricta justicia con *Aqueronte*. A partir de esta hora mañanera, el collado del Rucu Pichincha que nunca holló el predicho, se lo denominará como *Aqueronte*. Aunque lo correcto habría sido bautizarlo así en el sitio y no a la distancia, pero dado el momento y puesto que no volveré a poner pies en la kilométrica vía de la boa, sellemos esto sin más trámite. Pronto lanzaré la nueva en el ciberespacio de Bipedos Depredadores.

—Y en cuanto al nombramiento de este collado, de una vez aprovechemos la coyuntura y queda inmortalizado como *Lester González*.

—Se lo merece, sí señor, el hombre ha hecho mucho despabilándose en la montaña. Ergo, llámese este collado, “Lester González”.

—Bien dicho, Lovochancho. Aqueronte ha sido bendito esta mañana y, en proporcional medida de lo bello volcánico, también lo fue el Chico Silencio de San Antonio de las Aradas.

—Santificados sean en este punto herboso, bajo los cielos de la Albertina que aún no veo, ese par de cuervos endemoniados.

Lester es ya una ficción descendiendo por sus propios grados de conciencia. Barrunta Lovochancho que ellos dos también serán una ficción mutua subiendo a no se sabe dónde de sus conciencias. Apenas reinician la marcha que pondrá la debida distancia entre los montañeros y, Pincho, irrumpe con sus ladridos, viene cargando un afán de persecución que le trajo el viento a su olfato y solicita la venia del amo para adelantarse por el pastizal. Kantoborgy le devuelve una mueca condescendiente de haz lo que te pide tu perra gana, y, extendiendo su brazo hacia el infinito del conquistador de lo inútil, le concede el ansiado *voraus* que desata el impulso de presa canina. Esta zona viene a ser franca para Pincho que, desde los cinco meses de edad, la ha ido guardando en su memoria olfativa; podría decir que por estos lares transcurrió parte de su educación básica de cachorro a joven, y parte de la posterior especialización en can de rescate. “Sí, galopa... y llévatela contigo a la joven Vaty para que aprenda de tus dones innatos”, aulló Kantoborgy.

Lovochancho goza con el arranque instintivo de Pincho, lo ve hundirse en los verdes y amarillos del pajonal, mimetizándose ahí como lobo al acecho de una presa mayor. De regreso a andar en el silencio meciéndose al son del plectro de la vertiente nororiental del Pasochoa, medita en que podría desarrollar una historia con aires kafkianos, algo que titule, *Un artista del nombre*, y de paso rendirle honores al relato leído, *Un artista del hambre*. Hasta tiene ganas de hacer un esfuerzo extra y alcanzar a Kantoborgy para decirle: “Tú me acabas de

dar la noción de lo que sería la sentencia introductoria de una historia no comenzada todavía, a modo de aperitivo para acceder a un banquete de murmullos bestiales: *Así como el estilo es el hombre, el título es la novela*".

Pincho ha encontrado la aventura que prometió el viento a su especializada nariz. Fue a por el toro de lidia que resalta solitario, que es lustrosa negritud contrastando con espigas bamboleándose, que es la forma soberbia que conquistó su libertad enfrentándose a la espada del *matador*. "El bicho", así lo nombraron los caminantes bípedos apenas, a golpes de luz, fue conformando su trapío ante su visión angular. Alguien dirá que lo vio como uro herido parándose tieso, ebrio de coraje, ante el fusil que lo remataría en el sangriento tendido. Alguien dirá que así se plantó después de haber sido toreado magistralmente por su amante-enemigo, segundos antes del indulto que llevó al delirio a los que conocen y no conocen de tauromaquia. Un aficionado al arte del engaño, trémulo de emoción, les daría testimonio de lo que vio en el coso: "¡Es como para repetirlo sin fin, qué tarde aquella, Kantoborgy, Lovochancho!... *El bicho* (ese que lo tienen pastando en los confines del collado *Lester González*) se cuadró a la muerte majestuoso, y la muerte se estiró hermosa con la mirada fija en los pitones. ¡Indulto, indulto!..., clamaba el respetable ebrio de inmortalidad, y, aun el amante-enemigo, bajó por instantes el estoque para regresar a ver altivamente al balcón de las autoridades de la plaza. Todo esto transcurrió en un minuto, o como ustedes bien dicen, pudieron haber pasado años o siglos, antes que suenen las trompetas del indulto, y el respetable prorrumpió en aullidos de alivio y júbilo cual si él hubiese sido al que le perdonaron la vida...".

El bicho está en usufructo del ocio incesante de su retiro, es semental de vertiente andina que posa para el óleo de los andantes que han tenido la fortuna de descubrirlo, pasó a ser mítico ante los ojos que lo observan. Atrás quedó para él la bravura que duele en el tercio de varas y banderillas; su imponente soledad está fuera de la suerte del rebaño, cual, sin pizca de gloria, va a ser consumido por comensales omnívoros.

Vaty dejó de galopar junto a Pincho, se pasmó antes de alcanzar la zona de seguridad del toro, quedándose agazapada fuera del escenario donde se batirán los duelistas. *El bicho*, se dispuso a dar una lección psicológica al atrevido can, creyó le bastaría para ponerlo en retirada con hacer el amague de atacar bufando y escarbando el suelo con las pesuñas de sus manos. En primera instancia el can le vino fácil con su pequeñez carnívora; éste ha saltado a su encuentro desnudo, sin ayudantes ni picadores ni banderilleros. Empero, su instinto batallador, supo avisarle que tenía entre cuernos a un lobo alfa de cuidado y no se equivocaba. Pincho, aventajado en el arte de pastorear, no es suicida temerario sino un predador entusiasmado por tener frente a sí a una presa de grave porte otoñal; con ese rival de quilates puede y debe ejecutar una faena magistral que deje boquiabiertos a los espectadores visibles como son sus compañeros de excursión, y a los invisibles como el cóndor que se ha acomodado en lo alto para observar esa extraña interacción entre mamíferos. Amén de ganarse el respeto primará lo genéticamente importante para el alfa dominante: la futura disposición de la núbil Vaty a dar continuidad a su estirpe. Pincho, emulando en su donaire a un ave del paraíso, corteja a la doncella mostrándole el valor inherente a su prosapia.

El bicho arremetió contra el can que lo invitó a batirse; una vez que dejó de lado hacer fintas, la apuesta se transformó en juego de vida y muerte. Kantoborgy entendió aquello cuando ya era tarde para lanzar el comando que corte la acción de Pincho, lo máximo que lograría es distraerlo de su tarea, siendo que este rato lo que más necesitaba era de concentración para hacer el quite al toro de lidia que partió a cornear al retador. Pincho, mediante quiebres felinos, hizo que *El bicho* se vaya en banda, y pase de largo sin que le roce un pelo, exagerando se dirá que toreó a centímetros de sus astas. Kantoborgy, recuperando confianza en las habilidades del can, no pudo reprimir su algarabía y prorrumpió en loas a la faena que acarició la perfección. Pincho supo poner un detente a la muerte que se acomodó en la contrabarrera de Lovochancho para disfrutar

del lance. Cuadrándose, cada vez más cerca el uno del otro, a los contrincantes les daba lo mismo vencer que ser derrotados: la gloria se había quedado con ambos. Vaty, sentada al costado del superalfa, intuyendo que la lid entraba en sus postrimerías, y los dos luchadores habían hecho un acuerdo tácito de ¡basta!, quiso arrancar en favor de la honra que nunca persiguió, quiso porque su amo la retuvo ante sí, “quieta, manceba, que tu instante de gloria está todavía por arribar”.

Albertina, desde el panorama ubicuo que tiene el cóndor, sin haber sido detectada disfrutó del higiénico lance entre el lobo y el toro, se llenó de admiración por los mamíferos que dividieron honores. Ella no es sobreviviente heroica de una faena en el coso o de una batalla en el collado “Lester González”, como lo es *El bicho*; ella es individuo de una especie en extinción. Albertina ha visto con esos ojos y olfato para encontrar mortecina a grandes distancias que entorno al Pasochoa se genera abundante vida animal, predominando los bovinos que rara vez le heredan su carroña y los bípedos implumes que jamás le han hecho probar de su cáscara yerta, pero a sus congéneres apenas los sabría enumerar con los dedos de sus garras. A pesar de verlos tanto y a tantos de estos seres terrestres en las cercanías, sigue curiosa por algunos de ellos que no le vienen vulgares. Tiene en la mira a los bípedos implumes que se hallan haciendo la travesía de la cumbre gorda a la roca cimera, los revisa detenidamente a ver si reconoce en su humanidad algo familiar, tal vez un chispazo de su primera juventud. Ella desciende con candidez, sin preocuparse por estar a tiro de escopeta de la especie que diezmó al cóndor. Se deja caer y como fuelle repasa rasante la testa de Kantoborgy, quien, sorprendido por ese grato viento que lo rebasó, alza a ver para encontrarse con la silueta de su vieja amiga, descubriéndose la gorra la saluda con sobria reverencia, fuera gritos y aspavientos, esperanzado en que Albertina lo ha identificado tras larga temporada sin encontrarse en lo alto de la *Montaña de Barro*.

Albertina es visitada por el instante que trabó el primer golpe visual con Kantoborgy, cuando ella recién aprendía

a volar y era adolescente desgarbada, pichón de ave gigante dando saltos sobre el risco, tomando voluntad y confianza para embarcarse en una corriente de aire caliente, y volar por cima de las montañas. Entonces se hallaba inerme al filo de la caldera del Pasochoa, toda envuelta por niebla mañanera que nacía del sudor del lecho boscoso, frente al abismo de ochocientos metros verticales. Ella abría y cerraba sus alas, aguardando el segundo propicio que la eleve por los cielos, liberándola del terror atávico de caer como piedra.

Kantoborgy también es visitado por el primer contacto visual que hizo con Albertina, cuando ella vivía el momento decisivo de un ave virgen: volar o no volar. Este instante le viene renovado el hallazgo del pichón de cóndor, con el sabor que tiene la intempestiva aparición de ese ángel andino. Aquel amanecer estaba descendiendo con su campamento empaquetado en la mochila, envuelto en espesa nube, por el escalón rocoso que hoy lleva el nombre del cóndor que estaba por lanzarse a planear sobre los picos nevados. Había dejado el musgoso techo del Pasochoa, luego de apacible noche de vivaque al amparo y sombra de reumático árbol. Bajaba con el sol naciente evaporando para evitar apoltronarse en la vista opiácea del retazo de bosque primigenio cubriendo la vertiente occidental. Esos verdores entrelazándose con los efluvios de elfas de bosque oscuro lo extravían, tiene la sensación de estar hecho para volar y de ahí al deseo de precipitarse en las fauces del abismo arbolado sólo hay un paso. Así van arribando los cuadros que dio lugar a una amistad de altitud con el ave en ciernes, desplegando sus alas tiernas aún para ser el símbolo patrio. “Ella y yo somos bípedos en peligro de extinción”, le había dicho Olegario Castro que, a su vez, trabó relación con Albertina en otro tiempo.

—Aquí estamos Albertina, ya eres el solitario cóndor volador que presta su imagen al escudo nacional. Nos hemos reconocido antes de que se esfume tu hermosura alada y que se apaguen estos ojos de hombre que te ven —musitó Kantoborgy, relajando los músculos faciales y moviendo sus brazos en aspás mientras ella se fue a dar la vuelta a la cumbre gorda.

—¡Conque esta bella señora es la que ha dado cuerda a la saga de radio-libre Marañón, *Bajo los cielos de Albertina...*!
—exclamó Lovochancho alborozado.

Albertina se esfumó del gran angular de los montañeros, mas ella los vigila imperceptiblemente con su portentosa vista. Los caminantes avanzan sobre la nivelada travesía entre el pie de la cumbre gorda y la base del pico cimero, lo hacen con morosidad. Kantoborgy ha tomado el paso de Lovochancho en aras de permanecer alerta al retorno del cóndor. Pincho, merced a su cabal demostración de tauomaquia, viene embelesado con los mimos que le prodiga Vaty. Lovochancho asume que esta es una de esas raras ocasiones en las que como invitado a una “escapada de engorde”, no anda distante e invisible con Kantoborgy, aunque ambos continúen por separado sus respectivos monólogos ascendentes. La aparición de Albertina hizo que el movimiento del grupo humano-canino se ralentice, como si todos estuviesen a expensas de que ella los meta en acción otra vez. Al cóndor le ha entrado curiosidad por los canes, y, de repente, bajando de las alturas, posa su impotente sombra en tierra, volando rasante sobre la testa lobuna de Pincho, iniciando su propia apuesta con el torero. Pincho se abalanza sobre la sombra sin alzar a ver, entretanto Vaty se pone a buen recaudo junto al superalfa.

—Si ves, Lovochancho, lo bandida que es Albertina.

—Ha sido sustanciosa esta mañana de engorde, toros de trapío, perros toreros y cóndores curiosos.

—Ahí tienes, valió la pena madrugar. Y vos que me regateabas la hora de salir con eso de que eres ave diurna y no ave nocturna, que si Adelaida te cae a la tardecita vas a estar flojo de piernas y tullido de espíritu... ¿Qué sé yo de tus manías de matemático?

—¡Por Gea, mira vos lo que se perdió nuestro ejecutivo de Ecuainforme S.A.! Albertina se encaramó en una corriente de aire caliente, subió como cohete de propulsión térmica.

—No te aflijas, es muy probable que él también la vea. LG nació para descubrirse en los jardines benignos de la mon-

taña. Lo que le debe importar es encontrarse a sí mismo por el sendero que le recomendamos se pierda.

—Bueno sería que volvamos a toparlo sumido entre nubes cargadas de líquido amazónico, podría ser bajo esas que se están reuniendo en lontananza, preparándose para el chubasco que hará de toda esta montaña un mundo saponáceo.

—Con esta aparición de Albertina, me has contagiado tu vocación lovochancesca y sólo tengo ganas de echarme sobre este colchón de espigas. Mientras la mañana siga siendo una invitación a tenderse a la sombra desplegada por las alas del cóndor volador, me resigno a que me contamines con tu relajamiento. Así como Sancho acabó pareciéndose a don Quijote y éste a Sancho, quiero apoltronarme como lo haces tú cuando te viene en gana hacerlo. Hasta Pincho acabará aceptando que es vano luchar contra una sombra que se diluye en el viento, y se unirá al recogimiento de la manada, antes de que la tempestad nos quite la gracia del vaivén de Albertina. Con tu permiso, Lovochancho, voy a sestar.

¡No arrojes basura LG!

Lester González desciende por el silencioso sendero que le recomendaron se pierda. Ha entrado en un ensimismamiento que podría denominarlo “el embrujo de los miércoles”, donde prosigue el soliloquio en medio de la melodía de vertientes volcánicas bajando a dar de beber a los fértiles valles. A su paso continúa titilando el aviso con el mandato ¡No arrojes basura *LG!*, como si el letrero se hubiese multiplicado para que él advierta la diferencia entre respirar por una trocha libre de desperdicios sintéticos y lo que es distraerse en calles, avenidas y rutas con cunetas anegadas de excremento industrial. Algo se habrá perdido por no haber ido tras los ascensionistas y sus canes; pero está ganando más con la porfía de hacer lo que él puede hacer, para exabruptos tuvo suficiente

con la expedición comandada por Aqueronte a las lagunas del Compadre. No obstante, esa desventura fue providencial para reivindicar el olvido ante la memoria fotográfica que lo había encadenado al mundo insensible, de esto ya le empezó a dar cuenta a Lovochancho que lo traducirá en una crónica inventada, y cómo no va a hacer una ficción si la rescata, “en serio”, después de tantos años.

Alza a ver, te observan

“¿Qué hay, qué hay...?”, interroga alerta escrutando en el cielo, tratando de ver lo que ofrece ese remanso azul flanqueado por torres de nubes cremosas. Y, oh sorpresa, lo que hay es un cóndor conteniéndose en el agujero azul, no tan lejos porque es capaz de distinguir su figura aerodinámica. Y siente que se está bajado más aún para brindarle a sus ojos imágenes impagables. “Es enorme, y está muy curioso con LG, me está mirando fijamente, no es una alucinación y voy a sufrir tortícolis si no me echo a contemplarlo cara al sol”.

*Esta es tu senda sin edad;
es tu hora inmedible, sin
temor a la muerte porque
vives.*

“Son letreros inteligentes, sensibles, hacen seguimiento del estado psicofisiológico del andante... Qué es el miedo a la muerte sino el no haber vivido. ¿Qué es el tiempo astronómico? Es el invento que nos mete con tirabuzón pánico a la muerte”, musita el hombre que no es un enfermo incurable como podrían haber supuesto sus amigos montañeros, los que ya lo tendrán por convaleciente. El enfermo total no se da cuenta de que podría estar más vivo que nunca, por eso no ve

estos avisos divinos en su camino junto a la muerte. Sufría una dolencia aún combatible, de ahí que estos mensajes son para los que tienen capacidad de reacción. *Un proyecto de vida*, aquello que les encanta decir que tienen entre manos a los doctores que se animan con las enseñanzas de Rabibuchi, no le llega sólo porque lo sirven en el hotel Sancho, cinco estrellas.

¡Oh, alma irreductible!

Lo está descubriendo en estos senderos montañosos, LG presentía lo que debía hacer, pero subyugado por el ansia adquisitiva del triple-ingeniero rechazaba esa visión del futuro. Aquí está determinando ese mañana: cultivar lo silvestre sin restricciones, comer y beber de *La nueva Era*. Se estremece porque ha sido consecuente con su fin recóndito, todo el billete que hizo será para gastarlo en el campesino de subsistencia. LG está haciendo cosa similar a los dos de arriba; a Lovochancho, las aplicaciones de las matemáticas puras en la estadística, le proporcionan el dinero para hacer de las montañas una contemplación jugosa. Y, el señor Kantoborgy, no puede ser más inquieto de lo que es merced al favor de misterioso mecenas.

*Corcel pintón a la vista,
mitad blanco, mitad negro,
¡es tuyo!*

“¡Velo, idéntico a *Mandrake!*”, exclama ante la viva imagen del caballo que padre solía tenerlo libre en los prados de *La Era*, diciéndole: “*Mandrake* es un sentimiento, no hay que ensillarlo nunca, como al unicornio azul, para que no pierda su magia”. LG, sonrío figurando que este tipo de letreros, abriendo las puertas de pequeñas felicidades, no habrán des-

cendiendo por el infierno sino carteles así: ¿Condenado, ves esta mordida formidable que tiene el verídico godzilla sudamericano? De ley, de ley... ésa es la que te va a trincar las pantorrillas a perpetuidad.

*Nefertiti te aguarda
en la chorrera blanca,
calma tu sed en ella.*

La Nefertiti que brotó del limbo del iluminado Rabibuchi, se está afirmando en estos parajes. Con ella se está olvidando de jugar a las bodas de *La Era* en la cama tres plazas del sátiro callejero. ¿Cuántos miércoles lleva ausente de la baratija urgiéndole por atender lo tintineante? Él, que nació en una burbuja del no-sufrimiento gratuito, creyéndose semidiós por la inteligencia que no pidió, estuvo a punto de quedarse como papel en blanco, sin llenarlo con la vida a borrador que es la única que puede hacer un existente.

Ahora es el turno de colgar un mensaje de LG.

*La economía de mercado os hará libres:
¡libres de azotaros con el látigo
de la indiferencia a la creación!*

ALUCINACIONES EN LA CALDERA

Kantoborgy exuda copiosamente en el vórtice vaporoso de la caldera del extinto volcán, imágenes lúdicas se suceden con la sensación de estar fundiéndose en un tiempo perdido. Está refocilándose en soledad, vino sin sus canes por lo intrincado de este abismo verde, ellos no disfrutarían de bucear en esta red de túneles que ha formado el bosque primario andino, son lobos que gustan de trotar a cielo abierto en el pajonal. Se comunicó con Lovochancho para invitarlo a hacer este buceo arbóreo, aquél se excusó aludiendo no sé qué asunto hormonal que tenía pendiente con su Adelaida Matute. Kantoborgy intuye que algo fuerte viene cocinándose en la mansión de Guangopolo, el matemático se está reservando para una expedición lovochanceana a lo ignoto.

Tan cerca del bufido de los mastodontes de metal que ruedan desaforados por la vía panamericana, y tan lejos de su industrioso hedor. Se ha propuesto divagar por esta mancha de bosque primario andino que trepa hasta la dentada cumbre de la montaña; vino como Lester González, sin meta ascensionista alguna, a servirse de la mañana para sano esparcimiento. Estas escapadas a la rigurosa preparación para emprender en la próxima tarea de porte monstruoso, himaláyico, le sientan a su salud, es como someterse a sesiones para eliminar toxinas.

Lester González también se excusó de venir aduciendo razones parecidas a las que interpuso Lovochancho, y él, Kantoborgy, las traduce como le viene en gana. Lo de fondo es que al triple-ingeniero ya lo mueve su voluntad de airearse

en la montaña, entendiendo que nada fuera de él lo impulsará a hacerlo. ¿Cuánto ha crecido Lester González en estos miércoles? ¡Inmedible, inmedible, cholito! Ha sido sorprendente lo de Lester, no su capacidad de sufrir hacía arriba porque continúa subiendo en ascensor, sino que puede todavía perderse en el asombro y disfrutar como un niño de él. Así este renacido, con la debida antelación, como es su uso tratándose de las salidas de engorde de los miércoles, se conectó enviando alegre mensaje por triplicado a su correo electrónico, avisándole que lamentaba no poder unirse a la próxima excursión debido a un compromiso ineludible. ¿Acaso contrae nupcias el soltero más codiciado del mundillo cibernético pichinchano? No, el ejecutivo se fue a un viaje de placer playero al Caribe. Bueno hubiese sido que haga una expedición de a uno, a lo largo de la felicidad interna bruta de Bután, para tenerle envidia; pero esos trotes medio venenosos en la arena blanca de Sodoma y Gomorra, son un pasaje a la indigestión del cuerpo que no le entallaría al escalador supremo, que se halla a las puertas de su peregrinación religiosa a las ruinas de Galadriel. En todo caso, esto es calibrar lúbricamente las palabras del ejecutivo de Ecuainforme S. A., éste dijo que se iba a una isla del Caribe a realizar postergados ejercicios espirituales, y a hacer eso mismo debió haberse ido allá.

La tergiversación de lo que significa para el místico cometer ejercicios espirituales, viene de la época del colegio bernardino, en concreto de Aqueronte que fue el que se dio a usar lo de “ejercicios espirituales” para referirse a citas con bacantes, o, a cualquier suerte de goce carnal, sea esto despierto o producto de sus sueños erógenos. Y, los otros cinco (Kantoborgy, Lovochancho, Lester González, M. Puertas y jabalí Muñoz), del grupo de los seis, acogieron tal acepción morbosa de los “ejercicios espirituales” para competir en inventar obscenidades, supuestas acciones pornográficas, a ver si le hacían calor en ello al Aqueronte. El jabalí Muñoz fue el más vivo para fabular atlética sexualidad y, el más torpe para lo mismo, resultó Lester González que apenas mentía. Aqueronte se cuajaba de risa ante el intento de sus amigos adolescentes por

igualar al “macho endemoniado”. Aqueronte fue el único de éstos que entró en mujer desde los trece años, había sido zarrandeado por una Eva mucho mayor que él, y fanfarroneaba así: “Ustedes, ¡muchachos!, lo que son es cabareteros, nada saben de arte erótico como yo”.

No sería Kantoborgy si su espontaneidad hacia arriba se transformaría en verborrea a sueldo hacía abajo. No admite ser como *soufflé* que habiendo estado a punto de boca, rebosante de salud, se desinflató perdiendo toda su delicadeza y voluptuosidad, quedando chato e inapetente como un volcán activo que se redujo a una loma irrisoria. Todo su entrenamiento es intuitivo, a propósito para obtener poder elástico en los músculos y fuerza psíquica a la hora de la conjunción materia y espíritu. Su proyecto libérrimo en los desniveles de la locura requiere integridad. Aunque el equipo que le proporciona Ente Racional lo impele a servirse de posibilidades psicofisiológicas que el profesor Duvolosky las catalogaría como circunstancias de un orden extraterrestre, el gótico sólo está escogiendo de lo posible en este mundo, en el único mundo a su alcance y objeto de su albedrío.

Toc, toc... ¿Quién eres?... ¡Soy yo!... Adelante, muchachito, sírvete tú mismo del planeta que gira en el eje de mis decisiones, aquí y ahora sudando este bosque nutrido por la calidez de quindes, lepidópteras y retorcidos tallos ahítos de vida epífita. ¿Calorcito, no?... Sí, es natural baño de vapor de finas hierbas. Estamos buceando en el musgo; somos gasterópodo al compás del himno de la alegría; somos el tragaluz que nos concedemos en radical soledad. Estamos obviando a La Masa, que rueda sin desviarse ápice de su destino panamericano. Merced a su sentido del pasatiempo, La Masa, no se compenetra con los aromas y sonidos del bosque; para qué si la prisa rueda con ella de la mañana a la noche, es el estigma Antropoceno. ¡Piii, piii...!, saludan entre sí los engranajes, avante por doquier que se traslade la vulgaridad en dos pies. La Masa hace fila en el bazar de las novedades minúsculas, respira con deleite el aire saturado de la igualdad automática, y se canta a sí misma en los templos de la curiosidad compul-

siva y la adoración de las cosas: *Somos La Masa penetrante, nadie nos detiene, Dios mediante...*

Cómo no plantarle un juicio a La Masa por daños y perjuicios a mi personalidad. Siendo esto prerrogativa del hombre viendo, oliendo, oyendo, etcétera, parecido a lo que andamos haciendo en esta mañana de asueto. Hay que darle material palpitante al individuo para que se haga creación constante, y permanezca alerta aunque no haya tensión activa. Hay que mantener saludable distancia con lo grosero yendo a las montañas. La Masa que se amodorra en el tren-bala, no sufre los segundos que respira porque se ha convencido de que moverse, animarse, es ir como un tiro por doquier, sin parar mientes en el mundo sensorial que abre al ser a su propia existencia. Ya ve el cartel titilando en el muro de los grafiteros del palacio de Guapulo: ¡Imperdible, en la Arena Tomalín, bajo el volcán: Kantoborgy versus La Masa!

¡Oh sobredosis de oxígeno! Respirar, en la medula de este benjamín de los volcanes extintos, es como haber ingerido potente sudorífico para eliminar toxinas. Te nutres siguiendo la recomendación del maestro en el arte de combinar lo abstracto con lo sibarita. “Debes inflarte de aires selváticos para que mañana puedas resistir el abrazo constrictor del nocturno Annapurna. Llénate de esos perfumes que emanan de las intimidades de la tierra húmeda, son indispensables para tolerar el dolor de tus mortales limitaciones. Y que después de bajarte del fenómeno puedas relatarnos pasajes nublados de tu viaje, invitado de luces en las ondas largas de radio-libre Marañón, y proclames como gurú del reino del octavo nivel de la verticalidad: *Yo, de esas paredes ciclópeas, de esos filos demenciales, me olvidaré...*”. Así habla el flamante lobo de páramo, Olegario Castro.

En este túnel no se trata de ganar altura, sino de deslizarse a semejanza de babosas arborícolas, y hacer una variante de gimnasia china entre reumático ramaje y caprichosas lianas. Sí que es un bosque para enredarse con la humedad de Gea, y dejar que los fluidos de su matriz me carguen de savia. Aquí, Lovochancho, no dudaría en extraviar la razón del matemático. Va abriéndose paso a ninguna parte entre la

luz sedante que se filtra por las claraboyas del bosque, embebido en los matices encarnados de serpenteantes brazos que se entrelazan para afirmarse en piso deleznable, arcilloso. La montaña es hospitalidad vegetal, es relajarse entre individuos mansos, sebáceos, plagados de vida epífita. ¡Oh sabiduría de abismo verde! Apenas reconoce de vista a la mayoría de plantas que se suceden en la fragante selva, carece del lenguaje botánico, no memorizó la nomenclatura grecolatina de orquídeas como Tomás Vanbeberen, le basta admirarlas con detenimiento. Identifica orquídeas a su aire; a una que parece gotear sangre fresca de sus carnosos labios acaba de darle el mote que le calza: *Mina*.

Si Lovochancho lo pillara retozando en la espesura cual molusco alucinado, se quedaría pasmado del gusto. Sólo sabe que al frente tiene una *palma de cera*, y atrás quedó el *árbol del ahorcado* del que cuelgan bromeliáceas a un lecho de líquenes. Mil metros más arriba se halla el peñón de la solitaria cóndor de estos pagos, a la que saludó hace poco ascendiendo por la ruta del recién nombrado collado *Lester González*, cuando se empacó a la manera de Lovochancho y no quiso hollar la cúspide, extasiándose con el vaivén de Albertina. Este claroscuro de caldera volcánica lo hace presentir lo que el megatransecto, Michael Fay, hizo en dos mil kilómetros de travesía por el abismo verde del África Central, hasta dar con los hipopótamos que surfeaban en las playas de Gabón. Tal vez le apetecería experimentar con algo así en el futuro, cuando se baje de los riscos y tenga ganas de ser un caminante de largo aliento. Para el cambio a las travesías dentro de un horizonte femenino, deberá ocurrirle lo mismo que le pasó a Olegario Castro, bajarse de las catedrales góticas por imperiosa necesidad de volar a ras de piso. Cada vez “el equipo” que le entrega Ente Racional es más biomimético, y las limitaciones que tiene en la intemperie criminal de la altitud se achican, ¿será porque su psiquis lo quiere así? No discierne ya dónde está la frontera entre lo que da “el equipo” y lo que da el poder creador del montañero. Para convertirse en megatransecto tiene que sobrevivir a lo que podría ser su última tarea en los montes

Himalaya. Kantoborgy no alimenta el culto hacia los ciudadanos ejemplares, esos que a golpe de efectos especiales practican el décimo grado de la vanidad trepadora. A la vista no está el saciarse de horizontes índigos haciendo inédita travesía en la Antártida, y llegar al colmo de la nada, el no deseo que conquistan los iluminados. El hombre goza de las visiones que manan del túnel vegetal.



KANTOBORGY VERSUS LA MASA

La hora fijada al amanecer para el juicio terminal que Kantoborgy le plantó a La Masa arribó festiva, llegó con el solo hombre elegido para impartir justicia y dirimir sin el fallo de un jurado cualquiera sea su índole. Capito se apoderó del estrado campestre, montado sobre sombreado balcón de membrillos; su figura rechoncha despidió vitalidad de oso andino: rostro oval, entre medio colorado y bermejo, labios gruesos y encarnados bajo nariz ñata, pelo lacio gris cayéndole en la frente ancha con ágil toque romano. Capito, apoltronado en su trono, husmea en el ambiente bucólico, casi vacío de humanidad, con la confianza que le presta su amplia experiencia internacional en juzgamientos de este tipo, pues, una vez que dicta veredicto éste es inapelable no existiendo otras instancias superiores a su preclaro juicio. De esto están conformes las partes en litigio, voluntariamente invitaron a Capito para que juzgue y luego éstos someterse a su incuestionable fallo.)

JUEZ CAPITO (*levantándose de su trono silvestre emite las primeras palabras del juicio denominado Kantoborgy versus La Masa, su voz cosmopolita vibra al amanecer*): Estamos encantados de estar por primer vez en vuestra patria, y muy agradecidos por haber sido invitados a juzgar en vuestro país y sobre todo gozar amaneciendo de estas magníficas ondulaciones serranas. Dejarme respirar estos benignos aires de tierras altas, oxígeno templado de la línea equinoccial. Cómo disfruto de los trópicos con refrigeración propia. Aprovecho la coyuntura para hacer mis ejercicios de lengua pertinentes a los buenos días,

caso contrario, más tarde, avanzando en la mañana, podría sufrir calambres dialécticos, ¡ustedes me entienden! (*Aspirando el oxígeno que le es posible aspirar, abriendo su boca osuna en toda la extensión que le permiten sus quijadas dominantes, procede a estirar hacía afuera su lengua cosmogónica; su cuerpo regordete se contracta encorvándose, conteniendo la respiración. Largos segundos se mantiene en tensión dinámica cerrando los puños y con la lengua al aire, que extendida a máxima capacidad le llega casi a la altura del mentón. En una suerte de caricatura fisicoculturista viene congestionando los músculos del rostro rubicundo por el esfuerzo y, por añadidura, mantiene en tensión los músculos de los brazos, espalda, pecho y vientre, y seguramente los que accionan el dedo gordo del pie. Repite diez veces el mismo ritual hasta caer fortificado en su trono.*) ¡Por Cristo, por Cristo, chavalillos, qué bien me sientan estos estiramientos a todo pulmón de lengua! Una cosa nomás exijo a rajatabla a los participantes de este juicio: estar ALERTA, así con mayúsculas, ya que no vuelvo a repetir instrucciones. Para los que no conocéis mi estilo de juzgar les digo soy versátil, practico un español intercontinental, a veces hispano a veces latinoamericano, o acogéndome a la mezcla que surja al rato. Vosotros podéis acomodaros a mi lenguaje como más os plazca y que la academia se sirva tres higas gordas en mi nombre. Como veis calzo, visto y hablo informalmente, sin que por ello me pese la mano al momento de dirimir. Así que vamos iniciando el juicio por daños y perjuicios a su personalidad que el señor Kantoborgy, a mi derecha, le sigue a La Masa, a mi izquierda. Vamos, están en libertad de lanzarse mutuamente los dardos de vuestra elocuencia, no está demás decirlos que no toleraré en este huerto dicerios de burdel, tampoco se permitirán testimonios de animales puros parlantes tales como chimpancés, perros, ballenas, jabalís, y el largo etcétera y etcétera zoológico. Igual, peor aún, bajo ninguna circunstancia se admitirá que cosas hagan uso de la palabra, podrá ser el artilugio más querido de los hombres que intervengan a favor o en contra de La Masa o Kantoborgy, pero de ese chisme que adoran no quiero oír ni un silbido, la persona que desacate esta orden será expulsada ipso facto de este digno campo judicial.

Procedan sin nombrar mi nombre o mi rango en vano, mejor dicho háganme el favor de no mentarme para nada. Yo escucho y en consecuencia de lo que conviene al esclarecimiento de mi juicio actúo. ¿Ya echaron la moneda al aire? Sí..., buen síntoma, agenciosos estáis. Empecemos, hable el que le tocó primero, una vez que termine le cederá la palabra al contendor con un “prosiga usted” acompañado del respectivo mimo o pasando de esto último; lo de “prosiga usted” es un ejemplo de las buenas formas que deben imperar en este juicio, se podrán usar sucedáneos del mismo calibre y corte respetuoso; también se permite echar mano solamente al lenguaje corporal del “prosiga usted”, libre de palabras, en tanto no haya de por medio señas ofensivas para la otra parte. De hecho yo juzgaré si procede o no vuestro discurso y su carga gesticular. Se puede, como es la costumbre que he implantado ecuménicamente, hablar parado, sentado, echado, y en cualquier otra posición que no sea indecente u obscena a mi parecer. A manera de muletilla, para todos los implicados en este fugaz pero definitivo proceso, les participo que la forma peripatética de exponer es la que más nos agrada. Cuando le diga ¡basta! al actuante, inmediatamente tiene que callarse y sin murmurar permanecer atento, ¡alerta!, de vuelta en su lugar correspondiente, en brazos de activo silencio. Si es menester el segundo ¡basta!, si a ello me veo obligado, me reservaré el derecho de no dejar intervenir más al desobediente durante el tiempo que dure el juicio. Somos expeditos, en el caso inusual por cierto de ser impelido a cometer el tercer ¡basta!, esto significará inmediata expulsión de la sala silvestre del reincidente. El que no entendió lo dicho está jodido. Punto y aparte, ¡a circular por el ruedo señores!

LA MASA (*peripatética y contoneándose orgullosa, pagada de sí misma, como sólo ella sabe hacerlo*): Hemos sido injustamente enjuiciados, no obstante aceptamos el reto cordial que nos lanzó el señor Kantoborgy. Dice haber recibido daño moral irreparable a su personalidad de nuestra parte, pero lo que hacemos es intentar ser felices tomando de los frutos del árbol de la ciencia. Prosiga usted.

KANTOBORGY (*desde la sombra del árbol de chereco, sentado en posición de flor de loto sobre la mullida y seca hojarasca*): Vaya, estamos en el asalto de estudiarnos mutuamente, conforme se hagan presentes nuestros secuaces se irá caldeando el asunto. Le toca de nuevo a usted.

LA MASA (*dubitativa entre seguir andando o sentarse en una solitaria mesa al pie de la araucaria*): Pero... creíamos que la iniciativa era suya, que usted iba a reclamarnos hecho un Satanás por los daños que dizque le hemos causado y resulta que está más sereno que un pavo en Semana Santa, de ahí la frase que nos legó el filósofo Ganimedes: "Hasta aquí vamos bien, como dijo el pavo". Prosiga usted.

KANTOBORGY (*jugando con las bolitas negras que sacó del aromático fruto del chereco, dirigiéndose con una venia a Capito*): Solicito comedidamente que comparezca a este huerto el señor Lovochancho.

JUEZ CAPITO (*con nítida sorna dibujándose en sus carnosos labios de oso andino*): ¿No se trata de un animal puro?

KANTOBORGY (*aseriándose*): Definitivamente no, es un hombre concreto.

JUEZ CAPITO (*gravemente, alzando su voz de sabio cosmopolita*): Convocatoria única al señor Lovochancho. ¡Que aparezca el señor Lovochancho! Prosiga, La Masa.

LA MASA (*la dentadura por delante, y todavía peripatética, encara a Capito*): Este Kantoborgy es genial, tiene unos amigos de ciencia ficción filosófica. En todo caso, nosotros pedimos que venga a auxiliarnos nuestro querido periodista, El Periodista.

JUEZ CAPITO (*clavándole su mirada fulminante a La Masa para que se mantenga fuera del perímetro de seguridad, acaso le dan ganas a ésta de traspasarlo a cuenta de un despiste*): ¿No se trata de cosa parlante...? (*Rugió con terrible semblante que hizo instintivamente retroceder tres pasos largos a La Masa.*)

LA MASA (*sonrojándose y haciendo mohines de casi ofendida*): ¡Cómo va a creer usted eso!, el sujeto es de lo mejorcito que tenemos en nuestro ambiente de la información cons-

tructiva, veraz y oportuna, es nuestro pan útil de cada día, El Periodista.

JUEZ CAPITO (*resignando su exabrupto, tras calmante bufido nasal*): Venga a nosotros el mentado pan útil de nuestros días. Última llamada a El Periodista. Prosiga, Kantoborgy.

KANTOBORGY (*guiñando el ojo a su invitado a expresarse, acompañándose de gesto pícaro de manos y boca que dicen haz tu discurso como sabes hacerlo*): Le cedo la palabra al amigo Lovochancho. Prosiga, su merced, Lovochancho.

LOVOCHANCHO (*vivamente complacido de entrar temprano en el juicio a La Masa al par que El Periodista, devuelve la mueca de confianza a Kantoborgy*): ¡Como gustéis! Jamás he sido convocado a un tribunal divino, y he guardado abominable impresión de los oscuros tribunales de los leguleyos de La Masa desde que Joseph K. fue procesado en uno de ellos. O sea, que todo lo que suena a tugurio de justicia humana me da náuseas; me estremezco de sólo imaginar hacer trámites en la pestilencia de juzgados y todo lo demás perteneciente a los leguleyos. Hago este preámbulo para marcar la diferencia con este tribunal montado a la intemperie herbosa y a la sombra canora del árbol de San Andrés en flor que me acoge. Se podría decir que fluyen las palabras al son del azur serrano y el ser peripatético brota natural como en la tierra juvenil de los ojos atléticos. Cedo la voz al hombre que le corresponde hablar.

JUEZ CAPITO (*suspirando por el instante de su pasado presocrático que acaba de visitarlo*): En este caso la palabra le toca al señor de la otra parte que recién se incorporó al campo judicial. ¡Hable, El Periodista!

EL PERIODISTA (*haciendo paneo profesional del silvestre lugar, vistiendo pantalón vaquero añil y levita de pana kaki, luciendo en la solapa izquierda el botón de oro que le otorgó su gremio por impagables servicios a la comunidad*): Gentilmente, La Masa, me extendió invitación escrita urgiéndome para que acuda a este tribunal. Por cierto, amigos míos, este escenario es inimaginable para este ciudadano que no tiene en la agenda citas campestres a mitad de semana. Sólo estando aquí uno puede

dar fe de que es real este juicio. Acepté la convocatoria porque no se puede eludir el destino manifiesto del comunicador social, hay que confundirse con La Masa por eso de que es la voz de Dios. He dejado múltiples ocupaciones en la pujante urbe para estar aquí con ustedes en esta *sui generis* demanda. Kantoborgy *versus* La Masa, me sugiere un pugilato de otra época, es como si viera una cartelera de esas que se pegaban en un poste en los pueblos del viejo oeste yanqui. Esta paz vegetal me sorprende, será debido a que la obligación del intelectual es asombrarse de cada dos de las tres situaciones que se le presentan, pero más es por ser animal de costumbres urbanas a rajatabla. Ayer nomás nos quedamos leyendo los periódicos de ayer mismo hasta pasada la medianoche que en buen romance significa que tomamos minutos, quizá una hora, del tiempo correspondiente al día de hoy para igualarnos en lo que debíamos haber superado ayer. Créanme que es una carrera fatigosa esto de ser ecuánime, las noticias vuelan y uno debe deglutirlas fresquitas, tienen que ser consumidas ávidamente como el pan de agua del día, de lo contrario se entumescen y se hacen incomibles para uno mismo, para El Periodista, no se diga para La Masa. Las tres “íes” cotidianas por las que se sacrifica humildemente EL Periodista son: informar, informar, informar... Hay que amar a la profesión de uno, ello conlleva mantener rituales cognoscitivos de la mañana a la noche, que agotan nuestras fuerzas de hombre en el devenir fenomenológico. Créanme, nos entregamos a nuestra misión (muchas veces incomprendida por La Masa aquí presente) con el mayor anhelo de servir a la comunidad emparedada, y guiarla en la dura lucha por las posesiones elementales de la vida moderna, donde cada cual ambiciona existir de mejor manera. Así el que existe miserablemente quiere hacerlo pobremente; el que existe pobremente quiere hacerlo medianamente; el que existe medianamente quiere hacerlo ricamente; el que existe ricamente quiere hacerlo principescamente; el que existe...

JUEZ CAPITO (*sereno pero firme, imponiendo llanamente su autoridad, plantando sus ojazos dirimientes en los ojillos inquisidores de El Periodista*): ¡Basta!... Le toca a usted, Lovochancho.

(El Periodista, no hace reclamo alguno ni de palabra ni de cuerpo, es muy disciplinado y no se ofende siendo que voluntariamente accedió a someterse al inapelable orden de Capito. Se arrellana en el amplio sofá romano que escogió; en posición supina, como aguardando que le sirvan ramillete de uvas, se propone atender el juicio con suma alerta, siguiendo la advertencia del magistrado. Un suspiro precede a una sonrisa de incredulidad que es receptada por La Masa radiante que, a su vez, le remite visaje optimista, con los pulgares contenidos hacia arriba, traduciéndose en un "hasta aquí vamos muy bien, como dijo el pavo en Semana Santa".)

LOVOCHANCHO (comprendiendo la seña urgente de Kantoborgy se pone de pie para hablar y se vuelve a sentar en su mecedora de mimbre): Devuelvo la palabra a Kantoborgy.

KANTOBORGY (risueño por no se sabe qué): Con el afán de inyectarle vitalismo a este juicio, solicito se convoque al señor Aqueronte.

JUEZ CAPITO (divertido): ¡A lugar!, hágase cuerpo beligerante el señor Aqueronte.

AQUERONTE (ahuyenta la pereza con raudo estiramiento de brazos cruzados por cima de su mollera, desgonzándose a placer en segundos que Capito grabó para su memoria del arte de desperezarse públicamente): Qué ricos cuyes me salieron de este cuerpo vagabundo. Abandoné mis trabajos de campo mediterráneos con el fin de dedicar todo el tiempo que sea necesario a la causa callada, interior, de Kantoborgy enfrentado a La Masa... ¡Ya te enfoqué!, no te molestes en levantarte a saludarme con la efusión que te caracteriza, pronto te voy a ceder la palabra mi querido e infatigable informador. (Vestido impecablemente de cazador de perdices ariscas, da unas zancadas enormes entre los metros libres de obstáculos a través de las zonas designadas para la gente de La Masa y la gente de Kantoborgy; agitando sus manazas para doblar cuellos de los que se lo quedan viendo con ojos de demonio, habla como para su capote, aunque hace un mimo de cálido reconocimiento a Capito.) Estupendo este tribunal de a uno, bajo la sombra de árboles aromáticos y pajaritos cantantes que no son de mi gusto comestible, rodeado de yuyos y bosques repletos de presas y predadores. Auguro, Kantoborgy, que acabado el proceso

montaremos bacanal céltico, con el vino que nos proporcione Lester González, la guitarra flamenca del maestro José Miguel y los manjares que nos provea Lovochancho. Las campesinas de fuertes pantorrillas vendrán por sí solas. ¡Que prosiga, El Periodista!

EL PERIODISTA (*dando ágil salto se separa del canapé, agradecido por los ejercicios al alba que practica su cuerpo en el parque Metropolitano, merced a esa hora de sano esparcimiento, que le ahorra gimnasio y psicólogo, hoy puede practicar el “siempre listos” del que fuera muchacho explorador. El arte de respirar bien le permite mantener la ecuanimidad que debe reinar en la dura profesión, y este es momento de alerta máxima que el instinto de conservación no esquiva aunque todo aparezca tan pacífico y bello en su alrededor*): Decíamos que nuestra pasión por la verdad palpitante, así como es sacrificio constante es satisfacción del deber cumplido. ¡Sí señores de La Masa y respetables personalidades que oponen resistencia a ésta, dignos secuaces de Kantoborgy; nos enorgullecemos de ello, nos alimentamos de la información nuestra de cada día! Hay que amar a la profesión de uno, mis queridos feligreses. A veces nos premia la sonrisa de la bella dama que nos reconoce... Ella viene a mí con la discreción propia de mujer leída, envuelta en el aroma de pastelillos portugueses, sumados al buqué del té tailandés y el café arábigo y las aguas aromáticas nacionales que ofrece *Barnabás*. Sin ánimo de lanzar una cuña, café *Barnabás*, es un rincón barroco-renacentista-mudéjar dentro de la fastuosidad plástica que reina en las instalaciones del centro comercial “Lazarillo de Vilcabamba”. El Periodista, goloso como es, donde *Barnabás* goza de la atención personalizada de doña Yolanda, mujer recia, entrada en estambres rosados, encantadora... Ella nos hace abrigar esperanza en la poesía. (*El Periodista suspira hondo, ladeando graciosamente la cabeza, y, con el dedo pulgar e índice de la mano derecha, le pide atención a Capito, permiso para acercarse al estrado portando libros de su autoría. Recibiendo el beneplácito del magistrado con una seña de ven a mí sin resquemor con tus libros.*)

JUEZ CAPITO (*cuestiona en voz baja*): ¿Diga usted?

EL PERIODISTA (*algo azorado ante Capito que de cerca*

se agigantó, deja salir un hilo de voz concentrándose en la misión divulgadora que lo llevó al estrado): Le agradezco mucho su condescendencia, quiero entregarle mi último volumen de poesía en corto, intitulada: "Sin pretensiones". Asimismo solicito me autorice a obsequiar respectivamente copias, en aras de la hermandad entre contrarios, a Kantoborgy y a La Masa.

JUEZ CAPITO (*arrellanándose con una mueca de muy agradecido colega recoge el poemario "Sin pretensiones", y, a su vez, deseoso de repartir lo suyo, saca de bajo el sillón una pila de libros tamaño bolsillo superior de camisa guayabera*): Justo es que ante vuestra encomiable actitud yo os retorne algo de la misma catadura, aquí tenéis mi última obrita, sin pretensiones también, que llama, "Juez errante". Su corte literario es caballeresco y va dirigido al lector atento y con ansias de formación; a diferencia vuestra no cometo poesía en corto sino que intento hacer prosa de mediano aliento. Vos captáis lo que hablo, ¿o no?... Siguiendo vuestro noble acto de compartir, quiero hacer entrega pública y equitativa de las unidades restantes entre Kantoborgy y su gente y La Masa y su masa. Mas, tengo una cuestión ineludible, ¿por acá, La Masa, lee?

EL PERIODISTA (*gratamente sorprendido por el intercambio librero que se está suscitando por obra de su decisión de divulgar la poesía de "Sin pretensiones"*): Por supuesto, La Masa, lee si usted la obliga a leer, no podemos abrigar que haga una lectura aristocrática, hay que entender sus limitaciones. De lo otro, eso de "vos captáis lo que hablé, ¿o no?...", puedo asimilar que usted se refiere a la prosa cervantina, poética pero al fin prosa. Enhorabuena, una magnífica elección de estilo y técnica, muy laboriosa, sí señor. ¿Procedemos a llamar a los otros dos implicados en este minuto de hermanamiento a través de nuestras creaciones literarias?

JUEZ CAPITO (*dubitativo, sopesando los libros de cada cual en las manos, resuelve*): Sabe qué..., ilustre plumífero, mejor me decidí a obsequiarle una copia nomás a La Masa y el resto de libros se los voy a donar a Kantoborgy. No me entalla lo de obligar a nadie a leer, cada quien tiene que cultivar las parcelas del alma por vocación y no por apariencia o fuerza mayor.

EL PERIODISTA (*suspira resignado, se muestra solidario con el magistrado*): Es una pena que tengamos que vender los frutos del alma y que a uno lo lean por obligación en las escuelas, colegios y universidades, pero ¿qué hacer?... Somos diseñados para valorar nuestro trabajo en base a los réditos que obtenemos de ello.

JUEZ CAPITO (*sardónico, poniéndose de pie*): ¿Réditos?... ¡Réditos!... Menos Disney y más del fuego de Heráclito. ¡Venid a mí Kantoborgy y La Masa! (*Allegados los contendientes al estrado, El Periodista, facilita su poesía "Sin pretensiones" a La Masa con un guiño de harás el intento de leer, ¡so perezosa!; por otro lado le proporciona sendas copias a Kantoborgy esta vez acompañándose de una venia que se traduce en será privilegio mío que usted me lea. Capito, distraído, sin palabras, le entrega un ejemplar de "Juez errante" a La Masa. Por el contrario, hace ceremoniosa entrega-recepción de una pila de libros a Kantoborgy, quien repartirá las copias a sus secuaces.*)

JUEZ CAPITO (*acomodándose en su trono, satisfecho tras el paréntesis literario, aúlla*): A ver... ¿A quién le toca?

AQUERONTE (*echado en la hamaca que escogió para hojear "Juez errante" mientras tasca una pera*): ¡A mí me toca! Estábamos intentando desarrollar un tú a tú con El Periodista cuando al susodicho se le ocurrió introducir esto del intercambio y repartición de libros, y todos salimos ganando. No obstante, mejor le cedo la palabra a Kantoborgy.

KANTOBORGY (*reubicado al pie de una palma de cera, tendido en la yerba, apoyando su espalda en el tronco quería revisar el poemario "Sin pretensiones"*): En este punto creo nos caería oportuno escuchar lo que tiene que decirnos el ciudadano Lester González, aquí presente pero sin voz aún porque no ha sido convocado. Estoy seguro que su testimonio dará luces al proceso, solicito formalmente se le conceda tiempo en este campo judicial al triple-ingeniero Lester González.

JUEZ CAPITO (*concentrándose en el instante*): Aprobado. Pero primero le devolvemos la acción a La Masa. ¡Pronúnciese, La Masa!

LA MASA (*se desayuna picando de una fundita de mote con chochos. Con la mano que tiene libre hace el mimo de convidar de*

sus cositas finas a Capito, pero éste se niega con otras señas cordiales de gracias ahora no puedo estoy ocupado en mis santas obligaciones más tarde quizás): Hasta aquí vamos bien, como dijo el pavo en Semana Santa... No sé qué más decir en mi defensa así que pido permiso para que se active al ufólogo Duvolosky, el pobre se muere de ganas de participar en esta historia.

JUEZ CAPITO (*curioso por escuchar a ese estrellado personaje*): Concedido. Entonces, empecemos por lo primero, y que después se presente el ufólogo Duvolosky. ¡Hágase cuerpo y voz e intervenga el triple-ingeniero Lester González!

LESTER GONZÁLEZ (*melena pelirroja flameando en el tibio aire, algo pálido y de pie mastica sus palabras concienzudamente*): No sé todavía bien por dónde está yendo el asunto, sólo sé que fui invitado por Kantoborgy a estos predios de la justicia de Capito. Kantoborgy me participó, en lo principal, "...acude sin falta para que ejerzas tu derecho a formar tu personalidad a tu albedrío, tal como lo garantiza la constitución de la república". Y aquí estoy, hace unos cuantos meses no se me hubiese ocurrido que puedan existir juicios de esta naturaleza, pintaba la vida como un desabrido nihilista bautizado de cristiano. Sólo sé que ahora creo haciendo uso de los miércoles que los dedico a asenderear por los parajes montañosos, a manera de una terapia regenerativa de mis sentidos, ver mejor, oír mejor, oler mejor, etcétera. Aunque esto parezca la fábula del lobo glotón, de lo que se trata es de habilitar al labrador de subsistencia que llevo adentro. Cuánto me habría satisfecho que en vez de haber sido llamado como "el triple-ingeniero Lester González", me hubieran convocado así: "el campesino hidropónico Lester González". Ya que estamos dentro del campo de la percepción (ese país al que fui conducido por mis amigos con el fin de que haga mi propia montaña, así sea sin salirme jeme de los chaquiñanes y carreteras de verano), se me antoja que si esta situación se hubiese dado antes de iniciar mi curación en los páramos, estuviera con ustedes en calidad de invitado de La Masa y no de Kantoborgy. ¡Me halaga estar en esta orilla!... Este segundo soy capaz de discernir la diferencia porque fui un cuerpo flotando en el vaivén de enjambre. Hágame

el favor de compartir con nosotros, profesor Duvolosky, le cedo la palabra.

DUVOLOSKY (*dichoso de estar parado en medio de tan versátil concurrencia, devuelve la gentileza a Lester González mediante el saludo marcial característico de los miembros de la Asociación de ufólogos equinocciales*): Efectivamente, gracias mil por activarme, están ustedes en lo correcto, me emociona ser parte de esta hora histórica. ¡Imagínense!, soy coprotagonista de Kantoborgy *versus* La Masa. Departir con estos colosos que resisten a los encantos de La Masa, así hoy me haya tocado estar en la orilla opuesta a ellos, me trae mucha ilusión, y hasta abrigo la esperanza de que algún día por fin se me abran las puertas del domo del Panecillo, ese arcano que se me ha cerrado a morir por la mala voluntad que me tiene su dueño. Persistiré, y que me oiga bien Olegario Castro, es una gracia que he venido buscando fervientemente por el hecho mismo de que se me ha negado la entrada como a K. le negaban el acceso al Castillo. Se lo he dicho a Olegario Castro a través del intercomunicador de las ondas de radio-libre Marañón y por ende esto está en el conocimiento de los oyentes lechuceros, no me resigno a que me ladeen de ese modo cuando mayor es mi sospecha de que algo supraterráneo se cuece en los cuartos del gótico del Panecillo. Tú sabes perfectamente a lo que me refiero, ¿o no? (*Saluda a la distancia con Kantoborgy, quien se ríe embozadamente y le devuelve la seña amistosa de no sea tan jodido profesor. Luego se dirige con respetuosa venia al magistrado*): ¿Me permite que le ceda la palabra a Kantoborgy?

JUEZ CAPITÓ (*amable*): Cómo no, profesor, adelante, adelante...

DUVOLOSKY (*complacido por la cortesía de Capito*): Prosigue, amigo Kantoborgy, es tuya la palabra.

KANTOBORGY (*elevando los brazos al cielo, como si hubiese estado aguardando que se le presente la oportunidad*): En todo caso, profesor, ya que lo trajiste a colación, creo llegó el instante de pedir el concurso de Olegario Castro, que hasta el momento se ha mantenido en estado de espectador, lo que se dice

aguaitando nomás. Favor, que se convoque al gótico Olegario Castro.

JUEZ CAPITO (*animoso por el cariz que va tomando el proceso*): Encantado, pero que primero diga la contraparte si tiene a su vez a otro testigo que llamar. ¡Que se pronuncie La Masa!

LA MASA (*para endulzar la fundita de mote con chochos que se acabó de servir, ya hincó diente en el confite de guayaba; no hace mención de convidar a nadie de su gollería y se apura en deglutirla*): Como dijo el pavo en Semana Santa, hasta aquí vamos bien... Se me ocurre que podría llamar a Adelaida, ¿puedo activar a Adelaida Matute?

JUEZ CAPITO (*levantando la voz*): No hay impedimento alguno, se puede activar Adelaida Matute después de la comparecencia del señor Olegario Castro. ¡Acción!

OLEGARIO CASTRO (*quitándose de la diversión que le provocaba el estar de oyente en este juicio*): Paciencia, profesor Duvolosky, las ambiciones se resuelven espontáneamente al andar. “Al hacer pared”, decimos los góticos cuando tenemos a la muerte de compañera de cordada, escalando en la cara del miedo, donde a veces la concentración cede al calorcillo del éxtasis. Tenga la seguridad, profesor Duvolosky, que cualquiera de estas noches estará de invitado principal en el domo del Panecillo, y podrá investigar exhaustivamente hasta el último recoveco, más bien temo que no vayamos a estar a la altura de sus expectativas. En principio dudé de la posibilidad de este proceso; “qué clase de farsa va a ser esto de Kantoborgy versus La Masa”, me venía repitiendo en el trayecto que hice a pata, cortando camino, desde el punto donde se quedó mi prototipo de todoterreno solar para cargarse gratuitamente de energía. Abandoné temprano mis obligaciones noctívagas en radio Marañón, con el fin de andar largo y despabilarme antes de que el sol naciente me entregue a esta realidad que la veo, la oigo y la huelo. Continúe usted, doña Adelaida Matute.

ADELAIDA MATUTE (*esbelta, más caderona que pechugona, cautivante en el traje ceñido de domadora de matemáticos montañeros, esgrimando el chicote de macanche en la mano derecha,*

reinando en el espacio donde todavía no tiene rival femenino que reivindique su celo. Con una mueca de triunfo en los labios dadosres, hace guiño cómplice a La Masa, sirviéndose de esos ojos de capulí sombreados por largas pestañas): Ya ves, Lovochancho, que no necesito una invitación tuya para venir a este lugar en medio de la jungla, como esas tales montañas que a ti te gustan cada vez más últimamente, prefiriéndolas a la seguridad que te puede brindar el formar una familia y así dejar de ser tan egoísta y preocuparte menos de hacer lo que a ti te da la gana de hacer para vos solito y nadie más. Cuando te insinúo que concretemos nuestra relación me sales con que no hay necesidad de firmar papeles, acompañándote del chiste: “No soy hombre de papelitos, existes plenamente en mi imaginación, ¿qué más quieres...?”. O sea que vos me inventas, ¡soy invento tuyo!, y esto, ¿esto de quién es entonces? *(da una vuelta por el foro exhibiendo su figura gatoserpentosa, esas sinuosidades de Eva ejecutiva)*. Prosigue usted, don Olegario Castro.

OLEGARIO CASTRO *(reunido con Kantoborgy, desde la sombra larga de la palma de cera, envía galante venia a la donosa que pone en aprietos al matemático de Guangopolo)*: Con su favor, doña Adelaida Matute, le traspaso el don del habla al aquí sentado Kantoborgy.

KANTOBORGY *(agradecido por la comprensión que le prodiga su maestro, filósofo de la altitud)*: Del lado de acá hemos decidido compensar el contingente femenino, y proceder a convocar a Gitte, la herpetóloga. ¡Dios bendiga a la mujer danesa!... Solicito se llame a Gitte.

JUEZ CAPITO *(ansioso por descubrir a la mujer del día que no apagó la luz con el sol de medianoche)*: Llamo a la herpetóloga Gitte. ¿Vos, La Masa, deseáis convocar a alguien más de los vuestros?

LA MASA *(iluminada)*: Sí, por aquí debe estar doña María Robinson, quizás intimando en los arbustos con su amante cocinero, Pompilio Dela Cruz. Pido que se active la señora María Robinson.

JUEZ CAPITO *(fijando sus ojos helénicos en la joven vi-kinga, con picardía pero infalible en su procedimiento)*: Que se acti-

ve después de la intervención de Gitte, doña María Robinson. Empiece usted, Gitte.

GITTE (*rosada flor boreal, vistiendo ligero traje de coleccionista de anfibios en un punto de la amazonía, portando la lozanía que le da residir a orillas de un pozo sagrado*): Ustedes, hombres, tan atentos a nuestras formas. Yo pasaba por radio-libre Marañón cuando se me participó la invitación que había dejado por ahí Kantoborgy para que acuda a este simpático enfrentamiento. Vivo tan alejada del trajín de La Masa que me parecía inverosímil se ejecute este juicio, pero conociendo la capacidad que tiene Kantoborgy para hacer de lo posible una realidad incontestable, no había que desperdiciar la oportunidad de dar testimonio de esta situación insólita. Ya antes me ha sido concedido el privilegio de atestiguar el contacto entre batracios terrenales y anfibios pensantes extraterrestres, fenómeno que lo denominamos ES, espaciales saponáceos, por sus siglas en español, y que lo hemos divulgado a través de las ondas largas de la estación radial que habita en el domo del Panecillo. Observo que el maestro José Miguel también está de invitado, ¿será que puedo pedir que comparezca con su palabra? Pero no, ¡no!... Mucho mejor, que nos deleite con sus arpegios gitanos pasado este juicio. ¿A quién le toca?

JUEZ CAPITO (*de viva voz, para que se oiga bien tras los arbustos*): ¡Favor activarse, María Robinson!

JUEZ CAPITO (*resignado*): Vaya que sí tuve voluntad de escuchar a doña María Robinson, hemos aguardado su activación pacientemente, que conste han transcurrido más de los treinta segundos de espera que concede mi temperamento. El llamado de Eros primó en la señora Robinson y, con las disculpas que merece ese apremio atávico, ella queda afuera de este proceso. Nosotros continuaremos avante en aras de concluir el juzgamiento antes del meridiano, justo para el aperitivo que precederá al almuerzo campestre. Lo siento por La Masa porque ante la fallida revelación de doña María Robinson queda con la palabra Kantoborgy.

KANTOBORGY (*circumspecto, se pone en pie y camina dirigiéndose hacia La Masa*): ¡Caramba!, hubiese sido fantástico

verla en movimiento a doña María Robinson; mujer de carácter fuerte, dominante... También he sido perjudicado por el ímpetu amoroso de la pareja de los arbustos, puesto que el cocinero Pompilio Dela Cruz era nuestro testigo y nos abandonó en función de atender sus instintos básicos. En todo caso, veo que ya no tengo a nadie más por convocar, no han podido allegarse gentes de alcurnia como Tomás Vanbeberen y Salvador Pineda Pinzano; y el maestro José Miguel prefiere abstenerse de hablar aquí, lo suyo será tocar la guitarra en nuestro convite campero. Que prosiga, La Masa.

LA MASA (*frotándose el estómago, con aire angustiado, aúlla*): ¡Tengo hambre!... A mí me están dando calambres en la barriga, Kantoborgy. La fundita de mote con chochos nos dejó a las mismas y las tripas crujen; qué ganas tengo de mandarme un puerco hornado en la hueca de doña Norma, allá en Sangolquí. Nos tocó madrugar para venir acá, tan lejos, y cumplir con la obligación moral de responder a este juicio. Como ves, de los míos hay lo que quiera para intervenir en este juicio, pero mejor repartámonos cada cual por su lado... Te propongo, Kantoborgy, que dejemos las cosas como están, tú aquí y nosotros allá. ¿Qué te parece?, te cedo la palabra.

KANTOBORGY (*contemporizador, tornando a ver al magistrado para que éste dirima por ellos*): Por mí no hay inconveniente, pero la suerte final de este proceso no está en nuestras manos.

JUEZ CAPITO (*sonreído, libre para imaginar que los placeres de la buena mesa al aire libre se le acercan a zancadas de lagarto rey*): Ya que se me ofrece resolver, y estoy aquí voluntariamente para juzgar y dar mi veredicto inapelable, me uno a la coyuntura. Permítanme, las partes en contrapunto, dos minutos de reflexión. Luego haré mi pronunciamiento con carácter irrevocable.

JUEZ CAPITO (*levantándose del trono, concluido los dos minutos de silencio, dirime con la majestad inherente a sus funciones superiores*): Si estuviese de poeta en este remanso, haría una oda a la constante primavera matizada de otoño que rige al pie de los Andes ecuatorianos. ¡Oh, aire de tierras altas, cómo

me inspiráis! He aquí mi veredicto: Ordeno, a vuestra merced, La Masa, que respete la personalidad de Kantoborgy sin infringirle daño moral a su diferencia; pues, hombres como él, son los que realmente han movido al mundo y lo siguen moviendo, siendo hijo de Utopía vive en presente lo que a La Masa es incomprensible futuro. (*La Masa, hace una reverencia de acatamiento ante el veredicto de Capito. Seguidamente se apresura a reunir a sus invitados para que se acomoden sobre el bus-bala que los conducirá al almuerzo dentro de los muros de doña Norma. Olegario Castro y Aqueronte toman el aperitivo con el sin par magistrado; Lester González y Lovochancho colocan el mantel largo y los utensilios de comer a la sombra de un nogal; Gitte y Kantoborgy distribuirán las viandas en el mullido piso. La guitarra flamenca de José Miguel enciende el apetito de los convidados al campero banquete bajo la modalidad sírvase usted mismo.*)

LAS DUNAS DE KRIZOFILAX EQUINOCCIAL

Herbosas dunas de residuos volcánicos hacen el hábitat del arisco reptil antediluviano que se negó a ser una mole incrustada en la cordillera de los Andes ecuatorianos, este mutante quiso sufrir las consecuencias de su orfandad dragonil antes que petrificarse en el paisaje como su fotogénico pariente, Dragón Rojo. Ciertos elegidos, contados hombres y canes, han gozado y gozan del avistamiento cercano de “algo” de ese fenómeno, pues, éste no permite que lo pillen de cuerpo entero porque el instante que suceda eso se acabaría su hechizo biomimético, y se transformaría en una duna de las tantas que pertenecen a la inmensidad del Cíclope... Así empieza la leyenda de Krizofilax Equinoccial, que es pasada en las ondas largas de radio-libre Marañón.

—Y, entonces, nos vamos tras... —dijo, Lester González, sin concluir la idea en palabras, divirtiéndose con los dedos índices sobre la cabeza figurando unos cuernos, aludiendo con ese mimo al dragón que da nombre a las dunas que tiene ante sí.

—Dilo sin temor a equivocarte, vamos a por la huella de lo mágico dragonil, siendo que no estamos en la zona de alcance de la leyenda del yeti tibetano, sino pisando el territorio mítico de Krizofilax Equinoccial. Lo que de aquí en adelante le ocurra, a cada cual por su lado, será producto de su imaginación andante —replicó Kantoborgy, satisfecho por el

“trabajito” que han hecho en la personalidad de LG las salidas al altiplano, la presencia de ánimo que éste muestra pisando lo agreste es encomiable. Es otro el LG que ahora sonrío a la cordillera, zafándose del triple-ingeniero que hace unos cuantos meses, para hacerle el quite a su frustración por no ser el campesino de la *tierra negra*, consideraba demencial ir a vagar en las montañas, cuando se arengaba a sí mismo: “¡yo trabajo, yo trabajo, no voy a perder el tiempo en niñerías!”. Y a punto de ingresar al tiempo mágico está el expanegirista del “yo trabajo”, desasiéndose de la consigna de monetizar hasta los suspiros.

—Observo que Panda no te hace ascos y te mueve la cola en señal de contemporizar contigo... ¿Qué tanto traes en la mochila que luce rechoncha, no ha de ser que te has contagiado de Kantoborgy, y la tienes llena de pesados fierros o piedras para castigarte las espaldas con su peso? Es raro verte así de aperado, aunque sólo sea de ropa de abrigo, ¿o nos sorprenderás con algo más? Tratándose de esta jornada de recreo en lo horizontal, nosotros no hemos venido sino con nuestros cuerpos, sin nada que nos fuerce a doblar la cerviz, pues, hasta para Kantoborgy es día de no hacer nada entre las dunas del dragón escurridizo —averiguó Lovochancho, curioso de la inusitada carga con la que se presentó Lester González.

—Panda no se engaña, traigo algo que ya está al tanto de su olfato: ¡golosinas caninas! Ricas galletas de pavo que ha probado largamente con antelación, y una paleta de cartílago vacuno, eso tengo para que almuerce mi amiga loba. Para ustedes, muchachos, también hay refinados fiambres sacados de contrabando de Casa Chancholovo —replicó relamiéndose del gusto el oriundo de San Antonio de las Aradas.

—¡Calla hombre!... Esto sí es un triunfo. Hacer que suelte sus golosinas el matemático guangopolero, es una larga negociación a puerta cerrada. Lovochancho sólo se vale del trueque, y tiene que estar convencido de lo que le des a cambio de sus manjares, si no le conviene el intercambio porque lo que le ofreces no está a la altura del valor de sus productos comestibles, te manda a hacer empanadas de viento con Bollón Roscón. Jamás habla del precio de sus productos, no les

pone precio, ¿o me equivoco, Lester? —manifestó divertido Kantoborgy.

—No exageras, resulta empresa atroz, burocrática, kafkiana, conseguir un canasto medio lleno o semivacío de los productos Casa Chancholovo. Es de no creer, no hay poder humano que lo convenza de aceptar monedas por sus fiambres —añadió Lester González.

—Y te lanza la perorata, bajo el influjo de la escuela de su maestro Pompilio Dela Cruz, de que sus “fusiones gastronómicas” son una suerte de metafísica del paladar, y que por eso ahí no hay sujeto de comercio monetario de cualquier tipo —corroboró Kantoborgy.

—A mí de entrada me mandó a freír bolones de morrocho en la cueva inaccesible del mentado Bollón Roscón; su furia se precipitó apenas con decirle muy comedido que si podía hacerme el favor de vender o facilitar de alguna manera corriente algo de los jamones, encurtidos y compotas de la Casa Chancholovo. Lo hubieras visto vociferando: “¡Acaso soy mercachifle como vos...!” —dijo Lester González.

—Agradece que no te abofeteó o te invitó a salir de su arbolada mansión ipso facto... Jodido es el matemático cuando quieren meter diente a su tesoro de “fusiones gastronómicas”; pero ya veo, y la Panda huele, que lo conseguiste amigo LG —repuso Kantoborgy.

—Tuve que amansarlo ofreciéndole trueque con productos del calibre de su jamón curado. No pudo resistirse a las dríades que porta el vino *Sangre del Caravasar*, ahí sí le brillaron los ojos del platónico como lo haría un duende ante el oro sagrado de Quinara —remató Lester González.

—¡Vaya caterva de quejumbrosos! ¿Qué mortal en sus cabales se opone a que sus oídos sean acariciados por la música de las cuerdas del universo? —aulló Lovochancho embriagándose con la certeza de que en sus aposentos le aguarda un agasajo doble, fundirse con el espíritu del vino de oasis y las sinuosidades de carne y hueso de Adelaida Matute. Y añade enseriándose—: Muchachos, o lo invitamos a Sanchito para que reparta las viandas y nos desayunamos almorzando, o nos echamos a andar de una buena vez, escojan.

—A las dunas de Krizofilax Equinoccial se entra en ayunas. Que sea un goloso placer volvernos a topar al pie de Rocinante. Mejor separémonos porque cuando no traigo el morral de fatiga me da apetitos neandertales, no sea que por un raptó de amor a las cosas excepcionales de comer, ataque antes de hora a la mochila del hombre que supo hacer trueque con la Casa Chancholovo —resolvió Kantoborgy.

—¡Ahí tienes, nuestro triple-ingeniero porta el maná del mediodía! —festejó Lovochancho, mientras Panda ya se fue al arroyo a chapotear con el reflejo del amanecer.

—¿A propósito, por qué se llama así el supuesto dragón? ¿De dónde viene la denominación de Krizofilax Equinoccial? —inquirió Lester González acomodándose la mochila en sus lomos, echándose a andar hacia el ojo de agua donde aguarda Panda.

—Acogiéndonos a la leyenda que suelta Olegario Castro, se lo menta así porque existente antecedentes de un dragón menor, famoso por su cobardía, que habitó en cierta comarca septentrional, allá donde reside el sol de medianoche, y el tal se llamaba *Krissofilax* a secas. Luego, hemos de resumir que este dragón que medra frente a nuestros ojos que no lo ven y las narices de Panda que sí lo perciben, se llama Krizofilax Equinoccial porque es parte de estos parajes andinos del Ecuador, y no es pusilánime como aquel *Krissofilax* nórdico sino un artista de la huida a tiempo para no contaminarse —concluyó doctoralmente Kantoborgy.

—Está clarísimo el misterio —asintió Lovochancho rompiendo fila, dispersando al grupo parlante.

Krizofilax Equinoccial, desprovisto del don de volar, asumió su estrella mutante, y es un dragón terrestre cabal. En él se prolongó la originalidad, dentro del hábitat donde no tiene par. La soledad volcánica lo hizo tomar conciencia de su capacidad evolutiva, tenía el favor de la ciencia infusa que de a poco desarrolló: huir de la estupidización fue algo innato en él. En principio engañando aun a su padre nutricional, el Cíclope, que por esa capacidad de mimetizarse en las dunas volcánicas lo creía erróneamente un cobarde. Superó la cruda

realidad de huérfano híbrido, creció fuerte y sano merced al aislamiento que le proporcionó taita Cotopaxi, y con ello se libró de convertirse en momia respetable como Dragón Rojo, o en fonomímico a imagen de los cinco grandes dragones que nunca ha visto. No ha percibido nada concreto de sus congéneres aéreos, tiene difusa información de ellos, la que le ha llegado a través de reminiscencias mitológicas que le confió Galadriel, cuando ésta gozaba de su palacio estival en un punto del Cotopaxi. Disfrutó de las instalaciones, parques y jardines, de ese monumento de la belleza arquitectónica de todos los tiempos que hoy yace en ruinas, siendo los restos sagrados de una época fastuosa a la que sólo tiene acceso un hombre: Kantoborgy.

Una vez que los bípedos parlantes se dispersaron para contemplar en el paisaje femenino que arroba al macho humano, Panda, con la silente aquiescencia del superalfa, también se marchó deseosa de hallar el familiar rastro odorífero de Krizofilax Equinoccial, su viejo amigo, el cual, siendo ella adolescente, le enseñó a jugar en serio a las escondidas. Ella estaba celebrando su año uno de vida cuando visitó por primer vez el hábitat del joven dragón, con el que hicieron migas sin que de por medio exista introducción alguna. Aquella mañana agarró una pista potente y abandonó al amo, se alejó a favor de esa apuesta odorífera gigante, la que era irresistible ante sus narices; se fue tras el aroma de lo inusual, sin haberse propuesto romper el contacto con las patas zancudas del hombre. Y dentro del laberinto de dunas estuvo la jornada entera, aunque no pudo acorralar del todo al animal, le bastó la figura que levantó con las feromonas del perseguido. Las señas del dragón escurridizo eran una invitación firme a divertirse entrambos: ¡Persígueme y encuéntrame..., si puedes! Tan intensa fue esa empatía de los dos jugadores que Kantoborgy, tras agotarse reclamando con silbidos el regreso de Panda, se pasmó creyendo que ésta se había extraviado de verdad y se culpó por haberla traído a celebrar su primer cumpleaños a las dunas de Krizofilax Equinoccial, donde perderse entre nubes es una tentación irracional.

La adolescente Panda de entonces no podía lamentar su acción porque estaba inmersa en un reto impostergable con lo desconocido, ahí se le exigió sacar a relucir la milenaria dote para ir tras la presa que reconociéndola enorme no le intimidaba, tanto que pasó por alto la autoridad del superalfa. “Aplicándome retrospectivamente en la noción que tengo de psicología canina, comprendí que Panda no se preocupó por lo que hacía el amo, asumiendo por instinto que yo estaba haciendo lo mío; es decir, dio por hecho que yo también había entrado a una persecución frenética del fenómeno que ahora nos es tan familiar evocar. La chica no se equivocaba, pero yo no lo buscaba con el olfato como ella, lo hacía con mis ojos ávidos por reflejar un instante extraordinario; quería ver al mutante perdiendo en un recodo y, tras él, a la perseguidora a punto de alcanzar su cola”, le había dicho a LG. Esa ilusión de atrapar *in fraganti* a los dos jugadores no se plasmó, y, con el crepúsculo encimándole, la dio por extraviada a Panda. Se había desgañado llamándola al orden, quedándose sin voz ni ánimo para continuar con su reclamo. El cadencioso pajonal que el gótico relacionaba con el placer de observar a sus perros transmigrándose en lobos, descansando así de los pasos azarosos de las cumbres monstruosas, de súbito se tornó triste a pesar del magnífico fuego crepuscular. Con la postrera luz de los venados se apresuró a volver al lugar donde quedó estacionado Rocinante, manteniendo un hilo de esperanza latente, el de hallar allí a la discípula de Diana cazadora. “¿Y qué crees, amigo LG?... Ahí me estaba aguardando, la bandida rezumaba contento”.

Kantoborgy se mueve con naturalidad para no dar pie a que Krizofilax Equinoccial cunda en nervios, entiende que éste desaparece si alguien despierta su desconfianza. Pincho no trabó amistad ni de lejos con el joven dragón, ambos se ignoraron allende de que el perro redobló sus mensajes feromonales cuando anduvo airoso por estos pagos. ¿Qué le pudo manifestar Pincho a Krizofilax Equinoccial? A Kantoborgy le agrada decir que cada vez que alzó la pata marcó lo siguiente: “Yo soy el macho mandamás, así que puedes irte de paseo

porque no voy a hacerte la fiesta persiguiéndote, gusano escurridizo". De hecho no ha vuelto a traer a Pincho por acá ni viene con más miembros de su manada canina debido a que la fortuna de sentir al menos las vibraciones de Krizofilax Equinoccial se esfumarían. Otro aire es con Panda husmeando en estas dunas, la química dragonil se dispara espontáneamente. Curioso asunto, tomando en cuenta que Panda es la perra más feroz que ha tenido, poco afecta a los juegos con los otros canes porque termina atacando de verdad, y, con un engendro casi invisible e intocable, congenió de entrada. Por la experiencia ganada en sus "perdidas" en este territorio dragonil, ha llegado a la conclusión de que el mutante más que evaporarse se mimetiza, de la cola a los cuernos, entre el entorno herboso; pero habiendo un juego de por medio con Panda sí se oculta y corre a otro escondite cuando las células que se desprenden de sus escamas han sido detectadas por la nariz perruna. Krizofilax Equinoccial es un aristócrata, escogió a Panda para beneficiarse entambos de una duradera amistad terrestre-mamífera-reptiliana.

Lester González despide entusiasmo, está identificado con la suerte de Krizofilax Equinoccial, éste conectó con su propio pasado, cuando en la escuela de los hermanitos cristianos era un autista memorioso. Qué fructíferas han venido siendo estas desiguales caminatas con los montañeros, más allá de su diferencia presente que hace lo mismo que ellos, hablar con Gaia. Se ha mantenido a distancia de cualesquier meta ascensionista de respeto, y, no obstante, acabó sintiéndose tan cerca del pensamiento de aquellos que ha ganado a dos flamantes amigos antes que haber recuperado a los compadres de la secundaria bernardina. Vive esa comunión de espíritus indomeñables, a cual embebido en el tiempo que le cuadró entre las dunas de Krizofilax Equinoccial. Julián González, su padre, fue campesino aprovechado, casi dichoso porque lo abandonaron a tiempo sus seres queridos, para que muera con el corazón abierto a los sembrados y bosques de *La Era*. LG nació endemoniado, hizo uso de memoria apenas abrió los ojos y chilló largo como una cigarra, quería un planeta sólo para él:

un paraíso que le negaron apenas le dieron de cachetadas los doctores. Y cuando creyó que podía ser libre como los pájaros de su infancia, lo encerraron en las repugnantes aulas de los hermanitos cristianos; tuvo que defenderse con su temprana capacidad de aislamiento, guardándose de la obligación de ser la razón de vivir de los soldados del egoísmo inferior. “Uníos progenitores humanos: multiplicaos sin restricciones hasta ser la envidia de las termitas”, leyó en el muro de los grafiteros del palacio de Guapulo.

LG está embebido en lo primordial, estas caminatas agrestes le han dado salud, cosecha los frutos de su desprendimiento de los miércoles. Avanza siguiendo el arroyo que lo envuelve en la eufonía que recupera de la vertiente de su niñez, allá en *La Era*. Ese cuadro de su infancia ha permanecido indeleble para el memorioso, como todo lo que grabó con los ojos cuando potenció al máximo la capacidad de no-olvido, pero se había olvidado de lo que es palpar con el corazón la naturaleza de un laberinto femenino. Se ha creado una zona de fertilidad para el ser atorado en las ínfimas posesiones que no lo han hecho rico frente a los afortunados de espíritu; en este regio territorio es que entiende y puede practicar el arte de vivir para morir con dignidad. Bienaventurados los huéspedes del ondulante país del príncipe de la fuga, los remontados entre las nubes y el pajonal en no se sabe qué delicias viriles. Cuando Kantoborgy lo invitó por fin a dar la vuelta por las dunas de Krizofilax Equinoccial, intuyó llegaría este momento como coronación a su esfuerzo por conectarse a los montes tropicales. Se había preparado para el clímax de su ambición de caminante nivelado, habiendo ya hecho sendas caminatas de lo alto a los valles por senderos que le han servido de purgante a un cuerpo saturado de toxinas.

Se han dispersado los visitantes para concebir la disipación que les corresponde. Lovochancho y Kantoborgy vinieron relajados puesto que habían resignado subir por las laderas de los animales andinos que cercan a las dunas, entrando desarmados, casi tan desnudos como Panda, al turgente laberinto. Siendo el novato que, por excepción a su regla de

sólo portar una mochila de jardín de infantes, trajo consigo mediano macuto cargado de exquisiteces para hombres y canes. LG está zigzagueando por el rumor amigable del cristalino arroyo; viene internándose en los secretos de Krizofilax Equinoccial. Va anejo a la melodía acuática, perdido en la recreación de su *Nefertiti* tomando baños de cascada subtropical. Han pasado meses desde que los canes de Kantoborgy le obligaron a recuperar al perro como un sentimiento, superando la aversión a lo salvaje del principal de Ecuainforme S. A. Deja atrás años de empaquetamiento en las normas del deber ordinario, tan alejadas de la originalidad del chiquillo rampante en los árboles, y charlón con los animales domésticos, que fue más allá del Chico Silencio de la escuela. En el ínterin de sus fatigas agrestes de los miércoles, el asco inicial que mutuamente intercambiaron con los canes de Kantoborgy, trocó en amistad recíproca entre mamíferos. Está rumiando el placer de haber sorprendido a los montañeros —mas no a Panda—, presentándose con bocados de la Casa Chancholovo. Ha venido a ser una especie de banquete ambulante; pronto lo evocarán sus amigos, cuando las dunas les abra el apetito por las cosas de comer, añorando la hora del almuerzo campestre que encarna el portador de los manjares. Panda, más precavida que los otros dos, escogió mantenerse vigilante para no perder de olfato a su hueso, tiene controlado al hombre que lo transporta, mientras éste asume que la loba lo prefirió y por eso corre cada vez a su encuentro.

Panda chapoteaba en el arroyo y de repente se quedaba quieta, alerta, como si escuchara el llamado de Krizofilax Equinoccial para jugar a las escondidas; luego salía disparada. Este misterioso ir y venir de la cazadora lo llena de regocijo, figura que él es el amo que crió y adiestró a esa máquina de vivir. Panda ya roza su rodilla con la cabeza y le concede fácil la oportunidad de posar su mano sobre ella, y él inventa un lenguaje para entenderse con la loba, le nace de una capacidad que creía extinguida, reconciliándose con los animales puros que creyó había neutralizado de manera irreversible en su torre de marfil. Allá, en las cuadras de la rutilante domestica-

ción, tomó asco al bárbaro para obligarse a socializar con los que superada la secundaria devinieron en “los suyos”, los ejecutivos adictos a la moda de madurar y alcanzar el hedonismo a costa de la exterminación del niño espontáneo. Y renegó del bárbaro para sepultar al chiquillo que hablaba distendido al perro y a la gata, al ganso y a la gallina de guinea. Ese afán de aprender a olvidar lo hizo que se sirva de lo útil precedero. Manejó la monserga de la incesante actualización del mercado de maravillas electrónicas, se zambulló en las frivolidades del tráfugo.

Lovochancho ha mantenido fluida comunicación con LG en las semanas pasadas, el pretexto de dialogar tomó la forma de reconstruir la expedición a las lagunas del Compadre. Bajo esa encomiable misión de recuperar los sucesos acaecidos en dicho ecosistema lacustre, se dieron a reunirse a la sombra del cerro Ilaló, dentro del parque amurallado del matemático de Guangopolo, donde aprovechan para tratarse como sibaritas. Allá corre el vino *Sangre del Caravasar* y el exclusivo *Queso de Casa Chancholovo*, haciendo de sus encuentros banquetes propicios para el coloquio. El matemático convive con el sibarita, y el lenguaje de lo versátil es real en un sujeto que LG había creído sólo estaba hecho para la nitidez gélida de lo abstracto. Se equivocaba con el señor Lovochancho, he ahí un hombre con el corazón galopante en tierra a pesar que tiende a la perfección de las esferas. Lo curioso es que no se agota el tema de los sucesos del Compadre, se desparrama a otros niveles, donde intercambian la sustancia de sus mundos ya trajinados en lo que les tocó vivir después de la dispersión de la gallada bernardina, una vez culminado el bachillerato. ¿Qué fuimos, qué somos, qué seremos? En todo caso, se aporta en todos los frentes a la ficción que hará Lovochancho de esa anécdota tragicómica que, “por gravedad y justicia”, tiene de protagonista central al Aqueronte y su *ira de Dios*.

Lo que hizo Aqueronte con los otros le tiene sin cuidado porque es cosa vivida por ellos y no por LG, quien es el que al cabo revive lo suyo para incorporarlo a su presente. Lo que tuviere que aportar al respecto el extinto jabalí Muñoz

transmigrado por acción de su vena musculosa en rinoceronte Muñoz, es cosa que le correspondería íntegramente a éste suponiendo que estuviera predispuesto a rendir testimonio sobre la tenebrosa tajada que cobró en El Compadre, cosa fea de recrear para alguien que nunca se creyó tan fuerte como Aqueronte, pero sí se hacía la ilusión de hacerle calor llevado al extremo de no poder rehuir a un enfrentamiento físico. De hecho, cuando se dio esa malhadada oportunidad de cotejar su fuerza con la de Aqueronte, fue zarandeado inmisericordemente, lanzado por los aires como si fuese un martillo. De ahí la razonable sospecha de que jabalí Muñoz entró en metempsicosis para renacer como rinoceronte Muñoz, y así sepultar esa vergonzosa lección física que le propinó Aqueronte. El *jabalí* se convirtió en *rinoceronte*, mediante el fisicoculturismo se ganó el respeto de la morlaquía, y se vivificó ante sí mismo. Hay que tener ansia de transformarse para someterse a una vigorexia a base de técnicas y esteroides, dietas rigurosas y sinnúmero de horas dolientes en el gimnasio. Todo, todo, para soñar con el corazón ardiente y esforzado que algún rato derrotaría a “la ira de Dios”.

No obstante, rinoceronte Muñoz, no se había atrevido a sostenerle la mirada al Aqueronte en su último encuentro fortuito, teniendo la oportunidad de hacerlo porque por fin luce el doble que el otro, pero no lo hizo debido a que ha resignado totalmente su venganza física a favor de un desquite ideal. Hizo bien el rinoceronte Muñoz, para qué arriesgarse a echar al traste tantos años de culto al cuerpo cuando la auténtica batalla radica dentro de su personalidad y no contra la de Aqueronte, el cual no tuvo conciencia de lo acaecido, pues, sólo sabe que a través de él se desató la *ira de Dios*. Lovochancho también ha desistido de indagar más en los otros secuaces de la juvenil expedición al Compadre: “De M. Puertas conseguí bastante, y añadiendo lo tuyo que no se agota, me basta. Por la fuerza de tu testimonio entiendo mejor tu comportamiento posterior, cómo sacrificaste al campesino por los réditos del triple-ingeniero”.

LG echó por la borda los años que pudo haberlos entregado a forjar al campesino de carne y hueso de *La Era*, o sea

al hombre que podía llegar a producir el *súmmum* de un piso vegetal, y gritar desde la cofa de su carabela: ¡*terra petra!* Sí, aullar, aullar como un poseso, su descubrimiento de la *tierra negra*, la fértil riqueza que los corazones de los exploradores mediterráneos, los que hicieron la epopeya amazónica de ayer, no supieron proyectar para un futuro de autonomía alimentaria. El Dorado real era y es la *terra petra*. Por eso, en quince años de añejamiento de parcelas elegidas para la abundancia, iba a obtener la bendición de Ceres, la iluminación del agricultor, contar con un suelo infatigable cosecha tras cosecha. Inspirándose en la hazaña del ausente doctor Teodoro Morris —el único hombre que probó del tesoro de Quinara, sacando su tajada con el fin de sembrar prosperidad inalienable—, el joven Lester González quería inaugurar una nueva versión de quinta San Agustín, y decir como reza en el portal de la hacienda que hoy regenta Ana de Cazaderos: “Jóvenes, ahí dentro de este suelo está invertido el tesoro”. Su idea de lo que debía y podía ser *La Era*, venía a ser un paso delante de lo que se hizo en quinta San Agustín; aunque uniéndose en lo fundamental a la praxis anarquista de Morris, quería poner su propio sello a tal empresa. Hoy relaciona que buscaba sembrar algo distinto pero equiparable a las ascensiones, que apenas concluida la secundaria, hizo Kantoborgy; así como éste abrió en solitario rutas inéditas conquistado su miedo sobre las rampas de *Las montañas del terror cósmico*, el muchacho LG soñaba con los peligros de montar su tierra prometida.

Esta aproximación a los colosos andinos ha hecho que el corazón de LG hable alto. Él escogió el camino más hábil para vencer a la maldición de la memoria constante e imparable, haciendo de los sembrados infatigables un sueño en medio de la época del sujeto mecanizado, volviéndose solvente ejecutivo de metrópoli mientras el granjero de subsistencia se materializaría imperceptiblemente. Se decidió a adoptar la mascarada de las humanidades modernas, se confundió con ellas para ser visto como un ciudadano más que corriente, un sabio de las especializaciones. Vino a ingresar primero a la facultad de Ingeniería de programaciones electrónicas, luego,

cuando se dio cuenta que ahí no tenía que esforzarse para crear sino apenas almacenar cierta información para la consecución de objetivos específicos, se enroló en la facultad de Ingeniería de aplicaciones neurolingüísticas y de ahí, por inercia de la fundación de Ecuainforme S.A, le fue gracioso acomodarse en los pupitres de la facultad de Ingeniería de emprendimientos. He aquí cómo reventó el triple-ingeniero, la envidia de los unidos a una sola profesión. LG se casó con tres ingenierías y las traicionó a las tres, entregándose a múltiples cursillos de posgraduado, a los seminarios para ser aprovechado mercachifle sin compromisos con la posteridad.

El triple-ingeniero había renunciado a su idea de *La Era* pero mantuvo recóndito el ideal del campesino de la tierra prometida. Días después de la muerte de padre vendió *La Era*, con ello firmó el acta de renuncia a la *tierra negra* en la comarca de San Antonio de las Aradas, la única idea meridiana que ha tenido como proyecto de vida se trocó en sueño. El resto fue una gran excusa para ejercer eso que tanto anhelaba adquirir a fuerza de voluntad, la suerte de olvidar a su albedrío para que la memoria deje de tiranizar cada segundo de sus horas grabándolo todo a granel, en bruto, sin darle sentido a nada de lo que engullía. Ser memorioso era la maldición de retener fotográficamente el transcurso del tiempo. Graduándose de bachiller hilvanó su plan para soterrar la idea de la *terra petra*, se convenció de que estaba haciendo lo correcto para curarse del memorioso a fuerza de deglutir los bocadillos que proporcionan los centros superiores de aprendizaje borreguil. LG, se decía despertándose a la realidad del trepador: “Hasta ahora los sueños me han librado del racionalismo a ultranza, o de la cordura total de un androide”.

Al futuro triple-ingeniero no le venía en gana partirse el lomo con faenas agrícolas, no tenía la paciencia del sembrador para una abundancia de frutos a largo plazo, pues, primero había que cocinar a la suerte de paella de desperdicios orgánicos biodegradables que fundiéndose con el magro suelo primigenio constituyen la *tierra negra*. Y esa cocción de los elementos que hacen el súmmum de la fertilidad requería de

más de un lustro, la recompensa debía reconcentrarse a profundidad y en silencio como un aguardiente añejándose hasta ser obsequio de Baco para el gusto del catador. Tal iba a ser la recompensa de su juventud dedicada a sembrar a largo plazo la tierra prometida, pero más haló el vértigo de una carrera al éxito en la ciudad capital. Ser pionero también era ser sobrio guardián de su ambición en la metrópoli, era saber aguardar los resultados del experimento. Sembrar *terra petra* hoy y cosecharla pasando una década le sonaba hermoso; pero no fue así de fácil a la hora de la decisión práctica de ser campesino, y abandonó sin empezar la empresa que sólo tuvo fuerza entre los pupitres de la secundaria. La única idea fundamental que ha tenido desde la adolescencia se estancó a la hora de ponerla a rodar en el sitio de acción del anarquista real, no asomó el sufridor del suelo que había que cebarlo día a día para el enriquecimiento integral de su explotador del mañana.

La inteligencia del futuro triple-ingeniero dirimió entre *terra petra* para el mañana o acción positivista para hoy. El intelecto marcó la diferencia ante el amor de los sentidos por la tierra paterna, y prefijó que primero tenía que hacer fortuna en la ciudad y luego entregarse al placer de la experimentación allá, sobre el lugar que a futuro elija para fundar *La nueva Era*. Le había dicho a Lovochancho: “Y ahí sí, plata en mano, invertir la liquidez que me brindó el éxito del triple-ingeniero. Ahora puedo y debo hacerlo porque me he quitado la idea de cosechar en dinero sonante lo que voy a sembrar. He de acomodarme con mi equipo de catalejos colocados estratégicamente en el balcón circular de mi mansión panorámica, subido sobre una colina que me permita contemplar el surgimiento de la tierra prometida, y he de vivir como el anarquista que deja crecer el fruto imperial de los sentidos”.

Aqueronte, empezó a llamarlo a gritos ¡Campesino!, y lo hacía con gracejo no exento de cariño y admiración, pues ya se imaginaba las visitas que haría a LG para disfrutar de su hospitalidad. Aqueronte se refocilaba figurando que iría a *La Era* a reposar de sus amores difíciles, a restañar las heridas de las pasiones del cosmopolita, a tragar buen aguardiente,

a tener conversaciones de hamaca, a respirar hondo del crepúsculo sureño y del perfume que emanaría de la tierra prometida añejándose. “Has tenido una regía idea, mi querido ¡Campesino!, todos... Lovochancho, Kantoborgy, etcétera... hemos celebrado tu valiente apuesta, y nos harás dichosos cuando nos invites a gozar de los productos de la *terra petra*, de tu mesa abundante y exquisita como la de los dioses griegos. ¿Quién diría que tú, el niño Buda, el Chico Silencio, se iba a convertir en labrador infatigable y guardián de bosques viejos?”.

El perfeccionamiento de *La Era*, fue una tarea que debía asumirla con la voluntad del bárbaro a cuestas, arremetiendo contra la decadencia que padre vio venir a su heredad cuando escuchaba a su retoño perorar tanto sobre la *terra petra*. Julián González intuitivamente había hecho de su hacienda un hogar agradable para respirar, aplicado a un suelo comedido bajo sus limitaciones. En *La Era* de Julián González se rotaban los cultivos y también se rotaba el descanso de los suelos por parcelas, la mitad de la tierra se la destinaba al placer de preservar bosques primarios, los que generaban el combustible que prende al alma. Lo de perfeccionar el uso de la tierra era una gran idea, pero el resto ya estaba ahí, y, ese resto, era todo para el abandonado feliz que encarnó Julián González, siendo el hombre que heredó la tierra sus mayores y la supo mantener como éstos lo hicieron y la explotó de manera pausada usando la vieja tecnología del aprovechamiento sustancial. Julián González, le alcanzó a decir a su único vástago con el último suspiro: “Tranquilo, vas a darte lo que tienes que rendir”.

LG, antes de cumplir veinte años, soñó lo que tenía hacer, pero fue más útil que guerrero por eso vendió a *La Era* original para añorarla a través de *La nueva Era* del futuro, la que tampoco será para agotarla con monocultivos, será todavía más exuberante y primitiva. Llegó al minuto donde lo de sembrar la *terra petra* ya no es una meta para satisfacer la ambición del joven busca fortunas, sino le viene como una fuente de vitalismo que ha ido añejándose en un bosque de especies endémicas. Lo anima saber que sólo tiene que decir “sí, sí me

atrevo", y adquirir la tierra para darse a sí mismo lo que tiene que rendir hasta el fin de sus días. He ahí el mensaje clarividente de padre, Julián González. Basta un trueque por posesiones citadinas, acaso no es esa la buena nueva que le trajo la *Nefertiti* del Salón Amarillo, coincidiendo con las caminatas del semisalvaje de los miércoles.

Aqueronte no sufrió por no poder ir a descansar, de los golpes amorosos que le propinaban las descendientes de Eva, en la hacienda del "Campesino". Apenas se graduó de bachiller emigró a Andalucía, siendo favorecido por su doble nacionalidad, o como él decía: "nacé mediterráneo y por añadidura lojano". Allá engendró tres robustos andaluces a los que denomina, por orden de edad: Lovochancho, Kantoborgy y Lestercito. "¿Qué será de ellos?...", suelen preguntarse sus homónimos ecuatorianos. LG, los conoce de oídas por las menciones que hace Aqueronte de estos. "No ando a cargar fotos de mis hijos porque los de las fotos sí son fantasmas... ¿Qué me ves con esos ojos de demonio?... ¿No crees lo que te digo? Te digo que sí, de existir existen, no lo dudes amigo LG. En todo caso yo los llamo así, como oíste, y eso me basta. Obviamente no quita que las respectivas mamás los hayan registrado con otros nombres cristianos a sus respectivos cachorros, como comprenderás esto ya es una cosa que no es de mi incumbencia; para mí han sido, son y serán, de mayor a menor: *Lovochancho*, *Kantoborgy* y *Lestercito*... No te miento, ¡ciudadano!, mis retoños se muestran encantados con los nombres que les chanté".

El bachiller Kantoborgy sí se alejó, aprisa y a propósito, del futuro triple-ingeniero. Pronto las explicaciones fueron innecesarias por insostenibles en sus diferentes realidades posbernardinadas. Así, cuando de improviso LG —rumiando ya la especialización a ultranza que siguió a la heterodoxia del adolescente bernardino— se lo encontraba al montañero en auge ascensionista, su cruce de palabras era forzado e inapetente para ambos; en esas ralas ocasiones que se toparon involuntariamente, la confusión callejera pesaba dentro de sus almas. No obstante, tras lo aparente de su desentendimiento

posbernardino, a pesar de no querer decirse nada importante en el casual cruce de palabras trepados sobre el fragor ciudadano, algo en el fondo se comunicaban entre ellos porque se despedían con un abrazo sentido. Sabían que no se iban a ver más sino obraba el hado, éste dispondría si se topaban nuevamente en la rayuela, de las múltiples esquinas y los millares de semáforos *inteligentes*, a la que el gótico muy de repente se acercaba a mover su ficha. Pasando días de esos fortuitos choques con Kantoborgy, a LG le atacaba la certeza de que apenas segundos después de haberse despedido de éste, alguien le gritaba por la espalda: “¡Haz un esfuerzo para alcanzar la otra orilla, algún rato tendrás que dejar de ser náufrago!”.

La disolución de la gallada adolescente del Bernardo Valdivieso, fue el fin de un absoluto para LG. Quedó para la anécdota la amistad de pequeña urbe provinciana del grupo de los seis. El hecho de verse sin la presión de los ojos soñadores de la muchachada que le exigía cumplir con su promesa de enriquecerse material y espiritualmente en *La Era*, fue la circunstancia clave para que LG opte por la conquista de un patrimonio en La Medusa Multicolor. Él no dio marcha atrás en el sueño del perfeccionamiento de *La Era* porque jamás ejecutó ápice de esa idea superior, y no se puede retroceder en algo que no se empezó sobre el terreno de la acción. Podría decir que se parapetó en premisas de esta laya, “si no avanzas, tampoco retrocedes”, o, “no es posible arrepentirse y regresar si todavía está por hacer el camino de ida”.

Lester González es paradigma del individuo que no le va mal cuando da una imagen de súper-normal. ¡Salve, tripleingeniero!, exclaman las masas. Le reconforta cerciorarse de que él buscó una riqueza liberadora, pues, el espejo que reflejaba al campesino ideal no se ha empañado, por el contrario, cada vez es más diáfano su reflejo desde que se le apareció la *Nefertiti* que huele a árbol y poco después emergieron en el presente, tal como son al día, sus amigos montañeses-montañeros. Esto sí está siendo Actualizarse, con mayúscula, a favor de su personalidad, en el terreno de la acción de las razones del alma. Suficiente ha tenido con el bienestar palpable que le

rodea y que ha mantenido sin forzarse al máximo, sin darle todo de sí a la empresa Ecuainforme S. A.

Qué alivio fue para LG olvidar lo que indefectiblemente grababa el fantoche. ¡Desprenderse de lo fatuo de cada día, divino tesoro! Vaya lucha en la que emprendió para doblegar al impertinente memorioso, sólo él sabe lo que fue enviar a ese demonio al basurero del diario. Haciendo acopio de humildad llamó a su corazón para aunar fuerzas contra el infatigable fotógrafo de la nada. El corazón, aunque herido por no haber sido el conquistador de la *terra petra*, se incorporó a la guerra para someter al maldito memorioso y colocarlo en el lugar que le corresponde: ser útil únicamente cuando su patrón requiera de sus servicios puntuales y, cuando se le diga “¡largo de aquí!”, desaparezca sin protesta. Esa derrota de la claridad insensible del memorioso frente a la compleja vitalidad del corazón primordial, tiene gozando al caminante de este no saber dónde está entre las dunas de Krizofilax Equinoccial.

LG prosigue contracorriente, el rumor del arroyo lo refresca como si estuviese pasando agua bendita por el gaznate. No reprime el regocijo de tener a Panda intermitentemente a su lado, puede palmotearla a placer y simular jadear y gruñir como lo hacía con los canes runas de *La Era*, allá poniendo distancia con la impavidez del niño de la escuela de los hermanitos cristianos. A propósito perdido en este laberinto femenino, le provoca gracia la decadente carrera de mercachifle ejemplar que hizo con el mínimo esfuerzo de sus tres ingenierías. Cuán cándidos son los adoradores de la mnemotecnia, esos aspirantes a memoriosos soñando con el máximo esfuerzo para perennizar cosas vulgares sin realmente aprender nunca de ellas ni tomarse el trabajo de intentar lo difícil, lo íntimamente complejo, crecer y crear con los sentidos alertas. Cuántos bostezos de felicidad le trajo olvidar los seminarios de actualización del posgraduado, desde que supo domar a su insaciable memoria ésta se sujetaba a lo inmediato mientras su patrón quería servirse de lo inmediato. Después del brindis, y el ágape, por la entrega-recepción del diploma correspondiente para derrotar cualquier crisis productiva, se difuminaba todo el conteni-

do de su utilidad. Su conciencia ya contaba con el comando “borrar”, y para dicha íntima podía hacer clic en la palabra “borrar” y el paquete de información que había ingresado en bruto a su memoria, sin editar, se desvanecía, quedando aliviado como una ida de vientre saludable. Ha preservado los diplomas a manera de lápidas decorativas; cada papelito de “actualización” resplandece, en marco de lujo, realzando las paredes de la sala de negocios del triple-ingeniero.

LG había conectado con la personificación que en radio-libre Marañón se hizo del dragón que agarró gusto por jugar a las escondidas, convirtiéndose esta distracción en un acto religioso. Reflexiona en que escapar hacia lo sano no sólo es la religión de Krizofilax Equinoccial, sino que ya es la suya también. Durante estos meses, en este tiempo de montaña, ha celebrado “como un semisalvaje” las ocurrencias del gótico que le habla del dragón tal o cual como si se estuviera refiriendo a sus canes, vivos y ladrando en el cráter del Pulumahua. Kantoborgy, a semejanza de un Quijote extraviado en el siglo de la incomunicación satelital, se pone pálido de amor cuando menta a su amada ausente, Galadriel, asumiendo que su donosura es de conocimiento universal. El montañero, dentro de su desdoblamiento onírico, es dragón volando sobre el mar de nubes carmesí del reino de la divina. Cómo no contagiarse de ese maestro de lo inútil en el país de la soledad vertical.

LG ha comprobado que Kantoborgy vive mejor que un rico entre los ricos. Come de su huerta hidropónica, de sus cuyes macabeos, del pan caliente casero. Hace trueques con Lovochancho para obtener quesos y compotas a cambio de entregarle material montañero, y el doctor M. Puertas lo colma de buen vino para que le obsequie migajas verbales de sus aventuras himaláyicas. Kantoborgy tiene lo que el triple-ingeniero ha buscado y busca dentro de la urbe patrimonial, la buenamoza campesina de pantorrillas fuertes y nombre fragante, Alelés, quien se encarga de los quehaceres del hogar y lo contempla como a un rajá; además cuenta con la jauría que lo venera y guarda celosamente su mansión bucólica, no son perros del hortelano. ¿Qué más?... He ahí un hombre que cultiva su realidad.

LG reconoce que las máximas del no-deseo que le transmitió el profesor Rabibuchi le vienen al paladar desabridas, con sabor a todos los cursillos que ha seguido para el éxito en tiempos de crisis. Los bandidos positivistas se han robado todo lo que han considerado útil del budismo para incorporarlo al no-sufrimiento del emprendedor ecuménico, y minimizar el dolor de la máxima “explotaos y exprimiós unos a otros hasta la médula de vuestras ambiciones intrascendentes”. Se trata de derribar los últimos apegos y pudores espirituales para que el ávido cursillista no sufra cuando su yo muerto de hambre desea a morir el placer, a lo hombre, que proporciona el billete. No se consume el placer a lo bestia como ellos, entiéndase la Panda que salió a lo bestia a perseguir a Krizofilax Equinoccial; éstos sí disfrutaban de su existencia a lo salvaje. Sólo el positivista aumenta con la especulación del billete, aunque finalmente sale del mundo a lo bestia.

LG se ha preguntado por qué no habrá módulos para que los humanos devastados moralmente por su acaparamiento en épocas de crisis, aprendan también a vivir a lo bestia. No sólo pasar de largo como el ultra-positivo JP, el cura ranclado que sufrió a lo macho los grilletes que le colocaron los jesuitas a su yo muerto de hambre de posesiones. JP, una vez que tuvo el valor de aceptar que se había equivocado de celda y abandonó la humildad franciscana, renunciando a ser un noble y moderado artista del hambre divina, se hizo pastor de la tecnolatría. Todo ese preámbulo de la conversión de JP a “los valores positivos de la humanidad”, fue esgrimido para recomendarle a LG que vaya a donde Rabibuchi. Aunque el monje budista se empeñe en transmitirle el no-deseo al educando, éste puede y debe hacer lo suyo: dirigir la nada del no-sufrimiento a un sí deseo realidad táctil a los ojos, oídos y olfato. He ahí el génesis de la *Nefertiti* que huele a árbol.

El calvo JP convenció al peludo LG para que vaya a hacer ejercicios espirituales en el Salón Amarillo, de Rabibuchi, el casi colega del exjesuita. JP le avisó que la sensación de lo etéreo era indispensable para remozar las convicciones del individuo que crea riqueza palpable con la fuerza del hambrien-

to de cosas. Rabibuchi, un ser estéril, momificado, también se mete buen billete por negar paladinamente el sufrimiento a plazo fijo, y compartir su ayuno de dolor con los atormentados por el ente hambriento de occidente que ya se fundió con el fantasma insaciable de oriente para producir a lo hombre global. Oh, manso Rabibuchi, qué puedes enseñarle al que fue el Chico Silencio, genio memorioso de los hermanitos cristianos. Qué puede el Chico Silencio aprender de un monje oriental, si nació para el no-sufrimiento del aborregamiento que inoculan en la televisión, en las escuelas, en los colegios y universidades donde neutralizan el conocimiento infuso, donde no crean espíritus libres sino entes voraces. No obstante, por la gracia de *Nefertiti*, le regaló a Rabibuchi el libro electrónico tamaño bolsillo para que tenga a mano una biblioteca universal sin salir del Salón Amarillo. Rabibuchi fascinó con el obsequio.

“Hay que llegar a cierta edad para desatar, ¡muerto de risa!, los cabos que pasaste atando frenéticamente durante lustros con la intención ilusoria de no dejar cabos sueltos”, es probable que Aqueronte sea el que dijo esto, aunque el que está sintiendo eso es el caminante LG. Aires vivificantes rocían su integridad. Aquí está serpenteando por el jardín de flores blancas y carmesíes, expectante por las noticias que Panda le trae del joven dragón. Este es el andar y ver que Lovochancho refleja en su literatura lanzada al ciberespacio. Cómo gozó el matemático cuando le contó que haciendo la travesía desde los jardines del superpáramo del monte Cotacachi a la laguna de Cuicocha, observó quince letreros que decían ¡respira hondo, maldito! Nunca había leído tanto ¡maldito! en el transcurso de una mañana, dichos con gracejo aproximándose al cariño. Cuánto va a disfrutar de la reunión con los otros dos perdidos en las dunas; a la hora de la repartición de las viandas de Casa Chancholovo, los sorprenderá con la novedad de que tal vez vio algo de la anatomía del dragón. Panda fue la inspiradora de que ello ocurra de repente. “En esta suerte de dragones heteróclitos he de remitirme a lo que recalca el profesor Duvolosky, no puedes negar la existencia de vida inteligente extraterrestre porque no has contactado con un alienígena ge-

nial", le había dicho en días pasados Kantoborgy mostrándole, desde la ventana del Sincholagua, la kilométrica área que encierra el misterio de Krizofilax Equinoccial.

Apenas terminó el diálogo del preámbulo, bajándose de Rocinante, desaparecieron cada quien por su lado. Los montañeros lo hicieron confiados en que el ciudadano no iba a extraviarse si no se salía de la acequia. LG no está para hazañas en la conquista de lo inútil, y esa claridad le permite sudar lo suyo por estos lares que no ha hollado antes y que le regalan sensaciones que no experimentó en su itinerario cosmopolita, dígase las visitas a celebradas megalópolis de los cinco continentes, esas que ha cometido en son de negocios acompañándose de entretenimiento omnívoro. Agradece la comprensión que le brindan los montañeros, lo han dejado batirse a su albedrío en un sendero donde ha podido desorientarse y divagar como un niño, consciente de que no ha de extraviarse porque no hay bifurcaciones acuáticas. Para retornar al sitio de encuentro con los otros dos sólo tendrá que dar media vuelta, así entre en el colmo de la relajación o caiga una niebla espesa de espanto como las que a Lovochancho le encantan para sus narraciones de no saber dónde está uno parado, podría reconocer el murmullo y aroma del arroyo. Además tiene la marca de sus botas y la huella lobuna de Panda, ambos han depositado impronta visible y exclusiva sobre los pasajes de arena húmeda.

LG, de regreso, ha rebasado remansos que lo llamaban a reposar. Pero hizo alto en la playita que tiene a la vista la trompa de Rocinante, se adelantó al retorno de sus amigos y todo alrededor está dispuesto para el solaz de él y de Panda que exige su almuerzo sin más demora, pues, es la que jugó duro a la presa y el depredador con el dragón. ¿Cuán cerca estuvo LG de Krizofilax Equinoccial? Panda tiene la respuesta veraz; LG se quedará con la duda de si creyó ver o mismo vio, con la fugacidad del relámpago, la cola del fenómeno esfumándose en un recodo herboso. Lo que sí puede dar fe es que está sentado en una piedra plana, hundiendo los pies en agua corriente y fría. Un chasquido de dicha estremece su cuerpo

entero, sufre mini-electrochoque en mitad del calorcito reinante aún en el pajonal. Con las nubes grises agrupándose arriba, se acuerda del pronóstico meteorológico del gótico: “Suerte que vas a andar a la sombra de las dunas, si no en el descampado te calcinarías a mediodía. A partir de las tres de la tarde vendrá la metralla del granizo...”. Porta en su mochila ropa de invierno, también trajo toalla gigante acaso tenga ganas de mojarse por encima del tobillo y luego tomar sol cual lagartija. Sólo resta aguardar el arribo de los otros dos invitados al banquete de los filósofos de montaña.

FIFIRICHE DEL ENSUEÑO

Bajo la cresta azulada del Rucu Pichincha, viene descendiendo en sesgo la figura difusa de un cánido, cortando el empinado arenal que ha amanecido límpido, en la patina de sus grises no se divisa huella humana. Lester González apostó otra vez por excepción a subir, lo hizo al collado que le recomendó Kantoborgy. Está saciándose del Rucu que no ha visto desde su lujoso ático asentado en una colina oriental privilegiada, que le da una mirada caleidoscópica de la metrópoli. En casa tiene a su disposición la faz oriental del Rucu, la que llegó a serle indiferente incluso en crepúsculos y amaneceres majestuosos, como si fuese naturaleza muerta colgada en la pared. Contempla arrobado, llenando el gran angular de sus ojos, la cara occidental del adusto Rucu, la que da a la línea que lo une con el incandescente Guagua. No puede evitar sentirse veterano de este páramo, aunque antes no pisó esta altitud porque el soroche lo mandó de paseo al valle de Lloa. Cómo sea, ésta es la prueba de su renovación psicofisiológica, ha sido pragmático integralmente, tiene fuerza corporal y su alma bebe de los pétalos humectados de la genciana celeste, *Nototriche hartwegii*.

LG ha vivido años al pie de Los Pichinchas, apenas a trece kilómetros de la boca hirviente del Guagua, pero sólo cuando este volcán hizo erupción de baja intensidad, deslumbrando al género humano que observó kilométrico hongo gris ascendiendo a los cielos, asumió de que estaba residiendo en el cinturón de fuego de Gaia y que es un sujeto inerte ante los

fenómenos planetarios. Superado el susto (a la imagen de la apocalíptica energía que puede detonar un animal andino), le sucedió el desamor al mundo salvaje, sus sentidos retornaron al servicio de la superficialidad de los quehaceres arribistas. Eso del contacto espiritual con la Pachamama, a través de viajes sufridos a las montañas, era para los artistas del hambre. Él estaba ocupado haciendo billete, y no salía de la ciudad ni para ir a esas hosterías rurales de lujo que le recomendaba JP en aras de tomar buenos aires con una moza bonita. No requería de áreas verdes para montar su farsa de amor campero en casa, mediante las caricias que le prodigaban mujeres que se prestaban a disfrazarse de campesinas por una noche.

LG está paladeando las sinuosidades de Los Pichinchas con ojos de águila. Es formidable la aclimatación que goza en la media montaña, sus pulmones se han ensanchado, y no deja de contrastar el deplorable estado físico del bípedo callejero de ayer con la salud que despide el senderista de hoy. Le provoca placer acordarse de cómo apenas bajándose del todoterreno se metió prisa por subir, y caminó quince minutos hacia arriba y se quemó sin alcanzar siquiera a posar la vista sobre la caldera hirviente del Guagua. Cuando creyó que de golpe podía dar grandes zancadas “cual ejecutivo buscando ingresar al ascensor”, a poco se derrumbó bajo el látigo del soroche. En su segundo estar entre la línea del Guagua y el Rucu, se ha dado el gusto de hacer cortas progresiones ascendentes sobre el ondulante pajonal y, con Pincho -que mutuamente se hicieron ascos en un inicio-, ya se prodigan amistad de iguales.

Kantoborgy, Pincho y Lester González se reunieron en el arenal que baja a la costa, al pie de las murallas que han formado rocas erosionadas del estratovolcán, siendo el último paso dentado antes de tomar la rampa que sube a la cima del Rucu. Ellos se acogen al abrigo del atalaya que vigila el valle del Ensueño, tumbados en la suave y tibia arena cremosa. Kantoborgy goza de las lejanías como si estuviese en el palacio de su señora Galadriel; esta *playita* lo invita a irse con los filos de la gradiente andina descendiendo a la sabana, el calorcillo de la altitud quiere darse un abrazo con el sudor de los trópicos del océano Pacífico.

—Acomódate como más te agrade y convenga, amigo Lester; descansa nomás, tenemos horas de sobra para disfrutar de la mañana... ¿Qué te parece esta *playita* de altitud; es digna de la imaginación de Lovochancho, o no?

—Estamos de acuerdo Kantoborgy, es una *playita* lovochanchean, puedo percibirla así. Hace pocos meses no hubiera dado razón de que existen parajes mágicos como este. Yo ni siquiera era capaz de fijarme desde los ventanales de mi piso panorámico, con un aguardiente de las verdes matas adentro y hundido en la placidez de mi sillón favorito, en el sol de los venados dorando las rocas cimera del Rucu Pichincha. Aunque me agradaban las ficciones de Lovochancho lanzadas al ciberespacio, creía que para ver en serio en ellas tenía que mandarme un alucinógeno, una tortilla de hongos, LSD, qué sé yo... A la verdad, metido en soledad radical, así quiero recrear a esta *playita* mañana, como un rincón del Caribe transportado a 4.600 metros sobre el nivel del mar. A propósito de visiones, ¿no sé si observaste a una suerte de cánido bajando por la rampa gris del Rucu; me pareció un lobo blanco enorme, qué clase de bestia será ésa?

—Ya somos dos que hemos pillado a esa bestia peluda, a mí también se me antojó ver a un lobo blanco con cabezota de roedor. No obstante, Pincho, parece no haber detectado al lobo con cara de de cuy, probablemente su olor se disperso en el aire que sopla hacia el sur. En todo caso, es mejor que no llame la atención de la nariz de Pincho si lo que observamos es mismo un cánido enorme.

—Si ese animal resulta ser el macho imponente que ambos coincidimos en dibujar, podría armarse una batalla canina de impredecibles consecuencias, ¿no crees, dime tú que lo conoces mejor que yo a Pincho?

—Por eso tomé la decisión de escondernos bajo este castillo, y no seguir hacia la roca cimera del Rucu. Pincho es alfa-más-dominante, y si el otro perro tiene el mismo rango se trenzarían a mordiscos, quién sabe precipitándose en los abismos. Pero, estoy seguro que es una ilusión óptica.

—Esa criatura te pone a especular, y si es nuestro yeti ecuatorial y no se trata de un perro.

—Vayamos más lejos aún, suponte que sea un visitante interplanetario sediento de que lo investigue el profesor Duvolosky.

—¡Qué figura es nuestro ufólogo Duvolosky! Te acuerdas que antes se ponía furioso cuando recibía la crítica de los incrédulos, de los que rechazan la existencia de inteligencia extraterrestre; el profesor ya no se hace problema, se protege bien contra los que dudan del fenómeno alienígena pidiéndoles que no lo nieguen ni lo afirmen sino que lo investiguen. Lástima que no es político, ¡sería un gran político!... Tú que eres asiduo huésped del domo del Panecillo, ¿por fin lo invitaron al ufólogo a conocer sus instalaciones dionisiacas?

—Escuché a Olegario Castro en mis alucinaciones en la caldera... Si te conté de ese alucinante juicio “Kantoborgy *versus* La Masa”, pues ahí Olegario le dijo al profesor que tenga paciencia, que cualquier momento se le abrirá ese arcano para que investigue a placer dentro de él.

—Me enteré que la curiosidad del ufólogo se exacerbó a partir del lanzamiento del fenómeno Espaciales Saponáceos en radio-libre Marañón, e hizo públicas sus sospechas sobre lo que se podría estar encerrando ahí dentro. Parodiando al profesor, dijo cosa así: “Le he pedido, muy comedido, al señor Olegario Castro, que me reciba en el domo del Panecillo con el fin de recabar información pertinente a la cuestión alienígena, pero de forma sistemática ha sido rechazada mi solicitud remitiéndome un silencio sepulcral. Continúo esperando se me invite a pasar al edificio que es inexpugnable, manteniendo a distancia a los intrusos con el ¡detente! que lo circunda. Si un despistado traspasa el círculo de seguridad de *la nave* (muchas veces, el mismísimo Olegario Castro, así la denomina) es presa de risa demencial y contracciones. El ¡detente! hilarante viene a ser un escudo psicológico que nos hace retroceder con prontitud, entre sonoras carcajadas y compulsiones estomacales que no provienen sólo de la víctima sino de las personas que están ahí presentes curioseando y celebran la cosa como si

ellos fuesen los autores del chasco. ¿Cómo cerciorarme de que el domo no fue levantado con tecnología extraterrestre?... En esto y más consiste mi reclamo”.

—Amigo LG, celebro que hayas retomado tus dotes histriónicas de antaño, hablaste idéntico al profesor Duvolosky, así como cuando remedas a Aqueronte. Para mí que Olegario Castro sí aclaró en las ondas lechuceras de Marañón su posición frente al fenómeno Espaciales Saponáceos. Lo cómico fue el jocoso énfasis cuando se refirió a la herpetóloga Gitte: “A quien le concierne... Yo no afirmo ni niego el testimonio ES, pero tampoco lo investigo para nada, eso sí simpatizo con esa versión amazónica de lo extraterrestre por la belleza que su relatora le imprime. ¡Dios bendiga a la mujer danesa!”.

Los tres mamíferos se llenan de la salud que despide el vallé del Ensueño, anclados a los verdes humedales perdiéndose con la vertiente que desciende a la costa. Aromas del océano Pacífico suben a la *playita*, penetrando por las rendijas del soleado castillo. Aquí, Lovochancho, no se resistiría a hundirse en la brisa venusina olvidándose de cualquier reto cimero, y le daría por aullar regodeándose con el eco de la montaña: ¡*Adelaida., Adelaida!* ¿*Dónde estás?* Kantoborgy envió mensajes al casillero de Lovochancho, invitándolo a hacer la vía occidental del Rucu Pichincha, pero no hubo respuesta desde las faldas del luminoso Ilaló. Sospecha que al matemático le entró ganas de variar y se fue al Sincholagua, “solito y de vivaque”, tal como venía amenazando que lo iba a hacer.

Lester González, yéndose en contra de su máxima “arriba no hay nada”, siguió la línea que une al Guagua con el Rucu, y se halló en la *playita* que emula a un paraje caribeño de altitud impensable, donde reposa al lado de Pincho que le dio por suspirar, tal vez soñando con una Dulcinea cuadrúpeda y así no darse por enterado de que hay otro can merodeando en estas soledades. Los veraneantes se regocijan por ser dueños de un castillo que tiene balcones a los flancos de las montañas, sucediéndose retazos de bosque primario andino contrastando con el suelo pantanoso que yace en la hondonada simulando una alfombra verde.

Pincho de repente se inquieta, se levanta y sacude las orejas despabilándose. Emitiendo gemidos de ansiedad se halla en máxima alerta, venta estirando el cuello hacia arriba, alejándose en busca del irresistible aroma que lo atrae con dirección al valle. Kantoborgy relaciona que las feromonas, que el cánido ambulante debió dispersar en rededor del castillo, se hicieron realidad ante la nariz de Pincho con el mensaje químico pertinente. Es evidente que el cuadrúpedo que avistó temprano no fue una alucinación conjunta con Lester González. El cánido errante no evitó contactar con ellos, al contrario, los ha estado vigilando cada vez más cerca puesto que despertó la curiosidad de Pincho. El contacto visual no tardará en efectuarse. Los hombres siguen a Pincho que empezó a marcar sus feromonas aquí y allá. Tras unos minutos de rastreo se paran a escuchar los tristes reclamos del can aún invisible. Kantoborgy presume por la voz del perro que no se trata de un ejemplar gigante como había imaginado sino que podría ser uno pequeño y sociable. Pincho, internándose por los matorrales, va al encuentro de su congénere.

—Qué me dices, LG, debe tratarse de un pequeño can extraviado. La cuestión es qué hacía en las alturas del Rucu el animalito infeliz, tal vez se desprendió de la roca cimera a la que subió con sus dueños por la cara oriental y repentinamente rodó por nuestro lado y se perdió...

—Por qué lo percibes así de pequeño, cuando hace poco ambos coincidimos en pintarlo enorme como un lobo estepario.

—Te dije que era una ilusión óptica, me refería a su tamaño. Pronto sabrás que no me equivoco, es cosa de perspectiva nomás. De repente puedes confundir fácil a un gato negro con una pantera, como les pasa a ciertos visitantes del parque Metropolitano. A buen momento se te ocurrió subir, para que tú mismo lo compruebes.

El ineludible contacto con el lobo blanco de cabeza de roedor se realizó. Allí estaba agazapado, tiritando ante la incertidumbre de cómo iban a reaccionar los caminantes humanos y el ovejero, pero con la suficiente entereza para jugarse el

futuro de una vez. Pincho, cola en alto, batiéndola amistosamente, rodeó a la joven hembra de apenas unos cinco o seis kilos de peso. La chiquilla de a poco se fue desentumeciendo, y entró en confianza con el machote de cuarenta kilogramos que la revisó minuciosamente, sin dejar nada de su cuerpo bajo la lupa de los sensores olfativos. Pincho tenía que cerciorarse que la hembra no estaba en el apogeo de su estro sino que ya había salido de ello. Transcurrida la ceremonia inquisitoria, los canes procedieron a prodigarse zalamerías mutuas que provocaron la carcajada de los montañeros.

—Vaya buenamoza que tenemos en línea con Los Pichinchas. Aunque la veas greñuda por el trajín de su albur, ella se debe a noble estirpe canina que data del siglo XV, sus ancestros provienen de las tierras altas de Escocia, pertenece a la raza *Cairn Terrier*.

—Castillo en las nubes, *playita* de altitud, valle del Ensueño, y ahora Pincho enamorado de una aristócrata escocesa del siglo XV, ¿qué más me va a dar este día?

—Ahora toca ponerle nombre a esta dragoprincesa porque apellido de alcurnia ya lo tiene, ¿se te ocurre alguno LG?

—Este rato sólo tengo uno para ella: *Fifiriche*.

—Sea, entonces tenemos al caballero Pincho frente a la valiente Fifiriche.

—Y el apellido de abolengo de la dragoprincesa, ¿cuál es?

—Fifiriche del Ensueño —replicó Kantoborgy, y, entusiasmándose con la idea de estar ante dos ejemplares de la aristocracia canina, añade alzando la voz—: Así te vamos a nombrar desde este segundo, y sabremos encontrarte un hogar donde no corras peligro con la feroz territorialidad de Panda, que providencialmente no estuvo aquí. Fifiriche del Ensueño, te introduzco a Pincho II, mentado así en honor a su legendario tío, Pincho de San Agustín, quien perteneció al Saqueador de Quinara, el ausente doctor Teodoro Morris. Es menester enterarte que nuestro Pincho II, bajo el pedigrí que emitió en Malacatos el vate Alberto Vivanco, se llama Danus de las Verdes Matas, hijo de Vatigol de la Molienda de Dionisos,

nieto del sin par Catón de los Arupos... Es decir, Fifiriche del Ensueño, te has topado con un personaje de abolengo como corresponde a tu abolengo celta.

Kantoborgy, más abajo y de regreso al lugar donde aguarda Rocinante, da pábulo a las cuestiones de rigor. Qué le pasó a Fifiriche; cómo fue a dar a estos riscos siendo una perrita de familia, muy dependiente del género humano de urbe; ¿acaso fue abandonada en la cara oriental del Rucu? Mejor es creer que ella resbaló para este lado, se extravió de sus dueños que subieron por el teleférico a Cruz Loma, y ellos este rato la extrañan y lloran su pérdida rogando que haya caído en manos samaritanas y no perezca de hambre en la montaña. Pincho se quedó atrás, bajando al paso sosegado de Lester González, no se interesó más por la hembra desde que constató que había concluido su estación de acoplamiento, y Fifiriche dejó de hacerle gracias intuyendo que la decisión de rescatarla recaía en el superalfa bípedo. Fifiriche se ganó la voluntad de Kantoborgy poniéndose a trotar por delante de él, con una gracia y fluidez en el tranco montañoso que denunciaba a sus antepasados celtas, le es innato moverse bien sobre el piso irregular de un volcán.

LOVOCHANCHO EN EL SINCHOLAGUA

En este naciente día en la altiplanicie todo es de estreno para Lovochancho, está cometiendo su primera exploración en soledad a los altos Andes ecuatorianos. Llegó la hora de que él levante su propia saga ascensionista, aunque sean unos episodios de media montaña a tres cuartos de montaña. Cuando regrese de su aventura podrá encarar al nombrado Kantoborgy, el hombre que abrió una nueva vía en la espantosa Vertiente Rupal, para espetarle: *Oye tú, ya entendí lo que es conocer un animal andino, por ruta virgen a mis flamantes ojos y con lo puesto, emulando la austeridad del maestro Olegario Castro.*

Él no vino a hacer maromas en el reino de los escaladores, colgándose de esos grados de dificultad vertical que marcarían su nivel en la otra cara del miedo, la valentía. *Yo soy quien es y no me parezco a nadie.* Se agarra de la popular sentencia que invadió su tiempo de mero Sur, la época de rock sinfónico en cóctel con las creaciones de los trovadores Paco y Joan Manuel, cuando acudía a Guatería Manaba a servirse el sancocho levantamuertos, alternando la sensualidad de los productos marinos con la gélida pureza del universo matemático en el que se iniciaba. Está moviéndose conforme a las ambiciones ascensionistas de Lovochancho: ver, oler y oír al calor de su fuerza bípeda, en el límite de lo manejable por las herramientas de subir de un hombre que no tiene pretensiones en las paredes de la estulticia, lo posible en el desnivel de vértigo es para los góticos Castro y Kantoborgy. El rumor melódico de las chorreras del Pita trae la música del duende egoísta de la

guitarra de José Miguel. Toma ritmo ascendente evocando la rumba intitulada, ¡oh coincidencia!, *Chorreras del Pita*, y esas notas gitanas dan pábulo a su propio duende egoísta.

Camina por la dilatada arista noroeste del Sincholagua. Esta montaña se cae a pedazos por lo alto, acabará achatando su cumbre como el monte Corazón, cual asoma clavado a occidente con la noble testa pintando canas, tirado a la gradiente que baja a la costa del Pacífico, por cima del mar de vapor que cubre el fértil valle de Machachi. Del inevitable preámbulo de las cercas de púas encuadrando reses, antes de pisar el agreste pajonal, no faltan bovinos que se escapan a orearse monte arriba. Pincho le habría ahorrado estar esquivando este ganado reluctantante al redil. Se imagina dando el comando de Kantoborgy a los canes para que pastoreen, *voraus*. Estirando el brazo mandaría a Pincho a cumplir con su regocijante oficio de arriero, *voraus*.

Ganando altura por la línea que lo lleva sin escalas a la base rocosa del Sincholagua, se aproxima grácil ternera, donosa nihilista, que con sus desmesurados ojos negros inquiere con sorna: “¿Y, a dónde bueno, Lovochancho, qué hay arriba que no halles allá abajo?”. Con Pincho no se hubiese dado ese contacto visual con tal descaro, éste no toleraría el desparpajo bovino que reina por aquí; siendo que, al paso de su humanidad, los rumiantes no se hacen a un lado, impávidos ante el ¡jarre!, obligado a esquivarlos. Una vergüenza que Lovochancho no sea capaz de inferirle pánico a una vaca, de esto ni una palabra en sus crónicas de montaña. Simpático le saldría un relato, ahíto de sensible rigurosidad, de la ascensión en solitario al Sincholagua, con cinco kilos de peso en la espalda: poco de agua, poco de frutos secos, una colchoneta de aire, un saco de dormir impermeable, un libro: *Mientras yo agonizo*. Aunque evitando el mortal vértigo de los góticos, está haciendo una excursión al estilo alpino, casi vino desnudo a enfrentar su vivaque de... ¿una o dos noches?, ésa es la maldita cuestión. Está como le comentó Kantoborgy que en sus inicios de andinista le había dicho Olegario Castro: “Si tuviese la piel dura nunca me hubiera tomado la molestia de empacar

cosas para llevarlas arriba. Créeme muchacho mientras menos cargas más te acercas al súmmum psicobiológico vertical”.

Lo de evitar peso extra en la espalda, mientras alma y cuerpo se unen en la meta de ascender livianos a los nidos de cóndor, ha sido innato en Lovochancho. Fue natural caminante de baja intensidad en la arrugada geografía lojana, practicó el mínimo esfuerzo en los memorables paseos por la hacienda de sus mayores, *El Durazno*. Anduvo por la frente oriental del macizo Villonaco, sin portar nada en los anchos lomos de danta, tomando conciencia de que no estaba para ser cargador. De ahí su desdén por la recua humana, por las expediciones gloriosas que se montan a base de hombres convertidos en bestias de carga. De otra clase es el sufrimiento humano, la bipedalización echó a andar la infelicidad metafísica. Lovochancho es un ejemplo palpable de aquello, está con su mascota, el frágil cuerpo, enfrentando al poderoso sol de lluvia de la montaña.

A propósito de las nubes de agua agazapadas tras el implacable sol ecuatorial, tiene presente que debe encontrar refugio para arrostrar lo que caerá del cielo, o se hallará inerte. Ateniéndose a su instinto de conservación, acordándose del granizo que le hirió las orejas en el Rucu Pichincha, cuando juró que no regresaría al monte sin precauciones, o sea no volvería sin portar el equipo mínimo de protección corporal, sabe que está cometiendo el mismo error. Fue negligente al no negociar con Kantoborgy una tienda de campaña. Dejó atrás el terreno de las reses dispersas, pisa la línea superior que lleva a las rocas bajo la cumbre. El sol de lluvia, avanzando al mediodía, hace vaporosa la rala vegetación de altitud que reemplazó el verde amarillo del pajonal; flores diminutas, vestidas de colores fúlgidos, asociadas con almohadones de páramo, le indican que lo inhóspito está presente.

Observa un remanso bastante abajo, en apariencia propicio para vivaquear. Allí anidan árboles de *Gynoxis* que emiten destellos de plata, en contraste con el fuego de la flor del vegetal parásito, *pegapega*, que los envuelve. Presiente que esa estampa bucólica al momento de la tempestad se tornará en pantano, y la sensualidad se irá a pique. Tal espejismo de

seguridad y calidez le advierte que el futuro es un panorama mojado, una acuarela borrosa e incomprensible, aunque el presente sea una hermosa fotografía. El futuro podría ser eso que impide ver el instante de su propia muerte, las nubes plomizas que van encerrando a las agujas del Sincholagua, aliviándolo de enloquecer de pavor sabiendo que un tigre dientes de sable le espera, en las rocas cimera, para devorarlo.

A simple vista no encuentra el agujero idóneo para vivaquear, ojalá el lecho pétreo le tenga una sorpresa que lo libre de su falta de precaución. Pudo haber hecho lo razonable, traer consigo una de las magníficas tiendas que tiene hábiles Kantoborgy en su bodega de fatiga, siendo ultraligeras y con la marca de que sirven para asaltar diedros temibles aun en los terrenos del yeti. Empero tenía que ser así, no quería ver esa sonrisa del nombrado gótico diciéndole: ¿Qué, Lovochancho, ya te quieres ir con mi amiga Grizzli a hacer la suroriental del luminoso Ilaló?

El otro, *Chancholovo*, propone su programa “realista y sustancioso”, a saber: bajarse a lo bestia y llegar a tiempo para guarecerse en la tibieza de Rocinante. Hasta podría refrescarse en el arroyo, mudarse de ropa aprovechando el recambio que guarda en la guantera, y de esto irse a tragar un doble caldito de gallina runa donde *Gallo culincho*, en ciudad de Machachi; o tal vez preferir una dosis completa de fritada de puerco (“la sobrehumana” como le dice Adelaida Matute) donde *Coche veloz*, en la urbe de Amaguaña. Y después de haber tomado una de esas dos succulentas opciones, para quitarse el tufo carnívoro, confluiría en el parque central de Sangolquí a por una copa mixta de helado a la paila, de taxi y mora, donde doña... Pero lo real es esto que va haciendo al andar; en todo caso se mueve el esqueleto y sufre la contingencia del paso a paso. Mejor que se pudra la golosa apuesta de *Chancholovo*. Es su tiempo de sufrir. Eso de evocar las delicias de la cocina regional cuando se porta una funda de frutos secos para la introspección montañera, fue una provocación que no le afectó con la contundencia que quisiera el pequeño burgués, su mascota glotona, para librarse de los rigores de vivaquear. A la verdad, la altitud, lo

hace perder el apetito neandertal por las cosas de comer, al revés de lo que se da en los magnánimos valles de tierras altas. Ésta es la manera de entrar en la psicología de los góticos, solo ante la inmortalidad de lo mineral. Entre estas piedras que han visto los siglos esfumarse, tiene la perentoriedad de hallar una cueva o algo menos lujoso que le permita paliar el temporal que se le acerca a pasos de manicomio.

De algún modo tiene que levantar la página de autosuficiencia de Lovochancho. Bordeando enorme roca trapezoide, dando al filo de la antigua caldera del flanco occidental del Sincholagua, como si fuese un milagro del entresijo pétreo, asoma la hueca que le evitó buscar más. “¡Aquí me hospedo!”, aulló regocijándose *Chancholovo*. Se descuelga del amable peso de la mochila que apenas ha sido utilizada en su capacidad de carga. Apoderándose de la providencial gruta, cometió la danza triunfal de los góticos, sintiendo que es digno de practicarla sin fungir de advenedizo. Del macuto no hubo mucho que sacar, trajo lo justo que requiere para su aventura, ni un gramo más. Toma sendos tragos del hidratante que preparó con el agua que provee el volcán Antisana, y procede a inflar la colchoneta. Tiende la funda de dormir sobre la cama de piedra hecha a medida de la ocasión, y deglute la ración de frutos secos que le corresponde a este minuto. Si a *Chancholovo* no le gusta el almuerzo puede irse a cazar un conejo. Probando el elemental catre, acaricia el libro que trajo para distraer a sus fantasmas con otros aparecidos, y se dispone a aprovechar la luminosidad que le queda al posmeridiano vaciando algunas páginas de *Mientras yo agonizo*.

A media tarde graniza, antes de caer agua líquida vino el clamor del hielo. Granizo del porte de un chereco golpea con estrépito las rocas, y no exagerará cuando recree este hecho, podrá afirmar con renovado asombro que los hielos sacaban chispas del cráneo del gigante andino, y que de no haber hallado este refugio su testa habría sido el blanco de esos latigazos. El diorama impresionista del retazo de bosque de Gynoxis, reverberando cual lago de plata con flotantes lirios carmesí, se diluyó para exponer el gris furioso de Gea. Imposible con-

tinuar atento a *Mientras yo agonizo*. Piensa en la deferencia del hado que le consiguió una hueca proporcional a su aventura, cuando el sol de lluvia, en su cenit, lo agobiaba con el borroso panorama del futuro. Este nicho también podría ser su tumba, solamente habría que sellar el lado abierto que da a la caldera occidental y fundirse con la montaña, tornarse en un ser mineral. Tenía que ser precavido como Olegario Castro que a falta del bálsamo de *Fierabrás*, en sus días hábiles en pretérito mundo vertical, emulando a los espías de la guerra fría, cargaba una píldora letal en el macuto. Por simple organización hay que ser pragmático. Si por ahí daba un paso infeliz y le tocaba agonizar con terribles dolores sumados a la inanición, debía actuar como el espía que al ser capturado por el enemigo se adelantaba burlando así una muerte bajo tortura.

El chasquido brutal del granizo realzó la suerte de hallarse guarecido, metido en el calor que brinda el plumón boreal, entregándose a imaginar los viajes por los majestuosos Andes ecuatorianos que efectuó Whymper. Viene a tono recoger el episodio de la embestida helada que recibió ese laudable caballero, en compañía de los honorables alpinistas Carrel, rato después de anotarse la primera ascensión a la testa del Sincholagua, posando sus manos en el tope de la aguja cimera. Cómo habrá sido de soberbia la fachada de este animal andino, que entonces gozaba de glaciales colgantes y vistosos neveros. ¡Cómo andaban esos viajeros románticos, rindiéndole culto a la bipedalización! Y él ha hecho cosa parecida arreado por Kantoborgy, qué saludable fue mandarse caminatas de días por el superpáramo y, tras progresiones en el esfuerzo, hollar cumbres impensadas.

Chancholovo maldice cada vez que arrastra su peso y volumen por una ladera, sufriendo la gravedad terrestre que se ensaña con los bípedos regordetes. Hoy vino sudando esa ambición ajena, que no es suya sino del aventurero que dice ir a donde quiere llegar sólo para probarse que está en capacidad de exigirse algo más que lo corriente en las travesías y cimas que hizo a instancia de Kantoborgy. Tiene claro las diferencias de ritmo ascensionista con el gótico que le echa-

ba en cara su lentitud montañera: “Muévete, no sé si subes o bajas, me contagias con tu pachorra y, de pronto, me da ganas de echarme como vos panza arriba a vivir a ras de piso las delicias de las excursiones de engorde”. Sin embargo, salió a hacer solo su montaña, aceptando que no es un “pata de lobo” subiendo la cuesta, ascendiendo enfrascado en lucha terminal con *Chancholovo*, que le exigía devolverse a la ecuanimidad del pequeño burgués de Guangopolo. Tras la granizada sobrevino el aguacero, y no trajo consigo el poncho de aguas ni recambio de ropa, está condenado a no moverse de su cama de faquir hasta que escampe, y como éste debe desconectarse de la furia de los elementos y en un acto mimético con el medio ambiente trocarse en insensible roca.

“¡Qué lenta y tortuosa eternidad!”, aulló desconcertando al faquir, como fundiéndose con los inmortales trogloditas borgeanos; y así creer que viene estando echado tres años con sus días, horas y minutos, esperando comerse una lagartija que gentilmente se introduzca en sus labios, y acordarse a qué sabe la carne tierna de reptil, siendo que agua no beberá, la toma a placer cuando por gravedad rueda a su boca cada seis meses. “Y qué me dices, faquir, de los sujetos horripilantes oriundos del país de los inmortales que visitó el doctor Gulliver... ésos sí que eran infinitamente más desgraciados que sus pares inmortales trogloditas borgeanos... ¿entendiste?”.

Han transcurrido minutos inmedibles en su lecho cavernícola, y sigue imaginando a ese ser degradado en la eternidad de lo inmundo, al inmortal corrompiéndose incesantemente, siendo una masa de carne amorfa clamando morir para librarse de su perpetuidad. Inmortal que en el lapso de la existencia promedio de un hombre decae igual, transformándose en engendro pestilente que apenas se arrastra ciego, sordo y mudo transitando insufrible prolongación que hace del instante de vida de un mortal cualquiera el paraíso. De hecho, si lo pondrían a escoger obligatoriamente entre esas dos opciones de inmortalidad (la que dio testimonio el doctor Gulliver y la borgeana), preferiría a leguas la del troglodita borgeano, aunque se caiga en una grieta y pase sed y hambre seis lustros,

hasta que alguien se digne a lanzar una cuerda y lo saque del hueco. “Por Gea, Lovochancho, estás escuálido, mortecino, pero íntegro... ¿Cuánto tiempo estuviste metido allí? No será mucho a mi entender; no sé cómo te enfoqué allá abajo y al no haber respuesta a mis gritos se me ocurrió probar con una tanda de guijarros por si despertabas y, ¡ayayay!, vos estirando los brazos a la vida”.

Amaina el temporal, con el permiso del faquir se dispone a abandonar a los engendros de una inmortalidad nada apetecible, para ir tras los fuegos crepusculares viajando al océano Pacífico. “¡Feliz mortal, se me quitaron las hambres de eternidad!”, aulló despertando de una patada al adormecido *Chancholovo*, obligándole a dejar el calorcito de la funda de plumón boreal que, a criterio de Kantoborgy, es demasiado abrigada para los benignos aires de las montañas de los trópicos, ya lo escucha decir: “En tus andanzas no necesitas una funda de plumas de ganso noruego, una de lana de chivo andino basta para tu vivaque de engorde...”.

La paz del sol de los venados le obsequia al nevado Cotopaxi investido con el collar de fuego de los Gigantes de la Buena Mesa. El Sincholagua se apresta a asistir a la galante cena, que la hermandad gastronómica de los estratovolcanes de la Cordillera Oriental, le ofrecerán a Selene en los predios del Cíclope. Aquí está el hombre frente a la alegoría de lo divino mutable. Hizo lo justo en sacarlo de la abulia a *Chancholovo*, venciendo a su asco por la ruda intemperie, y obligarlo a que se alimente de algo más que las cosas de comer que reclama en nombre del código de Sancho Panza. “¡Mira, el Cíclope, está invitando a danzar a Selene en la alfombra de fuegos esquizofrénicos que les tendió Gea!”.

Gaviotas de páramo revolotean en algarabía que lo invita a descender por el musgoso filo a occidente, ese que a distancia asemeja un trampolín al fondo arrebolado donde se dará el banquete de los Gigantes de la Buena Mesa. A lo lejos ve la figura solitaria de un cóndor planeando, enseguida le viene la figura de Albertina repasando curiosa sobre la testa del can Pincho, emitiendo ese sonido a fuelle que no olvida,

que pasó a formar parte de lo extraordinario. Aquella mañana hubo espectáculo para todos los implicados, hombres y canes, en el jovial ascenso a la *Montaña de Barro*. El cóndor de este crepúsculo, su figura altiva, se mantuvo distante hasta desaparecer del rango visual; aún no ha interactuado con bestia salvaje alguna del Sincholagua, apenas una ternera descarriada le prestó atención abajo y temprano.

Ayer nomás, el señor Whympfer, atiborró sus ojos con cáfilas de cóndores de los Andes ecuatorianos. Aun en los collados de El macizo del Pichincha, se podía ver abundancia de esos majestuosos carroñeros. Volaban docenas de cóndores donde hoy le encantaría subir y bajar por el teleférico a *Chancholovo*, acompañándose del triple bocadillo de pernil que ayudaría a digerir el panorama de la franciscana metrópoli desparramándose como la rosa de los vientos. ¡Cuán fácil era atrapar a los cóndores en tierra! Por las llanuras del Antisana, cuando las aves tardaban en tomar vuelo, aturcidas por la panzada de carroña que se habían dado, eran lazadas por los vaqueros. Matarlos ha sido un deporte *Homo sapiens*.

Oteando en los jardines donde declina la tarde, descubre a la pareja de lobitos andinos predisponiéndose para el ritual de apareamiento. Estima que ahora sí tendrá una viva expresión zoológica, que le sirva para guardar instantáneas perdurables como fue bajo los cielos de Albertina. Los cánidos saltan, juegan, se enamoran, sin percatarse del bípedo espectador, o no les molesta que a prudencial distancia exista un testigo de esa apuesta a la conservación de su especie. Esta pareja de lobos se presenta saludable, son digno reflejo de su alto rango, supone que deben ser alfas dominantes de la manada que medra en el Sincholagua. Aprecia su tipo fuerte que se engalana con el resplandor del pelaje, consecuencia de una alimentación correcta, combinando el amarillo y rojo fuego, portando ribetes habanos y cremas.

Se reconcentró en la danza reproductiva de los lobos, dejó pasar los últimos rayos solares regocijándose en la secuencia de lo salvaje, entregado a su voluntad de conocer íntimamente esta montaña. Pero fulminante oscuridad hizo

que el incendio de nubes desaparezca y el espectador se vaya al garete. Los lobos se quedaron sin ser nombrados como los perros de Kantoborgy, apagaron la luz de la alcoba para consumir su idilio. El señor ambientalista no grabó el desenlace de esa pasión de altitud, además de perder el cuadro de Selene enfiestada por los Gigantes de la Buena Mesa. A las tinieblas se sumó la garúa y la neblina, reinando la cerrazón. “¿Dónde estamos? ¡Sólo falta que granice otra vez! ¡Alguien, allá afuera, enciéndame una luz!...”, exclamó angustiado *Chancholovo*, imaginando chispas brotando de su cabeza al contacto con el hielo. El ensueño de la escalera al cielo se ha trocado en pesadilla, *Lovochancho extraviado en el Sinchologua*. Viene abrumado por las veleidades de Gea, cavilando que ahora le aguarda el riesgo involuntario. Inmerso en mimético paisaje de piedras y niebla, tendrá que arrastrarse a tuestas como los inmortales que horrorizaron al doctor Gulliver. Se reconforta porque, haciendo cuentas, entiende que estará a unos veinte minutos de alcanzar su féretro de piedra; y, siendo conservador, tardaría treinta minutos para encontrarlo.

Se percata de lo rápido que es extraviar la noción de rumbo cierto en la garganta pétreo del gigante. Calcula que está más de media hora circulando, y su rango visual sigue inútil, la tiniebla es dueña del porvenir. Aquí no halla vestigios de hologramas impresionistas, todo es negritud ante lo inerte, es la trampa de lajas y rocas que le tendió el Sinchologua. Corrección: está siendo víctima de la emboscada que él mismo se fabricó por la novedad de atender el crepúsculo a distancia de su refugio, convencido que iba a regresar bajo la gracia de la luna y el fulgor de las estrellas. No fue prudente asegurándose el retorno con señales que lo ayuden a devolverse al calorcito del plumón boreal. “¿Qué, subes o bajas, animalito desprevenido? En todo caso, hemos atravesado el portal de la estulticia”.

Cuidándose de no tener una caída que lo desgracie y lo ponga a suplicar por el calmante definitivo que cargan los góticos en sus expediciones de riesgo mortal, subió más y luego se bajó reconociendo los mojonos de piedra que ahora sí fue

colocando con exageración, cada quince pasos. No hay visos de su hueca en la inmensidad nocturnal, la montaña entera es un sarcófago. Maldice los encandilamientos que lo llevaron a perder el control de lo visual, mientras espía el juego nupcial de los lobos se desorientó, cuando más presumía de ambientalista. ¿Será esta su noche triste con pasaporte a la eternidad cavernícola? Piensa en la posibilidad de bajar hasta dar con Rocinante, pero pronto se observa dando volantines por el barranco; con lo torpe que es descendiendo a la luz del diurno, no se diga a ciegas.

Otra vez sube el trecho que su alucinada razón le dicta debe seguir hasta encontrar la guarida, este estado ambulante mantiene el calor corporal. Hace rato que debe estar caminando por la zona bajo cero grados y, conforme avance a la medianoche, el frío viento arreciará. Los ojos insisten en querer ver lo ansiado entre la multitud rocosa. Fue maravilloso el hallazgo del nicho a su medida, y por contrapartida repentinamente sobrevino el espanto cuando éste se le escapó. Si su olfato le funcionara como el del can rastreador Pincho, no conocería la acepción de la palabra *extraviado*. El refugio está al alcance de sus pies y manos, y eso hace más mortificante su posición de montañero invidente. Si sale bien librado de este laberinto mineral, hoy mismo “la perdida en el Sincholagua” pasará a ser un suceso harto risible. Mañana, el gemido de angustia de *Chancholovo*, será la carcajada del banquete guangopolero, donde las delicias comestibles y vegetales que rodean el hogar reafirman su suerte idealista.

El vapor se ha disipado y un rayo de luna se ha unido a dar respiro al noctámbulo. Así como se apagó la luz encerrándolo en la nada, de súbito se encendió la llama de su liberación. Cuando todo le hacía creer que iba a dar una vuelta más en el helado círculo del Sincholagua, se estremece por la sensación de estar siendo vigilado. Alzando a ver encuentra a la gran roca en forma de trapecio y, sobre ella, están los lobos danzantes del crepúsculo. La pareja aúlla erguida, estirado al haz de luna sus majestuosas cabezas. Ahí está el extraviado, a diez pasos de su hueca perdida. Los cánidos no han removido

un pelo de su equipo elemental de supervivencia. La pareja que lo rescató de la bisoñada desapareció apenas lo escucharon chillar de alivio, se esfumaron dejándole el signo de sus miradas fosforescentes.

Palpita con el mismo corazón del místico que subió a estas alturas a rendirle tributo a Gea hace tres mil años. Al borde del sueño, refundido en el delicioso plumón para resistir rigores polares, agotado por la adrenalina que segregó en lo primordial, oye las campanadas de medianoche de su hábil reloj biológico. El rayo de luna viajó al fondo de la oscuridad que lo hizo parte del paisaje petrificado. El silencio, que arropaba el adormilamiento general de las células de *Chancholovo*, se rompió para atender macabro estruendo de rocas desprendiéndose del cuerpo leproso del gigante. Paralizante toc... toroc; toc... toroc; se repite y rebota en el dorso de las tinieblas. La montaña se cae a pedazos, pero él está destinado a la conjunción con los cisnes del sol nocturno del verano boreal. No sabrá decir cómo la música fúnebre del Sincholagua se transformó en dulce sinfonía de las profundidades oníricas.

Amaneció con el viento soplando moderadamente al sur; y, tan cerca, en primer plano, las agujas del Sincholagua, se encuadraron como catedrales góticas en el cielo añil, haciendo de la mala hora de ayer un suceso lejano, casi una ficción. Lentamente se fue acomodando a la temprana mañana que abrió su ventana primaveral a los volcanes despejándose en la altiplanicie. Entiende que con esto del *recalentamiento* no hay pronóstico climatológico que valga; ayer sufrió una aproximación terrorífica al invierno polar, hoy amanece con aires de veranillo del Niño Jesús. Ese Niño que antes se circunscribía puntual a la natividad se tornó anárquico, e ingresa a placer en mitad de una semana lluviosa, se ha rebelado contra cualquier encasillamiento en el almanaque climatológico.

Se apeó del catre antes de que *Chancholovo* lo suma en el orden del mínimo esfuerzo físico, y así gastar su segunda mañana en el Sincholagua bajando. Fuera del refugio, retoma la franciscana estampa de los lobos que lo rescataron de la estulticia y, quemando las naves, se desayunó con lo que le restaba de

frutos secos, apostando a subir a la aguja cimera y luego despedirse de las alturas habiendo palpado su noble calavera. Otra noche en la cama de piedra fue descartada. Prevalece la necesidad psicofisiológica que lo impele hacia arriba, debe correr riesgos que antes sólo los había tomado amparándose en los útiles de escalar de Kantoborgy. Hoy quiere arañar instantes de gloria guerrera atacando la aguja máxima de esta catedral andina; amaneció ambicioso, va a cortarle la cabeza al gigante, como el caballero andante que dice ser después de pasarse por el gznate aguardiente de la molienda de Dioniso.

Abandona su hospedaje dejándolo tan vacío como lo encontró ayer. ¿Quién volverá a ocupar este catre resucitador? Se congratula con la respuesta: nadie más, es un sentimiento intransferible. Sin regresar a ver el escondite que pasó a ser parte de su memoria mágica, se interna en el laberinto de lajas a la deriva. Pegado a la banda rocosa sube con la mira puesta en la aguja cimera que no estaba en sus planes tocar; de hecho, si la mañana se presentaba con los heraldos del invierno ecuatorial, se hubiese rendido a la perentoriedad de *Chancho* por regresar a la quietud canora de su lar donde no le falta un bocado sabroso para hacerle la fiesta a Sancho Panza. Él no es héroe del séptimo grado de dificultad vertical, tampoco profesional de la altitud en impúdica procesión de hombres-mula, llanamente es aficionado de lo prístino que sobrevive en tierras altas, o mejor, como su amante ideal le susurra al oído: “eres un matemático poeta”.

Ha ganando altura hasta lo más escarpado de la muralla, escucha el sonido seco de molones cayendo pesadamente. El toc... toroc de la montaña desmoronándose, no reprime el ímpetu del guerrero. La suerte está por abrazar la cumbre en soledad. Es la cima de su ambición, allende lo inaccesible del último punto de la aguja mayor, sus manos acarician la testa del animal andino que vino a degollar. “Ya puedes, *Chancho*, soltarte un lagrimón energético, y fundirte con el sudor mineral de la cordillera, lejos de las tristes lágrimas que brotan del montañés el momento de la borrachera con la sangre de Baco”.

Colgándose del imponente panorama volcánico, al filo de la caldera que cae abruptamente a las dunas donde medra Krizofilax Equinoccial (el dragón que hizo de la huida un arte vital), la fiebre de volar invade a su lado idealista. Mientras la unidad de carbono se aferra a la calavera del gigante, el matemático quiere incorporarse a la pureza de lo inmutable, proponiendo ese salto de la encarnación a la perfección geométrica. No puede abusar de este instante formidable, o se precipita al vacío o da el paso que lo ponga de regreso a los lomos de Rocinante. “¿Di tú, *Chancholovo?*..., el que tenga más gana de hacer lo suyo se impone”.

RETORNO AL CORAZÓN

Lovochancho atraviesa la flamante estación ferroviaria que ve parar de repente a una pintoresca locomotora. Movilizarse en tren aún es romántico viaje a la época de luces de bohemia. Hace un lustro fue la última parada que hizo aquí para ascender desde sus estribaciones menores al monte Corazón, siguiendo a Kantoborgy que cargaba lo más del equipo de hacer campamento. Bajo la mole cimera habita Bollón Roscón en inalienable soledad, dueño de extensos jardines liliputienses y de una cálida cueva que colinda con la humeante caldera del estratovolcán. Bollón Roscón rinde culto a la repostería de altitud, rodeado de aromas que despiden manjares recién sacados del horno de adobe.

Lovochancho viene cargado de afán cinético hacia arriba, tras haber superado su pánico a sufrir vértigo en soledad, trepado sobre la calavera del Sincholagua. Allá, en instantes de éxtasis, abrigó la posibilidad de precipitarse al vacío, estuvo a punto de volar, era cuestión de dar un paso más, imaginándose que podía planear desde la cúspide hasta depositar su alada humanidad en las faldas surorientales del volcán Cotopaxi, aterrizando entre las dunas de Krizofilax Equinoccial. Esto de haber renacido, otra vez, como bípedo terrestre, lo llenó de ánimo para hacer el monte Corazón a su aire, sin descomponerse por la presión psicológica que impone el chivo de las nieves, Kantoborgy, con su ritmo endemoniado de trepar.

Hace la cuesta cargando pertrechos para pernoctar en la altitud con sobriedad, y no repetir la temeraria candidez de

su vivaque del Sincholagua, cuando innominados lobos lo salvaron de zozobrar en la hipotermia. Kantoborgy, fijo que les hubiese puesto nombres a los cánidos, como Kazán e Isolda. No obstante el tormento que le aguarda, dobla el lomo a gusto hacia su destino entre almohadillas de páramo. Tuvo que resignarse a negociar una tienda de campaña con Kantoborgy, mediante trueque de algo de su colmada bodega de útiles de altitud por algo de la despensa de Casa Chancholovo. “¿Cuál de estas *Grizzlis* quieres?...”, le dijo mostrando sendas tiendas modelo iglú que lucían como nuevas. La trajinada *Grizzli I* estaba en capilla, siendo la que carga el gótico a sus famosas velaciones de armas, y está en vísperas de ir a las ruinas de Galadriel. Todas las tiendas eran de color celeste-gris, nomás verlas empacadas y podía imaginar la estampa familiar de cualquiera de ellas parada en el Corazón. Tomó la denominada *Grizzli 8*. Al final se añadió al trueque ropa de montaña a cambio de suficientes frascos de *dulce cimarrón*, quedando muy conformes ambas partes y con el compromiso de transportarse mutuamente a la base de sus próximos destinos montañosos.

Atrás van quedando los sembrados de papa y el rumor de los tractores. Es un pesado velero que lentamente gira a babor, enfilando por empinado pajonal al filo de profunda garganta. Siente la carga extra en el macuto que empapó la espalda del sudor que lo redime. A pesar que el ritmo aminoró considerablemente, con relación al suave ascenso que hizo por la arista de acercamiento a la cresta del Sincholagua, el cuerpo le informa que está avanzando a medida de su ambición, esperanzado en oír el rumor de la escondida vertiente que descende serpenteando por arbustos pálidos y el forraje amarillo. Sol de justicia augura borrasca pasando el meridiano, las aguas lo pueden pescar antes de haber armado la *Grizzli 8* en los altos predios del inefable Bollón Roscón, donde esponjosos remansos de flora andina presiden al deleznable cúmulo de lajas de la roca cimera. Acorde a la leyenda, el calvo maldito, hará caso omiso a ruegos para que lo invite a almorzar, y sea el privilegiado mortal que traspase la puerta camuflada de su mansión. Va ganando altitud por la vía directa, evitando la

zigzagueante carretera de verano que haría perder el sentido de afirmación en la montaña y, por añadidura, demoraría su ascensión por los extremos bandazos que da entre lomas.

La primera vez que acompañó a Kantoborgy al monte Corazón sabía que le esperaba interminable cuesta, luego de haber hecho la extensa *vía de la Boa* al Rucu Pichincha, lo corriente era este tipo de jornada ascensionista. Un día de visita al Rucu se iniciaba a las cuatro de la madrugada, yendo a tomar la línea de transporte urbano que los acercaba al objetivo, perderse del fragor del yunque ciudadano. Lo hacían con pocos centavos en la faltriquera, ultraligeros, y al regresar de su extenuante caminata tenían lo justo para parar en el quiosco del gordo Gandulfo para engullir un *encebollado*. Heroicas travesías fueron aquellas que redujeron el estómago de Kantoborgy antes de ir a por la hazaña veinteañera en la sur del Aconcagua; éste se enseñó a casi no comer en la altitud haciendo de su cuerpo una máquina de subir ingrávida. Ambos se afirmaron en sus antinomias montaÑeras, conforme intentaron ascensiones encordados en las rampas níveas de los montes Cayambe, Cotopaxi y Chimborazo; mientras Kantoborgy tenía que bajar en picada sus revoluciones, él subía a tope las suyas. “¿Qué fue, Lovochancho, subes o bajas...?”, aullaba el gótico ante la resistencia de la cuerda, y él contestaba parándose del todo, a veces en mitad de un frágil puente de hielo: “¡Maldito seas, Kantoborgy!”. Esa experiencia les sirvió a ambos para definir su postura frente a la montaña. El matemático la halló a la luz de la contemplación mutable; en tanto, Kantoborgy, se embaló en lo de ser un escalador autosuficiente, fuera del espejismo de “conquistar cumbres”, y negándose a ensuciar la altitud.

Entiende que su tiempo de subir sin compañía derivó de aquella incomprensión en la efímera cordada sobre el hielo que hizo con Kantoborgy que, tras cometer la sur del Aconcagua, quedó listo para hacer su propio rompecabezas himaláico. Kantoborgy es el único que sabe qué hizo o dejó de hacer en sus escaladas de arrobamiento y valentía forzada por el miedo; no hay testigos, ni fotografía ni bitácora escrita de sus rutas olímpicas, sólo queda lo que buenamente capte

el oyente de su memoria hablada y que se transmite en radio-libre Marañón. El himalayista ha dicho: *“La novedad mediática vendrá cuando se estrene el primer hombre que corone los asediados ápices ochomiles vía traje levitador...”*.

El matemático no está para hacer gracias en las paredes del vértigo, lo suyo es medrar en los límites de su posible, domeñando la lasitud de la carne propensa a la pose de sibarita alimentándose y, por vicio de su alma fracturada, deberá controlar la repentina sed que le ha venido de lanzarse al vacío cuando avista un ave rapaz flotando en el abismo. Por fin se topa con la acequia que lo hace descargarse de la mochila para sacar el vaso de plata y beber del monte Corazón. Esto de agachar el lomo y no regresar a ver al valle de Machachi hasta hacer la parada de rigor le dio beneficios oculares, comprobando lo mucho que ha ganado en altitud desde que dejó la estación ferroviaria. En este punto imagina a los canes Pincho y Panda chapoteando en la vertiente. *“¡Agüita, elixir de Gaia!”*.

De cara a la montaña sabe lo engañoso que es el acercamiento a su cresta gris. Desde el valle de Machachi observaría un espejismo minimalista: vería una alfombra de matices castaños trepando gentilmente por los lomos orientales del gigante que pronto se colocará la capucha de invierno. De lejos se morigera la pendiente y el todo montañoso aparece como monótono paisaje sin accidentes geográficos. Vaya perspectiva mentirosa, él está sufriendo la cuesta implacable, al borde de honda quebrada que bulle en vida salvaje: canto de ruiseñores festonado de arbustos, líquenes y musgos. Habiendo remontado la zona de sembradíos que dominan las estribaciones fértiles del estratovolcán, los ruidosos engranajes de la ruta panamericana no hieren más su silencio, y puede recrear la visión que tuvo el caballero, Edward Whymper, cuando se caminaba largo para detenerse a ver con largueza. El inglés también se confundió minimizando las reales distancias de las laderas y los tamaños de los accidentes geológicos del Corazón; y, siendo pata de lobo, le tomó doce horas llegar a la cumbre saliendo a medianoche de sus aposentos rurales. Entonces, a partir del valle el entorno era silvestre, y Aloasi Alto estaba copado por vegetación montuna.

Asciende la otra mitad del camino para llegar al recóndito paraje donde plantará la *Grizzli 8*. Hay para escoger huecas dentro de la zona del portal invisible de la cueva de Bollón Roscón. Sintona con lo que ha dicho Kantoborgy, en radio-libre Marañón, del ¡calvo maldito!: *Si tuviese que compararlo con algo comestible, diría que lo más cercano a su fenotipo es una empanada de viento con sonrisa de cocodrilo; ahora me parece que nombrarlo de esa manera, es decir, solamente saludarlo con un grave y cavernoso Empanadas, para llamar la atención de su imberbe figura, sería grosero. El matemático Lovochancho que también lo avistó tuvo a bien añadirle lo de Bollón Roscón, dando pie a nombre y apellidos hermafroditas: Empanadas Bollón Roscón. Sin embargo, acabamos quitándole la ambigüedad y prevaleció únicamente Bollón Roscón...*

Ha desembocado en la sinuosa base del Corazón, país de exuberantes encañadas, y la tempestad se viene ineluctable. Las huestes húmedas, adelantándose a sus pronósticos meteorológicos, se van posando en las estribaciones mayores de la montaña, ráfagas de aire gélido lo azotan. De la abrupta caldera del flanco occidental, se derrama la niebla que no tardará en envolverlo. Apenas paró minutos en la acequia para calmar la sed y darse ánimos con la lejanía del valle de Machachi, y el resto ha sido ganar altitud esperanzado por meterse en la *Grizzli 8* antes que se desate el tiempo nublado. Está a las puertas de un ataque de melancolía del Corazón, y su terquedad le impidió decidirse a acampar en el vallecito de chuquiraguas y arquitectas, previamente a tomar el desnivel y hallarse con el pesado terreno donde se asocian almohadones de superpáramo, helechos, fucsias y verbenas. Entrando a la niebla todo es dar pasos fantasmales en los jardines de Bollón Roscón. Las primeras gotas de agua lo hacen calzarse el poncho impermeable, y de ahí anda sobre un mundo empañado.

¿Guarecerse, dónde? Camina cabizbajo, añorando el momento de plantar la tienda en seco. El chubasco se precipita sobre él. Aprovecha para lanzarle improperios a *Chancholovo* que se encoge de ansiedad frente a su helado porvenir. Una eternidad de granizo corroboró con el azote del agua, grue-

sos hielos golpean su tez enmascarada. Resbala una y otra vez maldiciendo a Bollón Roscón, que estará presto a servirse inmejorable *soufflé* de limón dulce; en tanto, Lovochancho, es un símil de tortuga laúd pataleando panza arriba. Cargó con esta pesada mochila tan alto sin prever que el jardín de altitud, a la hora de superarlo con humedad, se convierte en una esponja insufrible. No pudo guarecerse previamente al temporal, creyó que la recepción invernal del Corazón vendría postmeridiano y lo tomaría preparándose para ingerir la especialidad gastronómica de los días de juvenil racionamiento, cuando el menú consistía en un plato único: caldito de fideos con menestra y atún, la delicia gastronómica repetida en las largas noches de campamentos andinos.

De repente va incorporándose al nuevo paisaje, la arremetida de hielo se trocó en fascinante óleo invernal. De una hora a otra el verde de los musgos pasó a vestir blanco ropaje combinado con los matices carmesí de la *Loricaria ferruginea* y el *Lycopodium crassum*, reflejando en el nebuloso horizonte una tregua coloreada. El rango visual del navegante se amplió, se reconcilia con la brújula biológica del montañero, la persistente marcha en la nada cobró sus frutos. A pesar de la lentitud con la que ascendió por el esponjoso suelo vegetal, el lugar predestinado para anclar su velero está ante sus ojos. La grácil encañada que sospecha esconde celosamente el ingreso a la residencia de Bollón Roscón, se abrió a sus entumecidos pies. Desembarazándose del caparazón se mete en la Danza triunfal del Aqueronte, rememorando a ese depredador que abandonó los saucedales de su infancia para destilar morriña en el Mediterráneo.

Monta la tienda bajo festivo tragaluz, lo hace dentro del tiempo estipulado. Había practicado, con la misma minuciosidad que pone en plasmar el *dulce cimarrón*, sobre el césped sembrado entre los árboles que oxigenan su lar. En los campamentos anteriores en las altas cumbres, Kantoborgy, se adelantaba tanto que cuando él arribaba exhausto al lugar de reunión, la tienda ya estaba de pie y el otro se había ido a realizar un reconocimiento de las cercanías previo al crepúsculo.

En esas circunstancias de agotamiento psicofisiológico, no podía más que agradecer íntimamente el poder tumbarse dentro de la *Grizzli* de turno y tomar del té de naranja que le habían dejado junto al infiernillo. “Maldito seas Kantoborgy, pero había que agradecerte por el té y la tienda a punto de oreja en saco de dormir”.

Metiéndose en la *Grizzli 8* procedió a distribuir las cosas del macuto, fundas con recambios de ropa y botas por un lado, bebidas y alimentos en el rincón predispuesto para la cocina. ¡Qué amplia ve a la *Grizzli 8*! Desnudándose procedió a colgar sus prendas húmedas en la techumbre, sin tener que cuidarse de invadir el espacio del compañero de tienda. A las botas mojadas las acomodó en el porche. Llueve duro otra vez, pero así como está de guarecido que venga el diluvio. Con la toalla frotó vigorosamente los pies entumecidos por la travesía húmeda y en todoterreno que hizo. Se hunde en el plumón boreal; abraza su amuleto, el relato señero de Tolstoi, *La muerte de Iván Ilich*. No hace mención de abrir el libro, está como sedado, listo para sestar antes de preparar su almuerzo-cena.

Relámpagos chocan entre las paredes grises del Rumiñahui y el Corazón, y, por carambola, revientan intercalándose en las testas de los consortes Illiniza-Tioniza, iluminando las venas de la tarde que brega por empatar con la noche. La *Grizzli 8* es escarabajo que flota impasible en el maremágnum eléctrico de Gea. “¡Somos imán para las tempestades!”, exclama el montañero desperezándose en la penumbra, saliendo del sueño que lo enfrenta al hambre acumulada durante la jornada solar. Calándose la lámpara de cabeza se entrega al ritual de precisión que implica cocinar en un piso sintético vulnerable, una chispa puede abrir un agujero suficiente para inundar su cubil. El reloj estomacal de *Chancho* timbra con premura reclamando que no ha recibido más bocado este día que la ración de frutas secas ingerida, sobre la marcha, en el rellano de chuquiraguas. El epulón amante de su propia producción de compotas, encurtidos, quesos y jamones curados, imagina los manjares que debe tener en la mesa Bollón Roscón. “Calvo desgraciado, estarás enjuagando

el paladar con sorbete de apio para entrar en la hora del té con pastelillos de ángel...".

Ante la urgencia de sus tripas por servirse algo caliente y nutritivo que las tonifique, sacándolas de su creciente resentimiento por ese simulacro de inanición al que las somete el aprendiz de espartano, se decide a separarse del ensimismamiento que lo llevó a prenderse del regazo afrodita de la *Grizzli 8*. "No chilles más *Chancholovo*, vamos a darte tu rebanada de placer proteínico; aunque nunca equiparable a la calidad de los géneros comestibles que transformará en manjares el bienaventurado Bollón Roscón. Pero... ¡créeme!, nuestro chaulafán andino nos sabrá a vianda de príncipe".

Enciende el infiernillo y comienza a darle forma al potaje que en instantes pasará a ser el menú, por antonomasia, de la montaña que vino a reforzar en su memoria mítica. Vierte el precocido de fideos y menestra en el líquido efervescente, revuelve con la cuchara de palo el contenido y añade los tajos de atún empacado al vacío. Tras expectante minuto, el plato único del día, se abre al olfato del gastrónomo. Por arte de su apetito observa como el humilde chaulafán andino se transforma en exquisitez que no envidiará las sabrosuras que salen del horno de Bollón Roscón. "¡Adelaida, pásame las alverjas con guineo!", ordena desde la hamaca de siglo sabático con panorama a un mar de caña dulce meciéndose en lontananza. Atrapando el recipiente procede a disfrutar del potaje de la olla a la boca, sin la angustia de que el tiempo astronómico se le viene encima. El reloj que trajo y que bien le funciona es el biológico, el que gira alrededor del tiempo mágico. *Tan callando...* Como las aves diurnas en un eclipse al medio día dejan de trinar y se recogen a dormir pasando de cuestionarse porqué devino la noche, y despiertan orondas a otro amanecer convencidas que superaron el oscuro ayer. *Tan callando...*

Atisba fuera de su maternal refugio, camina calmoso por el vapor que se levanta del piso húmedo, la noche lo encerró tras insípido crepúsculo. No sabe si abajo, en el valle de Machachi, está despejado; sospecha que sí porque generalmente la avenida de los volcanes se relaja tras el temporal.

El monte Corazón es recalcitrante cuando se echa la capucha de invierno, no se desprende de ella sino hasta la mañana siguiente, colocando el cartel: *arriba no se reciben visitas a partir del meridiano*. Y eso hará que este miércoles, Bollón Roscón, esté a sus anchas haciendo paseos entre las siestas que dividen su jornada de altitud. Con esta cerrazón podría estar a cuatro pasos de él que no se percataría de su presencia. Bollón Roscón sí lo vería porque tiene ojos de nictálope, menos mal que no es un depredador hambriento, y él tampoco porque se lo tragaría primero encandilándolo con el potente haz de su lámpara de cabeza. “¡Empanadas! ¿Dónde estás para devorarte, Empanadas...?”.

Da vueltas en torno a la *Grizzli 8*, es su centro gravitante, que luce cual animal octágono de este mismo planeta. Deambula a lo seguro, bien abrigado en la quietud de la cañada, está estrenando el traje púrpura impermeable y ropa interior subcero, que consiguió a través del trueque con Kantoborgy. Sorprendió al gótico con el *dulce cimarrón* que ha logrado un punto encomiable, diciéndole: “Yo te doy de lo mejor de mis postres y tú me vistes para mis salidas de engorde, ¿qué te parece?”. No fue peliagudo negociar con el gótico, en la montaña podrá ayunar como D. Quijote pero en el valle es un goloso. Ayudó conocer la debilidad del otro por el jamón discípulo del ibérico *Pata Negra*, el intercambio fue de mutua ganancia, quedaron muy conformes con el trueque. Comparando el hospedaje que tomó en su ascensión al Sincholagua, este retorno al Corazón es hostería cinco estrellas; es un lujo que puede apreciar porque pasó del catre de piedra a musgoso suelo en la comodidad del iglú.

No obstante, persiste esa lucha por domeñar los miedos atávicos a la intemperie, y dialoga con la posibilidad de encerrarse en una cápsula infranqueable para que nada le haga daño a la ninfa que se resiste a brotar de su limbo para no ser efímera, flor de una jornada de antropófagos. “¿De qué tienes miedo, *Chancholovo?*” ... “De eso, de morirme de miedo, Lovochancho...”.

Evoca a los grandes felinos de antaño; aquellos magníficos depredadores que merodeaban en estos parajes, remansos aún hoy escondidos en la altura volcánica. Acá sí había presas dignas de sus dilatados estómagos; se han ido, ya no están más aquí. Los pumas y ciervos que medraban en lo alto de la faz oriental del Corazón se marcharon a exhibirse en el museo de la fauna que no arribó a la época de la vigoxia bípeda. Sobrevivieron los conejos y aves de rapiña que los mantienen en niveles estables. Calcula que Bollón Roscón debe ser experto cazador de conejos, tendrá su propia versión del afamado Conejo a la belga, que el gurú de la Nueva cocina ecuatoriana, Pompilio Dela Cruz, habrá transformado en *Conejo al hachís* en los fogones de la hostería de selva Remoto. “Será, *Chancholovo*, que de tanto estar acompañado en los centros de apacentamiento borreguiles, te imbuyeron pánico a la soledad. Te da horror verte inerme ante la cruda naturaleza de la altitud, desnudo, sin el disfraz que usas para vender al cartesiano Lovochancho, el que con sus matemáticas aplicadas pretende racionalizar hasta los íntimos suspiros de... ¡Adelaida, pásame el postre! Y Adelaida acude a su amante matemático para alquilarle una hora de abrazos constrictores, de esos que lubrican el cuerpo pero no dejan huella en el alma que tozudamente le pide rentar una alcoba en la mansión del amor incorruptible”.

La noche en la montaña cumple su cometido de estremecer, es la cita con los elementos de un nicho biológico que borra el escudo protector del sujeto clamando por consumir bagatelas, sin hambre de gloria póstuma, desaforado por comprar la eternidad con una tarjeta de crédito que le dice que apenas hay ciertas cosas que no compra el ponderado plástico. Entre esos ítem, que no puede acumular el garante de la perfección, está el de no arañar la imperfección de los artistas, esa precariedad que los pone a trascender por encima del sudor metálico en cuatro renglones de verídica poesía.

Chancholovo paró de temblar, no resiste más al apogeo de la realidad de Lovochancho. Superada la crisis del hombre que no quiere que le apaguen la luz, asimilando que el miedo -la

otra cara del valor- es la reacción contra el límite que coloca la muerte, se devuelve a la *Grizzli 8*, adelantándose al próximo chaparrón. Supone que Bollón Roscón hará lo mismo puesto que, acorde con su código higiénico, detesta oler a lobo mojado.

Metido en la funda abre y cierra el amuleto, el relato que no relee para reinterpretar al Iván Ilich dando alaridos en su agonía porque no quería irse del mundo sin haber vivido aún. Aquí no va ni siquiera a hojear *La muerte de Iván Ilich*, pero pasado mañana lo sorprenderá como si nunca antes se hubiese abrumado con ese personaje. Cosa similar sucedió con *Mientras yo agonizo* que, en las breñas del Sincholagua, apenas lo leyó, pero sí lo hizo en la cómoda quietud de su hogar comprobando que estaba alimentándose de un texto distinto al que paladeó años atrás, todos los involucrados en la repetición renacieron para volver a sufrirlos desde el principio.

Lo asalta la cuestión que puso al profesor Duvolosky a elucidar sobre la leyenda de Bollón Roscón. ¿Cómo se provee de vituallas el calvo desgraciado? Esta interrogación desató el debate entre los radioescuchas de radio-libre Marañón, alimentando el misterio, fábula y realidad de Bollón Roscón. Ya está recabando en la cuestión que detonó el discurso del ufólogo, que interviene sin limitaciones de tiempo en el comunicador cuando sospecha que un hálito extraterrestre está de por medio. Así habla Duvolosky:

Amigo Kantoborgy, usted que tiene el privilegio de colgarse en los mismos riscos que lo hace el solitario yeti, no ha de dar cabida a que el Espíritu Santo llena con sabrosos comestibles la despensa del hombrecillo que reside dentro de la base del monte Corazón. De hecho, para mí, es otro planeta el que usted describe en su crónica hablada de lo vertical, y, aunque no he sufrido ese planeta, jamás me atrevería a decir que no existe: ¡existe! Usted sabe, casi no salgo a caminar a campo abierto, no obstante que de niño juraba iba a ser un entomólogo y coleccionaba increíbles escarabajos cosechados en la huerta provinciana de mis abuelos, allá en la vega del Yanuncay. Confieso que no sé lo que es estar abandonado en el superpáramo, no se diga entre infernales precipicios que nos mezquinan el aliento y nos hacen tragar pánico. A lo sumo me he sentido abandonado en el

Parque Metropolitano a pesar que no faltan ciudadanos y podencos a la vista. Me compliqué atendiendo los foros de la fenomenología de lo extraterrestre, son cerros de información que tenemos y debemos depurar para que esto no se convierta en un baratillo de luces. Con las multitudes hambrientas de novedades, intentamos ser serios y veraces, es nuestro objetivo desprender al hombre de su voluntariosa ceguera, la que lo hace exclamar: ¡Soy el elegido de Dios para domear la Tierra! Fíjese, don Kantoborgy, que para mí subir una montaña como usted lo hace, sin amortiguadores, es una tarea equiparable a un viaje interplanetario. No me cansaré de proclamarlo, seamos más creyentes; es muy fácil caer en el nihilismo. Siendo que la ufología es lo mío, he lucubrado en lo del hombrecillo del Corazón y, por la imagen que usted nos muestra de éste, me ha llevado a sospechar que detrás de tanta candidez podríamos tener algo excepcional, literalmente cósmico: una estación de tránsito sideral. Hasta el domo del Panecillo podría serlo por esa extraña actitud de Olegario Castro que no me quiere investigando en sus aposentos; mientras se me niegue la entrada física a radio-libre Marañón, voy a alimentar esa duda. Digamos que este minuto estoy proclive a sospechar que lo del domo, Castro y compañía... es una distracción para desviarnos de la gran manifestación alienígena que se da en estratos superiores. ¿Acaso el gracioso calvo de faz rubicunda y sonrisa de caimán, además de ser la figura que nos divierte, no será parte de lo extraordinario por su calidad de administrador de una estación de tránsito de seres inteligentes de la Vía Láctea? ¡Hablo, señores, de una estación de tránsito interestelar mimetizada en los altos declives del monte Corazón! He ahí mi gran inquietud...

La voz del creyente profesor Duvolosky se fue diluyendo en el lago de ninfeas donde la *Grizzli 8* flota a corriente, sin emprender en un plan de navegación, a la deriva como una medusa de los trópicos. El guerrero ya activó la alarma de su reloj biológico para despertarse antes del alba del próximo día, y levantar campamento conforme a su secreta ambición ascensionista, evitando enterarlo a *Chancholovo* para que no dinamite la intención de subir a la cúspide y acampar en ella. Lovochancho entrará ingrávido en el mundo onírico, descolgándose de las aprensiones del manso habitante de

Guangopolo. Kantoborgy le decía que dormir a pierna suelta arriba de los siete mil metros de altitud himaláyica es la señal de que el cuerpo se ha resignado a fenecer con el réquiem de Mozart, “en la zona de la muerte no se duerme, se alucina despierto”. Por contraste, en los picos ecuatoriales, apenas se acomodaba en la funda y roncaba desembozadamente, lo que tenía podrido al matemático, éste tardaba mucho en dormirse, o, como en el Cayambe, nunca escuchó las dulces trompetas de Brahms trayéndole el sueño.

Afuera, los sentidos nictálopes de Bollón Roscón, se darán un banquete mineral de los contornos helados, mientras aguarda el arribo de gelatinoso alienígena en tránsito a su destino galáctico. Quizás se aproxime a husmear en el campamento, a cerciorarse que la *Grizzli 8* no es cápsula extraterrestre sino más bien inclasificable escarabajo local. Si otro día retorna a dormir en esta galante encañada, podría tenderle una trampa gastronómica al calvo ególatra, valiéndose del irrechazable jamón de Casa Chancholovo. Sólo tendría que colocar en el pórtico a *la pata negra*, conteniendo nano-rastreadores que se integrarían a las paredes abdominales del tragaldabas. Se registraría satelitalmente los movimientos del hombrecillo del Corazón, localizando al centímetro su estación de tránsito. Después vendría la revelación al mundo del portento, en la voz trémula de éxtasis del profesor Duvolosky, quien pasaría a descansar en paz, se tornaría sobrio como una tumba porque sospechar era su aliciente, y al convertirse en certeza la existencia de seres inteligentes de otras Tierras espaciales dejaría de investigar, o sea, dejaría de vivir.

La alarma del reloj natural retumbó en las paredes de la *Grizzli 8*. El matemático abre los ojos a la aurora que le trae retrospectivamente el alboroto de pájaros de su nicho de valle andino, cuando se regocija porque le sobra tiempo para levantarse con el sol en alto, y usa la ropa liviana del diario de los que no requieren salir de casa para ganarse las habichuelas. Aquí, la lucha del guerrero para acallar los lamentos de *Chancholovo* se inicia, el cuerpo vago se une a esa resistencia a sufrir hilvanando pretextos que favorezcan el veredicto

de la mente. Y, *Chancholovo*, proponiendo: “¡Por Gea!, no hay necesidad de precipitarse al vacío de este gélido amanecer, el monte Corazón será generoso con la trinidad lobo-chancho-matemático, y nos proporcionará un diurno estupendo para levantar el campamento habiendo el sol calentando nuestros huesos, después de rico desayuno con té de naranja y haber degustado pan ácimo árabe relleno de queso gruyere fundido”. Y, Lovochancho, respondiendo: “¡Cierra el hocico puerco!, te sobra tiempo para imaginarte degustando no sé cuál manjar, moviendo el bigote de agache... Si tú fueras el director de la expedición te pasarías la jornada entera volcado a las cosas de comer y, por inercia, adornando con tus detritos el jardín de Bollón Roscón”.

El guerrero se quitó de la bolsa de dormir de un salto, un minuto más envuelto en ese delicioso plumón y renunciaba a salir a la cruda intemperie. Un minuto más y se quedaba con la canción del poeta que le pide a su niña-mujer que abra la ventana al encuentro del amor. Encendiendo la lámpara de cabeza se apura a colocarse el traje rompevientos sobre los interiores subcero, antes que *Chancholovo* recurra a la contemplación del matemático para distraer sus torpes movimientos y amodorrarse en la resignación del no-poder. Empaqueta el macuto, es un acto de geométrica paciencia, balanceando en su seno equitativamente el peso de las cosas de montaña, acomodando en diferentes fundas la ropa aún húmeda y los desperdicios. Culminando el arte de poner a punto de sus lomos la mochila (que en principio, ascendiendo el Sincholagua, juró en honor a la bipedalización nunca la portaría con el peso de la brutalidad), se sienta tras el porche y procede a calzarse las botas.

Afuera se sorprende con la aromática quietud de la encañada. Se había hecho a la idea de que iba a recibir la inhospitalidad del viento helado, recia cellisca, y con ello hacerle la fiesta a *Chancholovo* que exigiría reentrar en la seguridad de la matriz y no salir hasta que se tuerza del calor en ella, y de ahí bajar a la tibieza del solar al pie del Ilaló. Mas la humedad era moderada, no había conato de aguas y el frío era

capeable con su ropa de abrigo. Eolo no desató a sus huestes. Procedió a desmontar la tienda a la velocidad y precisión que lo hizo cuando repasó esta tarea en la quietud de su morada. Está sumido en el oficio de montañero que ante la fortaleza de Kantoborgy se apocaba, y no quería desarrollar pensando que no haría sus propias cumbres. Se allanaba a los parajes y rutas que dictaba el pionero de pasos virginales en el Himalaya; no se arrepiente, conoció lugares mágicos como este jardín de Bollón Roscón. El matemático, tragándose el dolor de sus manos ateridas de frío, se congratula por la impecable resolución del problema: la *Grizzli 8*, correctamente enfundada, descansa en el apretado macuto. No dejó desperdicio alguno, apenas fugaz huella de la carpa en el piso vegetal; Bollón Roscón no podrá levantar queja alguna contra el hombre que acampó en sus predios.

Va ascendiendo penosamente, bamboleándose cual pesado buque otoñal, chirriante, que se desgonza al superar hielo rugiente. "Para animal, ¡detente!...", aúlla *Chancholovo*, viene oprimido por el sufrimiento que le infiere el esfuerzo físico del guerrero, no se acostumbra a estos trances que lo sacan de las conjeturas indoloras, de las probabilidades de la aplicación matemática. "Aquí me quedo..., esa piedra que vez ahí es mi límite". Pero la sombra de quelonio gigante avanza. Es curioso cómo se da en *Chancholovo* la fiel réplica de la máxima de Lester González: "Aquí me quedo, ¡arriba no hay nada!". El eco de la voz cavernosa de Lester González repica burlándose de su trafago, "¿Para qué subes si arriba no hay nada...?". LG, a pesar de su morosidad ascendente, si ha ganado metros en la altitud y tiene ya a su haber un recorrido entre lomas; ya es caminante aprovechado en los miércoles de salida a la montaña que hizo suyos.

Arribó a la deleznable arista de rocas. A pesar del furi-bundo *detente* del contemplativo, no se quitó de la marcha a doble tracción hasta ascender por el filo resquebrajado de la caldera. Más adelante, cediendo al prurito de regresar a ver al valle por primera vez, descubre océano cremoso inundando el despertar de los valles andinos, chocando chispeante con-

tra la angulada negritud de Dragón Rojo desplegando las alas en toda su magnitud petrificada. De oriente venían los dragones de Gea incendiando el horizonte, como borrando cualquier vestigio de asentamientos humanos en su rango visual. Ha sido privilegiado con el holograma de Aleph Dark escupiéndolo fuego a occidente, se llevará los hechizos de este alumbramiento solar a su querencia entre muros. Un despertar así no puede dejarse estropear por la gula de ver más, es imperativo adelantarse al fin y guardar ese cuadro dragonil para que involuntariamente acuda a él en otra hora. Frotándose las orejas, acomodándose el pasamontañas, voltea el rostro a la lúgubre arista, a la caldera que cae abruptamente a los trópicos del Pacífico. Se concentra en la escalada nebulosa que no presenta desafíos técnicos, sin embargo es de cuidado por los desprendimientos de rocas apenas adheridas al desnivel y porque lo aparentemente fácil se ha llevado a más de uno a la paz del Señor. Aquí mismo, en este viejo Corazón, a Paul, el suizo, le bastó rodar tres metros para que una laja golpee su cabeza mortalmente. “¡Feliz mortal, haz tu viaje descarnado! De qué te asustas *Chancholovo*, un resbalón en la grada de la ducha y puedes abandonar tu estado bifronte y ser espíritu y sólo espíritu”.

Más bien se siente a gusto con la niebla porque sus ojos no pueden ver el precipicio de la caldera occidental, que por su invisibilidad lo quita del vértigo. Aunque es una forma romántica de vértigo la que padece, no es pánico a las alturas lo que sufre sino fascinación por los más violentos desniveles, especialmente los que tienen visera en su ápice: un trampolín que huelga en el vacío para que el clavadista no tenga tropiezos en su pasaje al fondo de la sima. Tiene que ser una limpia caída para poder exclamar, ¡feliz mortal, haz tu viaje descarnado! Aún no carga el *calmante definitivo* de los góticos, y eso lo obliga a aferrarse de pies y manos a la roca, no se atrevió a pedirle a Kantoborgy la píldora porque de ley le hubiese soltado una de las suyas: “¿No me digas que te vas a despeñar en el Corazón...?”.

Chancholovo está resignado a que su cuerpo se arrastre en la húmeda piedra, y, lo insólito, se halla aunando fuerzas

con el ascensionista. A estas alturas, a decenas de metros verticales de la cumbre, por más espantoso que le venga subir uncido a la considerable carga del macuto, está a punto de culminar su padecimiento; descender sería un esfuerzo extra dentro de la normalidad de lo brutal que viene ejecutando al amanecer. Terminada la pendiente tendrá el día a su disposición para refocilarse en la *Grizzli 8*, y abriga la esperanza de que ida la tensión se despejará arriba y tomará algo de sol mañanero en una piedra plana hartándose del paisaje de los montes Illinizas, y comerá la bazofia enlatada del guerrero con apetito envidiable.

Atraviesa el puente que lo deposita en el último tramo a la cumbre, receipta el mensaje que alguien jovial se dio el trabajo de estamparlo en la piedra: *Valor, estas a quince minutos del fondo de tu Corazón*. La ascensión viene deleznable, es cúmulo de lajas yuxtapuestas precariamente. Este paso podría ser el puente levadizo del castillo de Nosferatu; mejor aún: acabó de ingresar a la morada del conde, es ya su huésped predilecto. Cierta calorcillo traspasa la niebla, y música de alados espectros le da la bienvenida. Sube extremando cuidados, sin voltear a ver en el chirrido del puente cerrándose tras de sí. Pisa la extensa línea de la cúspide, caminando libre de un choque fatal con la roca gris de los precipicios, satisfecho por no haber cedido a la inacción que lo tendría bostezando de hastío en la *Grizzli 8*, y, lo que sería imperdonable, habiéndose perdido el efímero fulgor de los dragones sobrevolando valles copados por las nubes. Si no hubiese seguido el rumbo fijo que se propuso el guerrero, recién se dispondría a hacer aguas en el musgoso hábitat de Bollón Roscón, y se hallaría con este ambiente encapotado aun abajo.

El pináculo se da después de un paseo en plano sobre la gran muralla parda con tintes de rojo óxido. Esta dilatada cima cobija diminutos líquenes en su tierra vegetal. Eolo está de reposo, pero la mañana no cuajó en primavera tomándose la avenida de los volcanes, y el sol ecuatorial no lo acariciará con los vahos minerales de la roca tostándose. “Anda secando tus lágrimas de rencor e impotencia, *Chancholovo*, vas a hartar-

te de ocio de altitud. Si hacíamos caso a tu insolente abulia nos hubiéramos quedado sin subir ni bajar: estáticos en los predios de Bollón Roscón, que nos hubiese agarrado ojeriza por abusar de su hospitalidad espartana". Hizo lo preciso para este retorno a la cumbre que, estando tan a la vista de la especie humana transitando en los valles, nadie más subió a hollarla para su regocijo. Amaneció literalmente prendido y prendado de la montaña que tiene el nombre de la víscera existencial por antonomasia.

Reconoce el punto en el que hace años plantaron campamento con Kantoborgy; es decir, donde éste levantó la segunda o tercera carpa de la serie de las *Grizzlis*. Después, el gótico, se desquitó mandándole a colocar un muro de lajas en el posterior de la tienda, con el pretexto de que Eolo iba a botarla a los abismos si no lo hacía. Tras haberle inferido suficiente fatiga, acercándolo al soroche, estalló en carcajadas a panza rugiente dentro de la carpa, avisando entrecortadamente que el ridículo muro que levantó apenas serviría para las especulaciones del ufólogo Duvolosky. Todavía cree distinguir las piedras desperdigadas del inoperante muro que casi lo enfermó, ese que lo hizo jurar que no volvería a hacer fuerzas en semejantes alturas.

Sin el peso del macuto no se distrae en la contemplación de su triunfo. Evita enfriar de golpe la espalda mojada en sudor, limpia de guijarros el sitio para levantar la tienda, la desempaca y mete dentro la mochila como un sostén contra inesperadas corrientes aéreas. Se vuelca a la labor arquitectónica con la tranquilidad de tener toda la mañana para ello; el ambiente está plomizo pero en calma, eximiéndole de la premura de ayer cuando la tempestad pendía sobre sus hombros después de haberlo zarandeado. A la verdad, la jornada ascensionista de rigor fue la de ayer, arribando extenuado a lo de Bollón Roscón, con los pies sancochados y sus músculos al borde de un calambre múltiple. Esta escalada final de hoy requirió una dosis extra de coraje para hacer lo que no se había atrevido anteriormente, solo y con ese volumen de carga en sus lomos. Sin la presión de montar la carpa con amenaza

de chubasco como ayer, creyó haberlo hecho más rápido para pláceme del matemático. Pletórico procede a cometer circular Danza triunfal del Aqueronte, dando vueltas en torno a la luminosa *Grizzli 8*. Figura entonar el cántico del cazador-recolector, el que agradece a la presa por prolongarse merced a su carne yerta.

Metido en la tienda ordena el contenido de la mochila en el piso; tiende la cama; cuelga en el tumbado los trapos y las botas húmedas de la jornada pasada que no se han secado del todo. Pone a punto el dispositivo de cocinar, disponiéndose a preparar el desayuno que hoy tiene connotaciones religiosas aunque sólo se trate de pan y té de limón, y algo más... De uno de los escondites del macuto, cual alquimista de la altitud, pesca frutos del mar: cincuenta gramos de paté de cangrejo. Rellenando silbante el pan ácimo con el paté, procederá a deglutir su ración de dicha. Suspira. "Casi me había olvidado de este detalle, *Chancho*, lo tenía en uno de esos bolsillos secretos. Si no subías acá no te lo hubiese hecho ni oler, se regresaba con nosotros a casa como símbolo de nuestra inutilidad para coexistir. Sin embargo, hete aquí, siendo objeto del homenaje que te hace tu rival espartano. Traga, traga, mi doctor en especulaciones platónicas; absorbe en paz, mi caminante de parque amurallado".

El sueño lo está acorralando, teniendo como cómplice al fallido intento de atacar a *La muerte de Iván Ilich*. Aquí le sirve para sestear el caso tragicómico de Iván Ilich, vigente en la psicología humana de todos los tiempos, lo retomará donde duela lo que debe de doler el releerlo. Cierra los ojos concluyendo que acá no puede desviarse de atender el timón de su bergantín, siendo que está en la cresta de aguas picadas que pintan para confluír en océano monstruoso, donde se incuban olas de kilométrica oscuridad. Abajo, con tempestad y todo, los predios de Bollón Roscón, vendrían a ser remanso de elfos y hadas madrinas, comparado con la temible sombra que comienza a cernirse sobre la calavera del Corazón. "¡En realidad, quemé las naves!", aúlla entre sueños. Relaciona que una vez el puente de entrada a la morada de Nosferatu se alzó, no hay

retorno a la luz de valle primaveral sino hasta la mañana siguiente, si sobrevive a la cortesía de las insaciables chicas del conde.

Emergiendo de la siesta lo recibe el desfile de microclimas invernales que se apoderó de la cima. La cellisca trajo temperaturas bajo cero, apenas presente el frío polar toda euforia se desvanece. "Esto es para nosotros, *Chancholovo*, nuestra versión de la Vertiente Rupal". Se estremece de pavor ante la visión de la pared que escala, en absoluta soledad bípeda, el ingeniero de supervivencia en abismos abominables, Kantoborgy. El hombre sobrevivió a una vertical que tiene más o menos la talla del Corazón (a saber, 4.788 metros de altitud), y que culmina sobre los ocho mil metros sobre el nivel del mar, haciéndolo casi desnudo, sin remitir al medio ambiente montón de basura industrial como los que por fervor a hollar el pináculo en equipo y, para dejar sentado el capricho del rebaño ascensionista, manchan lo sagrado ejecutando fotogénicas expediciones *ochomieleras*.

Reacomodándose en su plumón calcula que ya debe estar frisando el meridiano, y la montaña no da visos de cambio de tercio a la gracia de un veranillo ecuatorial. Se conforta constatando que la *Grizzli 8* está diseñada para soportar vientos huracanados en alturas mucho mayores a la cota que hoy marcó como hito en su corta historia de montañero en solitario, dentro de ella se encuentra a salvo y felicitándose por las lajas que colocó sobre las estacas para prevenir cualquier exabrupto de Eolo. Alguna vez, en un campamento de altura en el Cayambe, la tienda sufrió pertinaz nevada que amenazó con hundirla bajo el peso de los cristales y, Kantoborgy, salió de madrugada a remover la nieve del techo ya combándose, mientras él no estaba dispuesto a exponerse a la docena de grados bajo cero ni así el techo se derrumbe en su cabeza. Igual, este instante, no se levantaría por más que se alboroten los elementos y arremetan contra la tienda partiéndola en dos; tan en lo suyo está que, si entra un tiempo apocalíptico, no hallaría nada mejor que abandonar este mundo arropado por los encantos de la *Grizzli 8*.

Y esos tales héroes del desparpajo en la altitud himaláyica, tomándoles fotos a mujeres *sherpas* desdentadas, algunas de las cuales están caminando en la cuesta de los sesenta años de edad y, por una paga miserable, todavía rinden como animales de carga, y son presentadas al mundo como ejemplo de alegre vitalidad porque prestan su desbastada sonrisa para la crónica donde se luce el *ochomielero* de turno. “Por supuesto, hay que reciprocarse la generosidad de la recua humana que encumbra al *ochomielero* al objetivo de campanillas, con lindas instantáneas de su trajín”, así habla Kantoborgy, asqueado por tanta bazofia libresca, esa que vende historias de ascensionismo maquillando la podredumbre con fastuosidad fotográfica. Los góticos están para decir su verdad ante la maquinaria que produce patriotas de calibre himaláyico. “Hay que hacer como el señor Messner: ¿Y plantó nuestra bandera en la cumbre...? No, planté la que ando a traer en el bolsillo: el pañuelo con el que me limpio... ¿Cómo cree usted que se pueden portar símbolos patrios en un viaje a los últimos rincones de la conciencia del existente? Mi bandera es mi corazón...”.

Hace sin un alma en rededor su hora de media montaña a tres cuartos de montaña, fuera del histérico acarreo de cosas para llenar de aires de mundo civilizado las aldeas errantes de los que aspiran a colgarse en la nuca medallas ochomiles. Recurrentemente figura la perplejidad, y, sobre todo, la repugnancia, que experimentó el señor Messner cuando tardó más de dos horas en cruzar el campo base de la conmemoración de los cincuenta años de *La caída del bastardo*, el Everest. Lo observa atravesando atribulado ese mercado de bípedos trepadores, impactado por la diversidad de lenguas y costumbres de los dueños de las tiendas repletas de vahos de comercio ochomil. Probablemente creyó que se había extraviado como el Dante y que estaba oreándose en el infierno de los montañeros, que de alguna manera él mismo, R. M., aceptó haber contribuido para su cimentación inaugurando la época de castigar a los montes que superan los ochomil metros de altitud. Relaciona que debe tratarse de la misma aversión que Olegario Castro se trajo consigo de su intempestiva ascensión al Everest, por la vía normal, “...en solitario, sí, pero infelizmente acompañado

por tres docenas de encapuchados bien aperados de oxígeno y todo lo demás". Olegario Castro apenas ha participado su hazaña en el techo del mundo, y se negó a incorporar aquella cumbre en la fotografía de su Museo Vertical.

La tardecita lo obliga a salir de la tienda, a encontrarse con el suelo reblandecido por la nevisca. La tierra vegetal se ha vestido de blanco y reverbera bajo la agonizante luz andina, que ha dejado al descubierto la mollera entrecana del gigante, como una isla en un archipiélago. Estar posado en la cresta del Corazón, apenas sirve para otear las testas de los volcanes más altos en rededor, circundados por nubes crispadas. Es náufrago superviviente en una isla en medio del oleaje que sucedió al diluvio. Anda por la ancha vereda de las murallas del castillo de Voivo de Drácula, va absorto con el sol de los venados que se dirige a las sombras. Empezó la jornada solar con un cuadro irrepetible del cerro Rumiñahui desplegando sus alas negras, y acaba siendo testigo de otro paisaje aéreo imborrable, el de un archipiélago circundado por un océano de fuego. Vino al día con el incendio de la cuenca amazónica, ahora tiene una visión de mar adentro, flotando en horizonte carmesí. Este ceniciento día acabó ofreciéndole exquisiteces. Así de vital en su vigilia debe sentirse el guardián de los muros de Utopía.

Arribó al otro extremo de las murallas, el que da a las escalinatas que descienden al puente levadizo del castillo de Nosferatu. Patea un pedrusco que, al contenerse en una roca, fue impedido de esfumarse por la pendiente. Esto hizo que se fije en la piedra tubular que por segundos emitió destellos como si se tratase de metal precioso. Tomando el fragmento de lava negra en sus manos lo examina minuciosamente; liberándose de los guantes, palpa y huele el objeto a discreción. Hasta se pone la piedra en la oreja, a lo mejor ésta le transmite su remoto origen. Calcula que el objeto de su admiración debe pesar un kilogramo, a la vez va configurando lo que hace de esto un hallazgo. No puede dejar de comparar esta piedra labrada (¿por qué manos?, ésa es la cuestión), con las dos que Whympers cosechó en este mismo balcón andino a fines del siglo diecinueve. Whympers bajó con las dos piedras tubulares

a sus rústicos aposentos en el valle de Machachi, nadie pudo darle información de la antigüedad de ellas ni de las manos que las tallaron, tampoco de los pies que las llevaron al ápice del monte Corazón. La buena gente pensó que era otra manía del *gringo loco* que mandaba a los niños locales a capturar sapos y lagartijas; ellos estaban convencidos que el inglés se alimentaba de sabandijas.

Guarda la piedra en el bolsillo frontal de la chaqueta rompevientos, y dando media vuelta marcha en dirección a la *Grizzli 8*. Fascina con el inesperado hallazgo de la reliquia, barrunta que podría ser ancestral amuleto del chamán que, como él, vino a exorcizar sus demonios en el pináculo de esta montaña sagrada. Lo mismo se planteó su antecesor en toparse con esta curiosidad pétreo, y no halló respuesta fácil. Y viene a relucir la maldita cuestión, esa que pondría a funcionar al máximo el cerebro especulativo del profesor Duvolosky: ¿Acaso son objetos rituales de viajeros espaciales? Estuvo a punto de expulsar salvaje carcajada que no cuajó, hubiese sido grosero romper el magnífico silencio con una expresión de insolencia mundana. Si se pone a hilar lo que el acucioso ufólogo presume de Bollón Roscón, no sería difícil intuir la conclusión, todo pasa por la mentada estación de tránsito sideral.

Aproximándose a la tienda, resuelve que le sobran ganas de volver a hacer la ronda del guardián de los muros de Utopía. Aprendió a ser precavido, calza interiores de abrigo, ropa exterior impermeable, y la lámpara de cabeza en caso la cerrazón lo tome por sorpresa. Acaricia la piedra que en adelante mantendrá sobre el escritorio donde produce el matemático. Con las manos, cualquier rato, palpará ese mineral elevado a un arte, inyectándole emoción a las conjeturas de escritorio. La piedra estará, sin explicaciones, a disposición de los sentidos del que ingrese a su ambiente del diario. Vendrá expuesta a la curiosidad de Adelaida, quien le haría la interrogación de cajón en un sistema de libre mercado, “linda piedra lobito, ¿dónde la compraste?”. “Digamos que me la obsequió Murke, el doctor que colecciona silencios de mujeres gatoserpentosas como tú”, contestaría con un mohín picaresco que ella recogería juguetona, repreguntando a su vez, “¿el doctor

Mur..., qué?" . "Sí, chica, el doctor que mientras captura valiosos silencios en su grabador atiende a la melodía de moda que les gusta a las ejecutivas gatoserpentosas como tú". "Suéltame algo de esa letra a ver si me agrada tanto como dices, lobito", replicaría ella sardónica y él traería el tono del estribillo de la canción que nunca oyó, pero que en los oídos del doctor Murke retumbó hasta la náusea: *Toma mis labios tal como son y son muy bonitos...*

Adivina lo que le contestaría Adelaida si él le propondría, en serio, que le permita grabar unas cuantas horas de sus silencios, después de los abrazos constrictores del amor de dos que no se poseen. Aprovechando el melancólico mutis que antecede al desencanto de Adelaida porque él no la pide en matrimonio, ni siquiera se queda a su lado la noche entera, lo que se dice armoniosamente juntos, arrobados en pareja. Si ella contestaría afirmativamente a su propuesta, él se enamoraría sin remedio de sus silencios. "¡Mucho estás pidiendo, lobito salvaje!", aullaría Adelaida, haciendo que él se avergüence de sus ambiciones platónicas. Y ella tendría razón, sopesando que lo máximo que el joven Murke le imploró a su ofendida chica, fue grabar cinco minutos ininterrumpidos de palpitante y estético silencio. "¡Y vos, *Chancholovo*, quieres grabar horas de silencios de Adelaida Matute! De una vez ve a decirle, regálame un mutis eterno Adelaida". Podría escribir un cuento largo de esto, un texto que se haga acreedor de las primeras palabras de Olegario Castro, intitulado: *Las brutales contemplaciones del matemático*.

El centinela, apostado en el filo de las escalinatas que descienden al puente que temprano en la mañana cerró cualquier posibilidad de escapar hacia los jardines de Bollón Roscón, ve apagarse el fuego crepuscular. Las murallas se funden con el sereno. Es el tiempo de Voivo de Drácula, las trompetas del enamorado aristócrata claman por la princesa que extravió hace siglos. Ojalá las chicas del conde vengan a por él, y lo desangren en la alcoba de los placeres mortales que abriga este castillo. ¡Feliz mortal! Sería un goce irse de esa manera, dejando tras de sí el misterio que haría las delicias de los escuchas de radio-libre Marañón. "*Desapareció Lovochancho, se*

esfumó en un punto del Corazón... ¡Feliz mortal!''.

De regreso a la *Grizzli 8*, vislumbra arañas medievales que se han encendido por cortesía del anfitrión hacia su huésped, puesto que las residentes nictálopes del castillo no requieren de luces de bohemia en su rededor. Las chicas del conde, estarán husmeando con deleite los efluvios de la cena erótica que pasea en sus muros. Metiéndose en la tienda pone a hervir la comida fuerte de la jornada, es una labor que disfruta. Repite la dosis de chaulafán andino que en estas circunstancias viene a emular al platillo estelar de su pubescencia, el imbatido sancocho levantamuertos de Guatería Manaba, el cual era fanáticamente consumido, junto con las notas del himno antirebaño de Roger Waters. Himno que repasa mientras revuelve el potaje, dando la bienvenida a las cualidades de la sencillez. Sólo aquí, después de largas horas de ayuno, corriendo la deshidratación que produce el frío y la altitud, este espanto gastronómico puede ser elevado a las alturas del sancocho levantamuertos.

El himno antiborreguil, cumplida la cena, siguió rebotando en la acústica piel de la *Grizzli 8*. Acomodado en el plumón boreal se dispone a rendirse a los favores del sueño, pero la sinfonía del reposo se tornó en ruido atronador, glacial, descargándose el granizo que trae consigo una porción de angustia. Las terribles beldades, huéspedes del castillo estacional de Nosferatu en los Altos Andes Ecuatorianos, también se contendrán retardando el encuentro con su palpitante cena. Después del estrepito del hielo se posó sedante llovizna, acompañándose de relámpagos que cedieron a una lánguida entonación de violonchelos que...

Duerme.

Sale del mundo onírico sobresaltado, escuchando aún los alaridos de evacuación entre rechinar de cristales. Alguien lo sacudió ordenándole se levante y huya del viejo caserón de sus abuelos ante el inminente peligro de que esa laberíntica edificación se desbarate con el temblor. Por instinto abandona el plumón y abre la cremallera de la tienda y saca medio cuerpo afuera, oteando bovinamente en la noche gélida a ver si asoma un alma para que le avise a dónde se fue el planeta de su

niñez provinciana entre sendos ríos murmurantes. Relaciona que reina la quietud bañada por luz de luna, y que el ambiente cimero luce despejado, como si después de hibernar durante una travesía por la materia oscura, se abriera la puerta de la nave-cápsula para mostrarle que hizo destino en un planeta diáfano, de exultante belleza nocturnal. “¡Achachay..., pero qué cuadro celestial es éste!”, aúlla buscando arrojarse con el traje de invierno. Con ese sacudón se acaba de ganar un pasaje a las estrellas, ha despegado rumbo a la luz. Calcula que por la nítida formación de los luceros está por cursar el alba. Asume que durmió de corrido las horas que dictó el guerrero para despertarse brioso; y, por la fuerza que siente avivarse en su pecho, sabe que no volverá a reunirse en la funda, horizontalmente, con *Chancholovo*, quien jamás se rinde en el empeño de no sufrir. Tiritando por el frío, y de entusiasmo por los luceros, se vuelca hacia el deseo de poner a hervir agua en el infiernillo y prepararse el *café asustado* de rigor, tal como manda el recuerdo del terremoto de la niñez.

La ropa de abrigo lo metió en calor, se ha calzado las botas tibias que metió con él en la bolsa de dormir. Salta a la intemperie con el vaso de plata que recogerá granizo acumulado tras el porche. No había tenido el menor deseo de ingerir café en lo que iba de esta excursión; sin embargo, en algún punto de la mochila, cargó el suficiente café Zaruma para hacer realidad este impensado antojo. No hay viento, Eolo está en brazos de Venus. Pone a punto el infiernillo en el porche de la *Grizzli 8*, contando con el granizo indispensable para asustar al café bullendo en el agua. De otro escondite del macuto recupera el botellín equivalente a un trago de Reposado Aguardiente Agustino (así con mayúsculas, en honor a las bondades espirituosas que emanan de ese caldo consagrado), que le obsequió Tomás Vanbeberen, por considerarlo cliente preferencial del café Madrilón. El producto de las verdes matas agustinas será parte del ritual del *café asustado*.

La cumbre se vistió de luz estival. El montañero tuvo ante sí el paisaje límpido de la meseta andina, gozó de la vista imponente de los consortes Illinizas que habían pasado desapercibidos, esas disímiles pirámides pintaron su recogí-

miento. El lado oscuro y olvidado de su alma, en estado de gracia, alumbró instantáneas de la montaña veraniega, lo divino presidió este adiós al viejo Corazón. Viene apurándose en levantar el campamento antes que los vapores matutinos y el genio de los vientos se tomen la cumbre, aprovechando su cortesía empaca con la intención de bajar llevándose el original de estos óleos de altitud adquiridos para la galería egoísta del matemático. Está masticando el lenguaje de los góticos que en principio le resultaba indigesto desde sus metáforas. A gusto recogió la *Grizzli 8*, doblando sus partes con la precisión que pondría el cocinero Pompilio Dela Cruz para conseguir la pasta de hojaldre que lo hizo famoso en el café Madrilón. Solo interrumpió su tarea de empacar para observar la abrupta caída de las murallas de Nosferatu hacía occidente, que lo incitaban a volar y enterrarse en la mar salobre, esa línea azul en los confines de la sabana tropical. Tanta belleza en lontananza -Amazonía, majestuosos Andes, océano Pacífico- no puede pasar mucho en el aire sin opacarse. Estas vistas son alegoría de lo inmutable que, conforme avance la jornada solar, se irá desvaneciendo en la capa de humo y decibelios de la explotación de los recursos naturales de ahora para el hambre del futuro. Con las botas barre la huella de la tienda dejada en el piso, nadie podrá decir que encontró vestigios de su noche en la cúspide. Escucha a Kantoborgy diciendo, solemne: *Subiste al límite de lo posible para un aficionado al montañismo de engorde con dignidad.*

“Esto debe ser abandonado así como está”, musita cargando el macuto, echándose a andar por la tortuosa línea cimera, asumiendo su posición de hombre dispuesto a la fatiga, dando la espalda a la clamorosa visión del pasado. Baja cauteloso por las escalinatas de las murallas del conde, atento porque descendiendo es cuando más corren peligro los conquistadores de lo inútil. Y algunos lo hacen en la zona de la muerte, como el señor que en breve partirá al kilométrico murallón sur del Annapurna. Kantoborgy se va a probar sus límites de mortal donde al Voivo de Drácula no se le ocurriría ir a plantar su castillo de primavera, como el que usufructúa encima del feraz valle que le provee de sangre fresca, abundante en gló-

bulos rojos. El vampiro, en cosa de segundos, desciende y se posa sobre el cuello de campesina prieta, sin que la saludable elegida tenga tiempo para agradecerle por su inveterado buen gusto se nutre ponderadamente, y en pago por su hospitalidad le inyecta vitalismo.

Cruza el puente levadizo que ayer atravesó entre vapores matinales, cuando creyó escuchar el dispositivo que le cerraba cualquier intento de retirada del castillo de Nosferatu. Esta mañana, el puente tétrico de ayer, se ofreció grácil, mostrando sendas hondonadas a sus costados, sin la niebla ascendiendo perdió el halo tenebroso. De esto la pendiente va tornándose tan ancha a su derecha, como vulgar es bajar con la vista puesta en el empinado arenal acarreado guijarros, cuidando de no desvernarse en la tediosa ladera. Es otra montaña la del descenso, abierta al rutilante valle de Machachi, viene expuesta al sol de pascuas que más abajo lo entregará al fasto de los jardines de Bollón Roscón, donde será un derecho adquirido echarse a beber de los colores y perfumes de las diminutas flores.

Quitándose de la pegajosa ropa interior *subcero* y el traje rompevientos, canta la canción que le regalaría a Adelaida Matute si aceptara que él grave sus silencios crepusculares: *Toma mis labios tal como son y son muy bonitos...* “¡Empanadas, Bollón y Roscón, dónde quiera que estés agazapado, invítame a tu desayuno principesco!”, exclamó aunque si tuviera a mano una Guatería Manaba desistiría de ir a comer donde el calvo egoísta. Así el sin par glotón le saque a relucir su excelente repostería en la mesa del Corazón, con una Guatería Manaba al frente no habría bocado de monje que le haga sombra. Se botaría a lo bestia a servirse del sancocho levantamuertos, pasando luego a ingerir una bebida de tamarindo ultra-helada en el centro de abarrotos *Ventarrón*; y tal rompe-nucas, y tal revienta-estómagos, después del placer lo pondrían a abonar el jardín de Bollón Roscón. Con estos mensajes sublimes llamándole a la buena mesa, la tripa de *Chancholovo*, se rebeló contra su suerte yéndose en repertorio de lamentos onomatopéyicos que obligaron al otro a que repase los bolsillos secretos de la

mochila, a ver si encuentra un mendrugo que echarle a las fauces del famélico. En uno de los escondites confeccionados para olvidarlos y así sorprenderse de lo que ahí se guardó instintivamente, encuentra una barra de chocolate aplastado. “¡Por Gea, qué rico chocolate!”, aulló absorbiendo el maní hundido en una cascada del cacao universal de Vincés.

Desciende por el parque de chuquiraguas, motivándose con el trotecito indio que lo hace perder altura con mínimo sufrimiento en sus extremidades propensas a la gota. Vistiendo calentador y camiseta estampada con el murciélago pescador mayor, huye de las alucinaciones gastronómicas que provocan los predios de Bollón Roscón. Sospecha que tal vez sea el arma psicofisiológica del calvo egoísta para repeler con las muelas por delante, anquilosado en su sonrisa de cocodrilo, a las visitas portando desechables que ensucian sus jardines, haciendo que sufran antojos comestibles que los haga devolverse rápido a los valles.

Tras buen largo de pajonal, a media montaña, reconoce el despertar de los animales mecánicos bufando en las plantaciones de papa de las estribaciones menores del Corazón. También le llega el eco de granadas explotando en el campo de tiro de los militares junto a la vía panamericana, y de ahí el reflejo del progreso formando una larga cola vehicular cruzando Machachi. “Reluciente ruido, creciente desperdicio, indetenible porquería, desde que clavas los sentidos en el desarrollismo”.

Familiares ladridos lo sacan de la visión cegadora del cerro de basura que asciende el hombre urbano cada día del Señor. Aluvión de dicha lo invade revertiéndose al paisaje del pajonal, observando el armonioso galope a tracción de los canes que vienen directo a por él. Pincho y Panda, lo eximen de hacer una retirada triste de las dos noches de estar abrazado a invernales silencios. Pincho se abalanza sobre él apenas lo estima a tiro de lengüetadas, dándose palpable demostración de silvestre y mutuo afecto mamífero. Panda mantuvo su estampa feroz aunque batió la cola en alto en señal de amistad, receptando altiva las palmadas que le propinó el montañero.

—Y... ¿saludaste con el calvo desgraciado? —aulló Kantoborgy parapetado en los arbustos que cobijan el hilo de agua de vertiente.

—Ahí está cumpliendo con devoción su destino de epulón egoísta... ¿Trajiste pastel, caldito, algo digno de comer? —replicó Lovochancho festivo, sacando el vaso de plata para llenarlo de agua de manantial.

—Y todavía quiere tragar Lovochancho, no le basta con haber atormentado con su tufo neandertal a la *Grizzli no sé cuánto*, en dos días y medio de no dar golpe allá arriba.

—Ya somos una sola piel con la *Grizzli 8*...

—Acaso estás como los diputadillos y demás ralea de la eternidad tecnocrática, vociferando: tenemos hambre.

—Siento que he bajado con un par de kilos menos de este reencuentro con el Corazón.

—Lo que sí te puedo asegurar es que has bajado más hediondo que nunca —añadió Kantoborgy, devolviéndole la cortesía de Lovochancho que es lo primero que le dice cuando lo ve amarillento, carrasposo, tras haber sobrevivido a sus retos himaláyicos. Sopesando con los brazos la mochila del otro, lanza la pregunta de rigor—: ¿Hiciste cumbre?

—Dormí en la cumbre, contra pronóstico de *Chancholovo* que se negaba a subir, berreando por quedarse en el jardín del calvo ególatra, aunque éste no le eche ni un hueso a la boca. ¿En tu zona del Pulumahua hubo aguas? Arriba no me dio respiro el temporal, tuve muchas horas inclementes en mi campamento y...

—A propósito de campamento —se apuró a intervenir grave, cejijunto, Kantoborgy—, tienes que el lunes (al mediodía para que no se incomode el matemático) irme a botar al filo de las ruinas del castillo de Galadriel. Allá voy a velar las armas como es debido antes de acometer a un gigante. He de encomendarme a la divina para que todo salga como tiene que surgir en lo que podría ser mi postrera incursión himaláyica.

—Que así sea, Kantoborgy.



Juan Arias Bermeo

De montañas,
hombres y canes

De montañas, hombres y canes

©Juan Arias Bermeo



Primera edición libro impreso
Noviembre 2011
Editorial Bípedos Depredadores
Páginas: 214
ISBN: 9789978391037

Edición libro digital
Mayo 2014
Editorial Bípedos Depredadores
ISBN: 9789978391112

Imagen de Portada:
Playita entre el Guagua y el Ruco



Juan Arias Bermeo

De montañas, 
hombres y  canes



Juan Arias Bermeo

De montañas,
hombres y canes